

CRÓNICA DE LOS
PUENTES
ESTELARES

RAÚL SANZ GARCÍA

Magaux

CRÓNICA DE LOS PUENTES ESTELARES

RAÚL SANZ GARCÍA



Narrativa nueva 2023

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

© Raúl Sanz García
Madrid (España), 2023
raul@raulsanz.es
<https://raulsanz.es>

Ediciones Magaux, 2023
info@magaux.es
<http://magaux.es>

ISBN: 978-84-09-47528-5
Depósito Legal: M-967-2023
Diseño y maquetación: Raúl Sanz García.

Introducción: un narrador anónimo

Los hechos que se narran en esta crónica fueron recogidos por mí a lo largo de muchos años. Algunos de ellos, no diré cuáles, los viví en primera persona; otros me fueron referidos por sus protagonistas o alguien que los supo de ellos. La historia se completa con la información de documentos encontrados en mil lugares. Lo que aquí presento tiene forma literaria; quizás solo así, presentado como ficción, pueda ser creído. De otro modo, la historia es tan extraordinaria —y confusa, no negaré que he completado hasta el límite de lo verosímil los vacíos— que nadie la tomaría por algo más que una colección de invenciones y falsificaciones.

Sería mucho decir que lo que aquí se cuenta cambió la historia, pero ¿qué es la historia en un tiempo en el que la soledad de los humanos en su diminuto planeta ha estallado para siempre? Incontables historias se avecinan, y muchas de ellas no llegarán a saber nunca las unas de las otras, recordadas solo por un puñado de aventureros cuya separación del linaje humano se perderá en las nieblas de un pasado tan vasto como inalcanzable, como lo fue el tiempo de los primeros de nuestra especie. Pero eso será, si es, en el futuro. Ahora estamos *solamente* al comienzo.

Mi nombre lo guardo y dejo al lector el placer de intentar adivinar quién soy en esta crónica, si es que se me nombra.

UNA NUEVA TIERRA

LIBRO PRIMERO



This day before dawn I ascended a hill and look'd at the crowded
heaven,
And I said to my spirit *When we become the enfolders of those
orbs, and the pleasure
and the knowledge of everything in them, shall we be fill'd and
satisfied then?*
And my spirit said *No, we but level that lift to pass and continue
beyond.*

Walt Whitman (1819-1892)
Song of Myself, 46

Hoy, antes del alba, subí a una colina, miré al cielo rebosante de
estrellas
y le dije a mi espíritu: *Cuando poseamos esos mundos, y el placer
y la sabiduría de todo cuanto hay en ellos, ¿estaremos por fin en
paz y satisfechos?*
Y mi espíritu dijo: *No, solamente habremos ganado esa altura
para continuar más allá.*

Walt Whitman
Canto de mí mismo, 46

1. GÁNDOR

Aarón Corvo sintió cómo su cuerpo se aligeraba. Se dejó mecer como otras veces, pero no se elevó ni se desvanecieron los paneles metálicos que lo rodeaban. Recién despertado, las horas dormidas pesaban aún sobre su cuerpo. Tardó unos instantes en notar la falta de suministro eléctrico, la gravedad estaba a cero y la única luz era el tenue resplandor de la claraboya. La tormenta solar tenía que ser especialmente fuerte para aquel silencio.

Se incorporó y de un salto alcanzó la puerta. Distinguió, tras el ventanuco, un resplandor rojizo que se filtraba por los paneles de ventilación al final del pasillo. En aquellas circunstancias, casi todas las reservas estarían siendo utilizadas en el único proceso vital: la respiración. Nada en la estación se movía, el bloqueo centralizado de las cerraduras cuidaba de que ningún recluso pudiese salir mientras los funcionarios permanecían aislados en algún lugar seguro. Corvo calculó que el próximo transporte debía llegar en aproximadamente cinco días, pero si la energía no volvía, difícilmente podrían aguantar hasta entonces. Tan solo cabía esperar y confiar en que, si la cosa se complicaba, existiese un plan de evacuación.

Encerrados en un remoto pedrusco del sistema de Frigg, orbitaban alrededor de un gigante gaseoso cuya sombra no era capaz de sosegar los latigazos de aquel sol imprevisible. No había escapatoria posible más que por la línea regular que los unía con la ciudadela de Merga, el más grande y habitable de los satélites de Gross. Aparte de las pequeñas misiones que exploraban Frigg, aquellos dos eran los asentamientos permanentes más lejanos que los humanos habían establecido nunca. Se hallaban al otro lado del puente Omega, una de las tres rutas estelares viables que, hasta el momento, habían sido descubiertas.

Corvo llevaba recluso allí dos años. Antes, jamás había salido de la Tierra, pero conocía muy bien las misiones interestelares. Como ingeniero, había trabajado en el diseño de procesadores capaces de resistir los masivos cálculos necesarios para localizar puentes. Era, literalmente, como encontrar una aguja en millones de

pajares. A su pesar, eso le sumió en el ultramundo de la seguridad federal. Revelar información sobre las investigaciones estaba penado con cárcel y una amnesia selectiva cuyas secuelas desmentían la eficacia prometida. Pero no se desperdiciaba la experiencia y el talento de los mejores. Si se desconfiaba de alguien, se conservaban sus capacidades y se lo aislaba en un lugar inaccesible donde era obligado a continuar con el trabajo. La estación científica de Gándor, administrada exclusivamente por la Federación Occidental, era un lugar privilegiado para ello. Allí se procesaban en secreto las coordenadas de vastas regiones del universo inaccesibles desde la Tierra.

En aquellos instantes de espera, el ingeniero recordó cómo su destino había quedado escrito en cuanto se especializó. Si hubiera elegido cualquier otra rama, no le habrían buscado. Desde el principio conocían sus tendencias subversivas, su interés por partidos considerados peligrosos y afines a grupos ilegales. Aunque nunca había militado en ninguna de esas facciones, su mera cercanía a ciertas personas terminó por decantar su suerte. Los riesgos debían ser minimizados y no era difícil hacer desaparecer a alguien. En la Tierra hiperpoblada, miles de nombres eran borrados cada día sin que nadie los reclamase.

Al menos tenía suerte de seguir vivo, y no en malas condiciones. Se alojaba en una celda individual austera y limpia, la comida era suficiente y disponía de algunas horas de ocio que podía gastar en las salas de simulación o en la intimidad. En la Tierra era, oficialmente, un desaparecido. Eso le hacía albergar esperanzas de regresar, aunque fuese con medio cerebro chamuscado. Pero tampoco era descartable que, una vez que dejara de ser útil, se deshicieran de él sin consideraciones. Aquella incertidumbre y el extremo aislamiento habían hecho mella en su físico y su carácter. El espejo le devolvía la imagen de un hombre consumido, un rostro pegado a los huesos bajo la barba descuidada y unos ojos aureolados por la sombra. La distancia física había terminado por desprenderle de los asuntos humanos. Todo por lo que antaño se había interesado le parecía ahora un vocerío insignificante y lejano al lado de la inmensidad muda del universo.

Ese era su paisaje cotidiano, el horizonte que miraba hacia los confines de Frigg, cuyos ecos espectrales fluían ajenos al horario

artificial de la estación. El reloj, precisamente, le hizo salir de sus meditaciones. La hora del desayuno había pasado y todo seguía en la más absoluta quietud. Estaba acostumbrado a largos periodos sin comer, así que decidió dejar las barras de alimento que tenía guardadas para más adelante. Únicamente le apetecía una taza de café, pero el camino hacia el comedor estaba cerrado, o no. Se oyó un leve chasquido al otro lado de la puerta. Se asomó y vio a un funcionario que caminaba bajo la penumbra de las luces de reserva. Si el suministro aún no había vuelto, era extraño que alguien anduviese por allí. El hombre se acercó con mucho sigilo hasta su puerta y manipuló la cerradura. Cuando la abrió, se encontró con un rostro familiar, era un técnico de mantenimiento con el que se había cruzado un par de veces por los pasillos. Su presencia allí era del todo inexplicable, no había entre las labores de ambos ninguna relación. Si hubiesen mandado a alguien en su busca, tendría que haber sido del cuerpo de seguridad.

—Tenemos que marcharnos —dijo el hombre sin más.

La inmovilidad de Corvo era la demanda de alguna explicación. El funcionario traía un mensaje preparado para el momento:

—Una nave del LIS nos está esperando fuera. Aquí no tiene futuro, le ofrezco la libertad.

—A cambio de...

La situación era demasiado insólita como para confiar en las palabras de aquel sujeto. ¿Cómo era posible que el LIS conociera su paradero y hubiese infiltrado a alguien en la estación? Además, era obvio que lo que buscaban no era simplemente liberarle, no habrían asumido tantos riesgos por tan poca cosa. Cuando trabajaba en la Tierra, estuvo en algunas asambleas de la *Esfera*, la asociación de círculos no gubernamentales. Allí, alguien que se presentó como colaborador del LIS —*Libertad Interestelar*— le dijo que estaban muy interesados en conocerle. No volvió a tener noticias de aquello y, una semana después, agentes federales le detuvieron. Ese descuido, intencionado o no, le llevó directamente a Gándor. Aun así, no guardaba ningún rencor. El único sentimiento que echaba raíces en él era la indiferencia, ni siquiera un desprecio, sino una apatía simple y serena. Hacía mucho tiempo que había dejado de interesarse por el LIS y sus heroicos planes para abrir las rutas estelares. La Tierra estaba llena de iluminados que prometían el paraíso en un

planeta lejano, ¿qué diferencia había entre los fanáticos religiosos y esos combatientes que luchaban por la humanidad como si esta fuera el cuerpo colectivo de un dios?

Sabía, además, que si cruzaba la puerta se convertiría en un fugitivo sin otro horizonte que la huida perpetua. No le darían más oportunidades. No tenía fuerzas ni ganas de moverse, pero su debilidad no era fruto del miedo, y fue eso lo que le hizo darse cuenta de que, si se quedaba, terminaría de agostarse definitivamente. Debía, por tanto, obligarse, ir contra su cuerpo y su voluntad. El funcionario echó a andar y Corvo, ayudado por la ligereza de la gravedad, se arrastró tras él.

Caminaron en la oscuridad más absoluta por los pasillos secundarios de la estación, aquellos que ningún recluso pisaba jamás. No era oportuno encender ninguna luz ni usar dispositivos de orientación. Si el suministro volvía, los sistemas de vigilancia darían inmediatamente la alarma ante cualquier señal eléctrica inesperada, sus cuerpos no tardarían mucho más en ser detectados. El funcionario le guio con precisión hasta una pequeña compuerta empotrada en una pared rocosa, un conducto inutilizado de la época en que aquel módulo fue encajado en la ladera de la colina. Si bajaban por allí, saldrían a la inhóspita intemperie de Gándor. Al otro lado, le explicó el hombre, esperaba un vehículo del LIS. Corvo, mareado por el bajo porcentaje de oxígeno que fluía en aquella sección, veía como en un sueño el agujero metálico que se hundía en la oscuridad. Incapaz ya de organizar sus pasos, se dejó llevar por su rescatador, que le introdujo con los pies por delante en el tubo. Cayó suavemente sobre una superficie acolchada. Frente a él, las rocas grises y azules del satélite se perdían en un horizonte violáceo en el que parecían danzar los fantasmas. Pensó entonces que era la primera vez en su vida que estaba al aire libre fuera de la Tierra. Desde su salida, había ido de cápsula en cápsula sin sentir más aire que el de las rejillas de ventilación. Pero no soplaba ningún viento en aquella luna. Un frío penetrante le invadió y comenzó a sentir la impureza de la atmósfera. Algo le cubrió justo en el momento en el que perdía la consciencia.

Despertó tumbado en una cabina de recuperación en mitad de una pequeña sala médica. Unas luces cálidas y una brisa con olor a lluvia le reconfortaban. Alguien se volvió hacia él.

—Está usted muy débil, ¿no le daban de comer en Gándor? —dijo una mujer menuda de pelo corto y moreno que manipulaba unos paneles ocultos.

Poco a poco, Corvo recobró el sentido, pero no encontró fuerzas para hablar y se quedó mirando el rostro afable que lo examinaba.

—Mi nombre es Aura. Viajamos en una nave del LIS por algún lugar entre Gándor y Merga. ¿Se encuentra mejor?

El ingeniero asintió. Se sentía como si, en un parpadeo, su vida hubiese cambiado radicalmente. No sabía nada de su nuevo destino, pero le embargó la seguridad de que aquella incertidumbre era infinitamente mejor que lo que dejaba atrás. No había sensación alguna de movimiento. Las estrellas, impávidas al otro lado de la ventanilla, guiaban su vuelo, un vuelo corto comparado con el salto interestelar que atravesaba inmensidades siderales. Si contaban en ciclos terrestres, y todas las estaciones exteriores lo hacían, aún tardarían dos o tres días en llegar a su meta.

Intentó moverse y sintió dolor en un costado. Notó que tenía allí un apósito e imaginó cuál era el motivo de aquella intervención.

—El localizador estaba muy adentro —le explicó Aura—. Lo hemos inutilizado y el cuerpo lo absorberá sin problema.

Le dieron ropa de calle y un gel proteico, pero solo el café le levantó verdaderamente el ánimo. Cuando entró en la sala de control, se encontró con los cuatro tripulantes de la nave. Ya conocía a Aura y al funcionario, cuyo nombre era Resa. Los otros dos se presentaron como Daniel Acero, un hombre de pelo amarillo, baja estatura y espaldas anchas que le recibió con una sonrisa cordial, y Nezda, una mujer de cuerpo atlético y rostro de una extraña belleza que mezclaba todos los fenotipos humanos: piel oliva, ojos claros y rasgados, y pelo negro con mechones rojizos. Ninguno de ellos se identificó como jefe o comandante, pero las dos mujeres demostraban un carácter más decidido que sus compañeros; Aura con palabras suaves y meditadas; Nezda, muy al contrario, con frases directas salpicadas de ironía.

—Esto es el LIS —dijo esta última—, ¿es como lo esperabas?

—Hasta hace una hora no esperaba nada.

—Obviamente hay más —puntualizó Aura con una sonrisa—, pero no es el momento. Creo que querrá usted saber por qué está aquí.

—Me lo imagino. Lo que no me esperaba es que nadie fuera de las federaciones pudiera trabajar con hipercoordenadas.

—Tenemos nuestros recursos —dijo Nezda—. ¿A que tampoco te imaginabas que pudiésemos liberarte?

—Estaba planeado al milímetro —intervino Acero, que hablaba con una franqueza tan inhabitual que a veces llegaba a resultar ingenua—. Había una alta probabilidad de tormenta...

—¿Y dónde están vuestros equipos de búsqueda? —interrumpió el ingeniero bruscamente.

—En algún lugar de otro sistema solar —contestó Nezda con los mismos modales. Su talante distaba mucho de la cortesía de sus compañeros.

—Si hemos recurrido a usted, es porque su ayuda nos resulta absolutamente imprescindible —terció Aura—. Sabemos que hace tiempo estuvo muy cerca de nosotros, y que por nuestra culpa terminó recluido en Gándor. Créame, no fue nuestra intención, pero entienda que es difícil que los tentáculos de la seguridad federal dejen de manosearlo todo. No le obligaremos a trabajar para la Esfera, lo mínimo que gana es la libertad, así al menos saldaremos la deuda que tenemos con usted. Si decide seguir por su cuenta, le dejaremos en Merga, en zona neutral.

Corvo sabía que un prófugo sin apenas recursos no tenía absolutamente ninguna oportunidad fuera de la Tierra. La oferta estaba clara: ellos le protegían y le proporcionaban medios para ocultarse, él los ayudaba en su proyecto de búsqueda. Aceptar era inevitable, al menos podía justificarse por el interés personal en lugar de por unos ideales de los que carecía.

—Puedes tutearme —fue su respuesta—, tu amiga ya lo hace.

Nezda expresó sin reservas sus recelos con una mirada desafiante. Lejos de incomodarle, esa actitud le resultó más comprensible y sincera que la de Aura. Al fin y al cabo, él no pertenecía al círculo de fieles del LIS y solo le querían por sus conocimientos técnicos. Por más que se excusaran por supuestos errores pasados, un disidente de todas las causas quizás no mereciese aquel buen trato, aunque sin duda habían indagado en su biografía y concluido que así debían actuar. Él, sin embargo, lo desconocía todo sobre las nuevas circunstancias a las que se veía arrojado. Para empezar, le costaba creer que no hubiera en todo el Sistema Solar otro especialista al

que recurrir, y no pudo evitar la sospecha de que, si se habían tomado tantas molestias en liberarle, tenía que haber algo más. Decidió callarse estas dudas y dejarse llevar; a fin de cuentas, le convenía ese rol de hombre imprescindible.

—¿Y a qué estrella vamos, el Sol o Suria? Porque supongo que no tendréis vuestros observatorios en el maldito infierno.

—No, ninguna instalación permanente es viable en el sistema del Hades, como sabes muy bien —respondió Aura con una dulzura que quería contrastarse con la insolencia del ingeniero.

—Ambas —zanjó Nezda.

Estaba claro entonces. Irían a Suria, pero el salto hasta allí debía hacerse desde el sistema solar de la Tierra por el puente Alfa, la primera ruta interestelar abierta y la más transitada. Por el momento, aquella era toda la información que pensaban proporcionarle. Corvo no se quejó por ello, no tenía mayor interés en conocer los planes ocultos de la organización, se limitaría a darles lo que le pedían y confiaba en que ellos hiciesen lo mismo.

Tardaron dos días más en llegar a Merga. Durante el trayecto, apenas cruzó palabra con sus compañeros. De todos, Acero era el más atento y confiado, pero pasaba la mayor parte del tiempo ocupado en la navegación. Nezda era capaz de manejarse en casi todos los sistemas de la nave y lo auxiliaba, su destreza y su lenguaje evidenciaban formación militar. El más enigmático era Resa, un hombre metódico y frío al que no era difícil imaginar sobreviviendo largos periodos bajo una personalidad fingida, como había hecho en Gándor.

El ingeniero estuvo entretenido revisando un paquete de archivos de hipercoordinadas que le proporcionaron. Por lo que pudo inferir, habían sido calculadas con procesadores antiguos. Con semejante tecnología, hubiera sido imposible encontrar algo parecido a un patrón. Nada que ver con las bóvedas del observatorio de Gándor, que simulaban un pequeño orden cósmico en movimiento. Era de esperar que la Esfera tuviese algo parecido, aunque fuese en miniatura, de lo contrario no habría ninguna esperanza para ellos.

Pero hubo algo que le extrañó en aquellas muestras, había retales inconexos cuyos metadatos sugerían su pertenencia a uno o varios patrones complejos. El análisis estadístico concluía que eran productos del azar o anomalías, lo cual no era infrecuente. Entre las

simulaciones de mapas estelares, era normal encontrar estructuras que evocaban figuras con sentido, del mismo modo en que se encuentran en una pared rociada de pintura formas que parecen representar rostros. Sin embargo, su experiencia le hizo sospechar que aquellos datos quizás tuviesen un origen distinto. Además, el estilo de las figuras no se asemejaba a lo que se lograba con los buscadores artificiales; ni siquiera los últimos modelos desarrollados por las federaciones producían tramas similares, sino configuraciones mucho menos estéticas. Solo una cosa, pensó entonces, podía ser la causa de aquello, aunque quizás no fuesen más que imaginaciones suyas. En cualquier caso, eran resultados muy precarios y de poco servía imaginarse una intuición portentosa capaz de ir más allá de cualquier cálculo.

2. MERGA

Aquella luz cálida le recordó a la tierra y, por un instante, creyó estar allí. Tras el amanecer de Merga, emergió Frigg, el majestuoso sol cuya serena presencia desmentía la fama de furia imprevisible. Según el último reporte de Acero, la tormenta solar había cesado el día anterior. Eso significaba que, en aquel momento, la noticia de su fuga habría llegado ya al último rincón del sistema. Corvo desconocía los planes del LIS para introducirle en la ciudadela y supuso que aquella nave tendría algún tipo de inmunidad diplomática, el poder de la Esfera llegaba al menos hasta ahí. Otra opción era que utilizarasen potentes inhibidores para entrar por una vía no vigilada. Pronto lo descubriría.

La textura de la roca marrón era ya visible. Los arañazos se convirtieron poco a poco en anchos cañones solo interrumpidos por los gigantescos cráteres que salpicaban aquella luna cuyo tamaño se acercaba al de Marte. En uno de sus valles, habían sido descubiertos pequeños depósitos de agua subterránea que, junto a una atmósfera no mortífera, convirtieron a Merga en un lugar apto para el asentamiento. La Ciudadela estaba habitada por cuatro mil personas de todas las naciones. La estructura se amarraba a las paredes de un

valle; a lo largo de este, unos pilares proyectaban una bóveda de cañón permeable que filtraba el clima exterior y hacía del interior un entorno habitable. Desde el aire, era como un cilindro blanco hundido en la tierra. Su centro era zona neutral, sus extremos, que se habían alargado con el tiempo, pertenecían a cada una de las federaciones, Occidental y Oriental. Más allá del valle, alrededor de la ciudadela, pero conectadas con esta, se desperdigaban otras instalaciones, principalmente invernaderos y cosmódromos.

Utilizaron para la penetración los recursos que Corvo había imaginado. En primer lugar, se aproximaron a la órbita por una zona poco transitada y usaron inhibidores de navegación que opacaron su presencia a la curiosidad de los patrulleros. De haber tenido algún encuentro con ellos, les habrían sugerido que aterrizasen en zona federal. Ante la amenaza de un registro, se habrían defendido con la acreditación de nave diplomática de la Esfera. La mera sospecha de que albergaran a un prófugo no era suficiente para saltar sobre esa protección, salvo que les esgrimieran una orden de la Convención de Justicia Terrestre, y esta era imposible que llegase antes de varios días, el tiempo que tardarían las noticias llevadas por los cruceros federales en ir y volver. Tenían, por tanto, el tiempo justo para repostar en Merga y preparar su próximo salto. Otra cosa era que la Convención no concediese tal orden si se conocía que el fugado había sido recluido sin un juicio previo, pero esa era una esperanza vana. Los grandes organismos estaban todos controlados por las federaciones, que hacían y deshacían a su gusto. Para un caso tan nimio como aquel, no hubieran tenido problemas en montar una historia creíble y verificable por todos.

Afortunadamente no fueron interceptados y pudieron acercarse sin problemas al cosmódromo neutral. Una vez en sus hangares, encontraron hueco entre naves científicas, exploradoras y de suministro, muchas de las cuales no incorporaban sistemas de salto interestelar como el *Narval* del LIS. Durante los preparativos para el salto, nadie podía permanecer en la nave, lo cual era un contratiempo para Corvo, que sabía que fuera había mil ojos ocultos monitoreando a todo el que transitaba por la estación. Le acomodaron temporalmente en unas dependencias anexas, un corredor de estrechas cabinas alquiladas por la Esfera; oficialmente, el *Narval* pertenecía a esta entidad y sus tripulantes hablaban en su nombre.

El LIS no dejaba de ser una organización supuesta cuya existencia pública era un mito promocionado por sus miembros y negado por sus enemigos, aun cuando estos supiesen que era real.

Desde su nueva reclusión, el ingeniero podía ver parte de una vía de conexión recorrida incesantemente por vehículos magnéticos, lo cual era más de lo que había visto en su anterior visita a Merga. En esa ocasión, entró por el cosmódromo occidental y estuvo aislado durante una semana antes de ser trasladado a Gándor. Sabía que en el interior de la ciudadela había un pequeño mundo que necesitaba no solo de personal científico, técnico o militar; lo habitaban también quienes se ocupaban de la producción de alimentos o medicinas, y de servicios esenciales como la sanidad, pero también el ocio. Sin embargo, a pesar de la aparente autosuficiencia, la ciudadela no podía sobrevivir mucho tiempo sin el auxilio terrestre. Regularmente llegaban enlaces que traían no solo mercancías, sino también las comunicaciones que, a la velocidad de la luz, tardarían varios siglos desde la Tierra. El viaje interestelar se hacía por una ruta prefijada que unía los sistemas solar y frigial. Aquel era el puente Omega, el segundo descubierto después del puente Alfa entre el Sol y la estrella Suria. Debido al movimiento de los astros, las rutas debían ser actualizadas constantemente, lo cual no era un problema una vez conocidos los patrones que permitían horadar el espacio con un empujón de energía masiva. Lo complicado era, como Aarón Corvo sabía muy bien, encontrar esos patrones y unirlos para *dibujar* la geometría exacta del viaje. Para ello, era necesario mapear al detalle una zona lo suficientemente amplia del universo y emparejar cada punto con los trillones de puntos restantes. En esa tarea, el conocimiento de los objetos astronómicos, su tamaño, movimiento y fuerza gravitatoria, era esencial. Si uno pretendía saltar desde cualquier parte del espacio a ciegas, con total seguridad terminaría, si es que no estallaba en aquel mismo momento, en mitad de una región desértica sin posibilidad de volver, porque las coordenadas del regreso tenían que ser igualmente calculadas.

Lo que casi nadie sabía era que, hasta hacía muy poco, las mentes artificiales habían sido incapaces de detectar rutas sin el auxilio de un extraordinario azar. Solo cinco años atrás se había conseguido por fin depurar la tecnología lo suficiente como para encontrar un nuevo puente: el puente del Hades, llamado así en honor al infierno

que los robots exploradores hallaron al otro lado; la mitad de las misiones no volvían y el resto traían datos que dejaban clara la imposibilidad de sobrevivir en ese lugar. La pregunta entonces era: ¿cómo se habían detectado, hacía ochenta y nueve, y cincuenta y nueve años respectivamente, los puentes de Suria y Frigg? Casi todos en la Tierra pensaban que había sido gracias al genio de Adán Deleda, el astrofísico y matemático cuyos algoritmos de cálculo astronómico fundaron aquella nueva era. Pero ¿por qué había pasado tanto tiempo desde entonces y el descubrimiento del Hades? Cualquier especialista sabía que Deleda únicamente puso las bases de algo que solo mucho después dio sus frutos. Con el nivel tecnológico de su época, hubiera sido un milagro encontrar rutas, como casi lo era aún en el presente. En un mundo anegado por un flujo de información inabarcable, una diminuta verdad podía verse mezclada y manchada con todo tipo de imposturas, fantasías y delirios. Por ese motivo, nadie que quisiera mantener una mínima reputación académica se dedicaba a hurgar en aquellos enigmas. Corvo, sin embargo y aun a pesar de su poca simpatía por las locuras conspiranoicas, sabía que la verdad estaba oculta bajo secreto federal y un relato precioso sobre la capacidad de la ciencia humana.

En aquellos días de espera, no tenía otra cosa que hacer salvo darle vueltas a los cuentos que los extraños datos del LIS le habían traído a la memoria. Carecía de permisos para salir y apenas recibía visitas. En una de ellas, Nezda le llevó algo de comida y Corvo aprovechó para lanzarle una pregunta inesperada:

—¿Hay un *duid* en alguna parte?

Ella le miró durante unos segundos y, cuando parecía que iba a estallar, se encogió de hombros y contestó:

—No sé, podría ser. También creo que han visto un cerdo volando sobre el Polo Norte.

—No me parece tan increíble, los bioingenieros orientales son capaces de cualquier cosa, ¿no le pusieron alas a una rata?

—Sí, pero creo que no volaba, debían ser alas de gallina.

Nezda era dura y se escabullía en el sarcasmo. A pesar de ello, o precisamente por ello, daba muestras de una fidelidad y obstinación inquebrantables. Corvo entendía perfectamente su recelo, sin duda era fruto de muchas experiencias con desconocidos cuya indiferencia o cuya cobardía habían puesto en riesgo la causa que defendía.

Por eso le caía bien, al menos prefería su carácter directo al de quienes te rodean de palabras sugerentes para ocultarse perpetuamente.

La mujer del LIS también observaba al ingeniero. Sabía que era una pieza clave en sus planes, pero había trabajado durante demasiado tiempo para la autoridad federal. Si se acercaba a él, era porque le habían insistido en que aquel hombre, a pesar de todo, era de fiar. Ellos lo conocían, tenían sus perfiles y no solían equivocarse. De cualquier manera, no pensaba bajar la guardia y no tenía ninguna intención de alimentar su curiosidad. Lo habían traído como técnico, exclusivamente.

—Por cierto, he visto una *hache*, ¿también han llegado hasta aquí? —dijo Corvo y señaló una nave que se veía desde la ventanilla de su cabina. En ella había un pequeño logotipo rojo con una cruz y una hache superpuestas.

—¿Humeides? Sí, están por todas partes, especialmente en el espacio. Andan mirando en qué planeta está el Reino de Dios.

—¿De dónde sacan las naves?

—Tienen amigos multimillonarios —murmuró Nezda.

Corvo no podía evitar mirarla disimuladamente. Para un hombre que había pasado dos años encerrado, aquella mujer y sus movimientos felinos eran un espectáculo al que ninguna simulación sexual podía ni siquiera aproximarse. Ella, seguramente, se daba cuenta, pero no parecía incómoda, así que él aprovechó para alargar un poco más la conversación.

—¿Andan predicando por la ciudadela?

—No, que yo sepa. Aquí todo es muy formal, nada que ver con Cirus.

—Nunca he cruzado el puente Alfa.

—Allí se junta todo tipo de gente, todo es mucho más... divertido. Hay hasta moscas.

El ingeniero no pudo evitar una sonrisa. «Las moscas conquistarán el espacio», recordó que le decía su padre de niño cuando le contaba el cuento de *La mosca astronauta*.

Nezda se marchó sin una palabra de despedida. De fuera llegaban los sonidos mezclados de las máquinas que recorrían los hangares. Corvo salió con prudencia y se asomó desde la entrada de la sección en la que se alojaba. Nadie caminaba por la cuadrícula de losas grises, las únicas personas que se veían estaban tras los cristales de

los vehículos. ¿Adónde irían todos tras su jornada?, ¿se reunirían a tomar algo en algún lugar de la pequeña ciudad de asfalto y metal bajo aquel techo que simulaba el azul terrestre? Otra opción era un paseo exterior. Si alguien quería salir, podía alquilar un rover y alejarse hacia el páramo mergano, una tierra ácida y abrupta donde ni animales ni vegetales podían sobrevivir sin ayuda tecnológica, un cielo eternamente gris y polvoriento que apenas dejaba pasar unos pocos rayos de Frigg. ¿Era este el destino de la humanidad fuera de su planeta? La obsesión por los puentes estelares no se basaba solo en la posibilidad de visitar nuevas estrellas. ¿Qué se ganaba con ello si la mayoría no eran mucho mejor que el Hades? Quizás depósitos ingentes de materias primas minerales, pero su explotación solo estaba al alcance de unos pocos. Además, los habitantes de la Tierra ya tenían suficiente con las riquezas de los yacimientos que se extraían por todo el Sistema Solar. No, lo que se buscaba era otra cosa, un nuevo cielo azul, una tierra limpia y rica capaz de sujetar las raíces de las plantas, un aire respirable que no obligase a vivir encerrados. Y agua, sobre todo.

En los asentamientos extraterrestres no se desperdiciaba ni una microgota. Cada proceso estaba calculado al milímetro para que el agua se usase solo en la medida imprescindible. Corvo tenía a su disposición un sencillo *metabol* que le informaba de una amplia variedad de datos corporales. En aquellos momentos sentía sed, pero su metabol conocía sus niveles de hidratación y le indicaba que no era el momento de consumir una porción del líquido que tenía asignado para aquel día. Quizás su sed no fuese de agua.

Las horas de espera caían lentamente bajo el silencio de la luz blanca y uniforme. Corvo prefería una luz más tenue, pero aquellas lámparas no eran regulables como las de su celda en Gándor. Su cabina carecía de cualquier lujo, estaba pensada únicamente para dar descanso temporal a los técnicos que se ocuparan del mantenimiento de sus propias naves. Las que tuviesen previsto un salto interestelar tenían que ser inspeccionadas minuciosamente, un aparato mal calibrado o un fuselaje con un pequeño desgaste eran un riesgo. Normalmente, aquellos ajustes y la carga de energía podían hacerse en un día o dos, salvo que la nave necesitase reparaciones mayores, como parecía ser el caso del Narval. Aunque también era posible que la nave no tuviese ningún problema inhabitual y que los

miembros del LIS aprovecharon la parada para otros asuntos. A él no le informaron de nada, simplemente lo metieron allí hasta que todo estuviese listo. Después de cuatro días, llegó Acero para decirle que debían marcharse cuanto antes. A Corvo le extrañó su tono apremiante, pero el piloto le aseguró que la urgencia de su misión era la única causa de tales prisas.

De nuevo en la nave, todo estaba aparentemente como lo habían dejado. Aquellos vehículos, conocidos como *discales*, se diseñaban con formas óptimas para la propulsión interestelar, pero también para un sistema de gravedad artificial interna que requería de ciertas simetrías. Eran elípticas, como el Narval, o circulares; planas por abajo, donde se ubicaban los atractores gravitacionales, y cupulares y lisas por arriba. Aunque en el espacio no hubiese aire que romper, la forma aerodinámica facilitaba la uniformidad del empujón de energía necesaria para el salto. En su interior se evitaban también las aristas y las protuberancias; los paneles táctiles de control podían ser invocados desde una variedad de posiciones y arrastrados a otros lugares en función de las necesidades. Todos los sistemas estaban además disponibles desde cualquier terminal y podían ser abiertos libremente o solo por usuarios autorizados, cuya identidad era reconocida por sensores biológicos sin necesidad de otras acreditaciones. Más que destreza manual, los pilotos necesitaban conocer y controlar una variedad de programas de navegación cuyos parámetros se iban gestionando y modificando durante el viaje. Había otros tipos de naves, más antiguas y manuales, pero muchas de ellas carecían de gravedad o tenían dispositivos muy precarios. Esos modelos, si querían ir a otros soles, tenían que ser transportados en las bodegas de inmensos cargueros discuales, así se explicaba la variedad de formas que se veía en los cosmódromos de Merga.

Cuando estuvo listo, el Narval recibió los permisos para ubicarse en el punto de despegue. Desde allí se levantó envuelto por el zumbido creciente de la propulsión. Una vez que estuviesen fuera de la gravedad de Merga, podrían apagar los motores de arranque y volver al silencio, la nave tomaría entonces una inercia programada hacia el lugar del salto. Este había sido cuidadosamente calculado en un punto con la suficiente equidistancia de los diferentes astros para que la atracción de ninguno de ellos pudiese distorsionar la ruta, lo cual implicaba alejarse mucho hacia el exterior del sistema

y varios días de viaje. Esos lapsos previos y posteriores eran la duración real del trayecto, porque el salto en sí era inmediato, como pasar por un agujero que conectase dos superficies unidas justo en ese punto de espacio común.

En aquella ocasión, serían seis días más que sumar a la lenta fuga de Aarón Corvo. Así eran las cosas en el espacio, nada sucedía con la celeridad de los viajes terrestres. Cualquier imprudencia podía suponer quedarse aislado en una inmensidad inabarcable, allí donde ningún equipo de rescate podía llegar. Los miembros del LIS estaban acostumbrados a ese riesgo y manejaban la situación con tranquilidad. El único cambio era el rostro de Resa, que había mutado hasta ser, literalmente, otro hombre. Aquella facilidad para la transformación explicaba en parte el gesto impenetrable de aquel individuo, las sucesivas operaciones le habían extirpado el don de la expresividad. Para él ya no había vuelta atrás, jamás volvería a recuperar sus facciones originales ni, probablemente, una identidad que estaba ya disuelta en los sucesivos personajes que había interpretado.

Corvo no tenía intención de indagar en la vida de ninguno de sus acompañantes, y menos en la del antiguo funcionario, quien, desde su primer encuentro, le daba la sensación de ser una máquina más que un humano. Era incluso muy posible que llevase incorporadas un buen número de prótesis; después de todo, el mito del robot humano se había cumplido más por el acercamiento de estos a la máquina que viceversa.

Durante el viaje a la boca del puente, pudo revisar nuevas hipercoordinadas que reforzaron sus sospechas. Le preguntó a Aura cuál era la procedencia de los datos, pero la mujer no le dio una respuesta concreta. Eran simplemente archivos que habían llegado a la Esfera desde muy diversas procedencias. Algunos eran fragmentos filtrados por sus contactos en las federaciones, otros habían sido captados por agentes en sitios diversos.

—La Esfera no tiene aún datos propios —se excusó—. Esa es precisamente la razón por la que te necesitamos, para que nos ayudes a desarrollar la tecnología adecuada para obtenerlos.

Pero si aquello no les pertenecía, ¿por qué se lo enseñaban? Era obvio que ellos también habían visto algo extraño. Cuando el ingeniero compartió estas inquietudes, Aura quiso ser franca:

—Las federaciones ocultan muchas cosas, quién sabe si algún puente secreto. Yo no doy mucho crédito a esos rumores, pero no perdemos nada por indagar.

—No creo que haya rutas ahí —precisó Corvo señalando su visor. Era obvio que las federaciones ocultaban cosas. Quien fuese capaz de abrir el próximo puente obtendría los beneficios de su control y la prioridad para asentarse al otro lado. Aunque, tarde o temprano, esos descubrimientos serían conocidos y el pacto interestelar obligaba a abrir las rutas a la competencia tras el periodo preferencial. De todos modos, quienes finalmente tenían la potestad para gestionar el uso público de las rutas eran las federaciones, ellas regulaban el tráfico y concedían los permisos. La Esfera los tenía, era una organización poderosa que aunaba las fuerzas de una pluralidad de asociaciones independientes. Su relación con las federaciones era tensa, pero estas no podían dejar de tolerar las insidiosas actividades de este enemigo común. Y, por lo que parecía, Humeides también tenía sus permisos. O, más bien, tenía el dinero suficiente para lograrlos y para disponer de naves, lo cual estaba al alcance de muy pocos.

En las cercanías del origen y el destino, había siempre una estación bifederal que detectaba el paso de las naves y las cotejaba con su base de datos. Si un vehículo no acreditado intentaba saltar, nada podía impedirselo, salvo una descarga nuclear, pero este recurso estaba reservado para los periodos de guerra o las naves fichadas como terroristas. El resto eran identificadas y la infracción se comunicaba a todos los sistemas para que fuesen requisadas a la primera oportunidad.

El Narval lo tenía todo en regla y no era de esperar ningún contratiempo. Corvo ya conocía el protocolo, ningún objeto podía quedar suelto en el interior de la nave y los tripulantes debían introducirse en sarcófagos herméticos. Una vez asegurados, la gravedad artificial se desactivaba y el sistema de navegación entraba en modo automático, aceleraba la nave hasta su límite y, una vez alcanzadas las coordenadas precisas, le daba un empujón brutal que la hacía rotar miles de veces durante unos pocos minutos. Durante los instantes anteriores y posteriores al salto, todo el espacio alrededor era sacudido por turbulencias capaces de destrozar cualquier cuerpo que no estuviese fijado a la estructura, la nave debía ser arrojada contra las

ondas como si fuese un objeto macizo. Una vez alcanzado el punto exacto, el puente se cruzaba en un parpadeo que para los viajeros era como un sueño profundo en el que caían súbitamente por más que luchasen por mantener la consciencia.

3. EL SUEÑO DE LA TIERRA

Despertó con la imagen de un sueño vívido. Estaba en una vieja casa de pueblo, alrededor de ella crecía un bosque de intensos verdes y hojas cubiertas de rocío. En la parte trasera, un pequeño lago se ocultaba entre la maleza; cuando puso un pie en su orilla, el lago se convirtió en una superficie sin límites. Unos niños se tiraban al agua desde una barca sobre el fondo anaranjado del atardecer. El lago, justo antes de abrir los ojos, se había convertido en un mar solitario y su horizonte líquido se fundía con las estrellas.

Le costó darse cuenta de dónde estaba y comprender qué era aquel cristal oscuro que le cubría. Recordaba los instantes previos como si hubiesen sucedido en algún día perdido del pasado. Permaneció sumido en la confusión hasta que notó movimiento al otro lado, formas borrosas que danzaban como llamas sin luz. No sabía cómo abrir su compuerta, así que esperó a que alguien se acordara de él. Por fin, apareció el rostro sonriente de Daniel Acero.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó Corvo.

—Unos veinte minutos desde que nos metimos en la caja. ¿Cómo te encuentras?

—Como si hubiese dormido una semana. Soñé incluso.

—¡Vaya, que privilegiado! —exclamó Nezda desde el fondo.

Corvo, que asomaba ya la cabeza, la miró con desconcierto. En su anterior salto, había tenido idéntica sensación de aturdimiento, pero sin sueños.

—Algunas personas sueñan a veces. Son siempre sueños vivos e intensos, yo nunca los he tenido, y he saltado muchas veces —dijo Aura.

—¿Y sobre qué era tu sueño? —preguntó Nezda.

—Cosas de la infancia, un lago, el mar...

—La Tierra sueña con el agua —murmuró Resa.

Corvo, sorprendido, miró al hombre que había pronunciado aquellas enigmáticas palabras sin apenas mover los labios.

—Es un fragmento de un poema —aclaró el antiguo funcionario—. *La Tierra sueña con el agua y la busca en las estrellas.* Joel Vega.

El nombre sonó como un latigazo en los oídos del ingeniero, pero cuando quiso preguntar, el penetrante sonido de una alarma le interrumpió.

—La bifederal está muy cerca —anunció Acero—, nos están esperando.

—Habrá que hacer algo —intervino Nezda.

Corvo, inquieto por aquel incidente, miró alternativamente a uno y otro.

—Salimos pitando o los invitamos a entrar.

El ingeniero comprendió que se burlaban de él y que la decisión estaba tomada desde hacía tiempo. Si se lanzaban ya en dirección opuesta, fácilmente escaparían del radio de alcance de los detectores. Partían con la ventaja de que las estaciones alrededor de los centros de salto tenían que permanecer a una distancia prudencial. Realmente, su labor se reducía a estar alerta para salir en auxilio de las naves que saliesen mal paradas del hiperespacio, o para advertir a aquellas sobre las que pesase alguna orden. En esta ocasión, la arriesgada cercanía de los patrulleros era una señal de que estaban avisados de su posible aparición. Seguramente los habían detectado ya y tenían preparado un contacto. Pero las cosas en el espacio no eran tan sencillas, las enormes distancias y las dificultades de cualquier aproximación daban ventaja a quienes huían. En cuanto se lanzasen con los inhibidores activos en dirección a campo abierto, las naves perseguidoras perderían su rastro y tendrían que arrojar andanadas de ondas al azar para localizarlos de nuevo.

De inmediato, todos se amarraron a sus asientos. Acero tocó los paneles y las alarmas cesaron; justo entonces, el Narval aceleró bruscamente. Después del impulso, todo volvió a la calma.

Corvo sabía que estarían en algún lugar más allá de Saturno, en un punto del espacio relativamente limpio y a una distancia de la Tierra de entre doce y veinte días, si es que esta seguía existiendo. La lejanía había arrojado la imagen real del planeta azul al fondo

difuso de su imaginación. En sus sueños, como en el que había tenido tras el salto, solía verla como un hogar perdido e irrecuperable. Temía que, si regresaba, la aparatosa y sofocante realidad terráquea apagase esas imágenes consoladoras. Sin embargo, deseaba volver; de hecho, ese era uno de los pocos anhelos sinceros que aún conservaba, y ganaba fuerza con cada kilómetro que se acercaban.

Cuando le informaron de que no se dirigían hacia la Tierra, sino a Calisto, sintió una mezcla indefinible de alivio y decepción. A pesar de que el Sistema Solar había sido ampliamente explorado, las misiones permanentes seguían siendo apenas unas gotas de agua en un océano. En Calisto había un pequeño y discreto puesto neutral en el que la Esfera tenía todo lo preciso para que su nave, ya proscrita, dejara de existir: un reseteo total de los controles, una sustitución de los sistemas de posicionamiento y de identidad, y un cambio de aspecto. Eso sí, seguiría siendo el Narval, nombre que no figuraba en ningún registro y que no era conocido por nadie salvo por sus tripulantes. Otra ventaja era la mayor cercanía del satélite de Júpiter, a pesar de lo cual aún tardarían varios días en llegar.

Lo primero que hizo cuando se alejaron definitivamente de cualquier amenaza fue acercarse a Resa. El nombre de Joel Vega aún resonaba en su mente. No era capaz de recordar de qué, pero estaba seguro de que lo conocía. Un conocimiento que, por la punzada que había sentido al escucharlo, parecía ir mucho más allá de algo trivial. Resa dijo no saber mucho más. Según su relato, Vega no era más que un literato marginal cuya única publicación conocida era un poemario de pocas páginas. Quizás aún estuviese vivo, se trataba de alguien esquivo que había puesto bastante empeño en borrar sus huellas del mundo.

El ingeniero lamentó entonces no estar más cerca de la Tierra para conectarse a la red y bucear en busca de referencias a ese nombre que, tan inesperadamente, había emergido de las sombras de su memoria. En aquellos viajes, la curiosidad era mala compañera, especialmente cuando, como en aquella ocasión, no había estaciones de control con las que comunicarse. A pesar de que apenas llevaba unas pocas semanas viajando por la inmensidad sideral, sentía ya ese conato de angustia y desarraigo que atenazaba la vida de los navegantes. Sin duda, a ello contribuía su largo aislamiento en Gándor, aunque realmente lo había vivido como un letargo, un episodio

que, una vez finalizado, quedaba resuelto como un incidente fugaz que apenas dejaba rastros para su vida futura. El viaje, sin embargo, comenzaba a hacerle despertar.

Observó a los miembros del LIS y se preguntó cuánto tiempo llevarían dando vueltas por el espacio sin pisar otra cosa que oasis artificiales en mitad de páramos rocosos. En cada uno de ellos notaba un abismo oculto. Era evidente en Resa, del cual cabía preguntarse si definitivamente había perdido ya las referencias a cualquier suelo. Tanto Aura como Acero se aferraban a un ideal, a una misión cuyo cumplimiento estaba muy por encima de sus pesares. En Nezda había algo más, una rabia oculta o la sombra de una pérdida; sin embargo, no parecía moverse por la venganza o la satisfacción personal, era evidente en ella el empeño por ser fiel al mismo ideal que sus compañeros. Pero ¿realmente creía en ello o era el refugio de un espíritu arrojado del mundo?

Cuando Corvo le preguntó si conocía a Joel Vega, ella contestó tras una carcajada que no había leído poemas en su vida.

—Las acciones, no las palabras, cambian las cosas.

—Y después de que las cosas cambien, ¿seguiremos en silencio?

—¡Vaya! Resulta que tú también eres poeta.

A los pocos días, la nave captó una señal encriptada. Estaban cerca de Calisto y no había noticias de que las federaciones estuviesen merodeando por allí, aunque era posible que se escondiesen en algún cráter. Oficialmente, su presencia en Júpiter se limitaba a la gran base del satélite Europa, la tercera mayor colonia extraterrestre del Sistema Solar después de Luna I y Marte.

La base a la que se dirigieron se ocultaba discretamente en un terreno fracturado, apenas era visible desde el espacio y su cosmódromo tenía las dimensiones justas para albergar al Narval. Una vez en tierra, el panorama no podía ser más distinto al del flujo de transportes de Merga. Aquí no había más que un pequeño hangar y en su interior un puñado de naves, algunas con un aspecto tan destartado que parecía imposible que hubiesen podido llegar hasta allí.

Al otro lado había un barracón cuadrado que se utilizaba para dar servicio a los residentes fijos o temporales. Las comodidades eran escasas y el funcionamiento sencillo. Dado el estrecho espacio, se dormía en estancias compartidas y el comedor era algo pare-

cido a la cafetería de una estación de servicio terráquea perdida en un desierto. No había otra alternativa más que pasar largos ratos en ella mientras se realizaban las reparaciones de los vehículos. Allí se reunían unos pocos hombres y mujeres, los técnicos de la estación y viajeros que, una vez abonados los derechos de estancia, podían permanecer sin que nadie les pidiese cuentas.

Uno de estos llamó la atención de Corvo. Era un hombre grande, de pelo rapado y nariz abultada. En su cuenca izquierda, tenía un globo artificial que giraba en el interior del hueso. Este ojo inexpressivo, que probablemente no fuera capaz de ofrecerle a su dueño más que sombras, contrastaba con la viveza del otro, que miraba desde la oscuridad de los pliegues abultados del párpado.

—Muchos de los que están aquí se ocultan como nosotros —le susurró Acero al oído.

—¿Las Federaciones no conocen este lugar?

—Es posible. De todas maneras, hay varios por todo el Sistema Solar, incluso más pequeños. Una vez que el enjambre se dispersa, la reina pierde su control.

En la Tierra, eran populares las aventuras de los exploradores de todo tipo que aparecían en los medios pidiendo financiación, buscadores de fortuna que ofrecían sus peripecias en documentales o vendían sus descubrimientos a empresas. El sueño de muchos era encontrar, en el inmenso terreno inexplorado de los sistemas accesibles, agua y fuentes de riqueza. Otros se recreaban en mostrar las maravillas nunca vistas, lo que aprovechaban quienes iban tras ellos para abrir rutas turísticas solo aptas para los muy pudientes. Quizás algunos de los allí reunidos eran de esa clase de aventureros capaces de romper todo lazo protector y adentrarse en los abismos desconocidos. Pero también era posible que fuesen agentes de algún tipo de negocio subterráneo, o incluso contrabandistas.

El ingeniero observó discretamente al hombre del ojo artificial. No parecía, desde luego, alguien intrépido que se hubiese lanzado en busca del conocimiento o la belleza del cosmos. Notó que se inclinaba ligeramente hacia ellos y los miraba, e intuyó que lo que le interesaba era el perfil sensual de Nezda. Estuvo tentado de susurrarle que la observaban, pero no se creyó con la suficiente familiaridad. En todo caso, seguramente ella notase mejor que nadie los movimientos de quienes había a su alrededor. Sin duda

estaba acostumbrada a destacar en aquellos ambientes llenos de gente consumida por las penurias de la vida fuera de la Tierra.

Cuando Aura se unió a ellos, observó el lugar con un gesto de desagrado y comentó brevemente los informes que le habían dado los mecánicos sobre el Narval.

—¿Resa está en los talleres? —preguntó Corvo.

—Resa se ha marchado.

Un silencio forzado siguió a la escueta respuesta. Estaba claro que no iban a darle más explicaciones. La misión de aquel hombre camaleónico llegaba hasta allí. Con otro rostro y otra identidad había partido para ocuparse de asuntos que no eran de su incumbencia.

Nadie alrededor tenía aspecto de pertenecer a ninguna autoridad, pero algo en el ambiente inquietaba a los miembros del LIS. Una mujer solitaria se acercó con la intención de entablar una conversación. Las normas de cortesía de aquellos remotos lugares disponían, casi como una obligación, no rechazar los encuentros humanos, especialmente si quien los requería era una persona solitaria. Esthir, como dijo llamarse, contó que era bióloga y estaba recopilando datos en distintos ambientes para la preparación de experimentos sobre la adaptación de cultivos a condiciones extremas. Las normas, por otro lado, no exigían que uno tuviese que dar detalles sobre su presencia en un sitio como aquel, por lo que la discreción no era mal recibida. A pesar de ello, tenían su propio relato preparado y Acero, con sincera cordialidad, respondió que los motivos de su viaje eran puramente empresariales. Esthir y el piloto del Narval estuvieron un rato charlando amigablemente sobre temas superficiales. Daba la impresión de que, de haberse encontrado con más tiempo y mejores alojamientos, habrían aprovechado la ocasión para seguir su charla en otro lugar.

Corvo se percató de que el hombre del ojo muerto se había marchado. Miró a su alrededor y sintió la necesidad de salir al pasillo exterior, pero Nezda le detuvo.

—¿Quieres ver el paisaje? Yo te acompaño.

La mitad del perímetro de la instalación estaba cerrado por una mampara continua, pero las vistas no eran demasiado interesantes, lo único que se distinguía de afuera era la penumbra rocosa del valle.

—¿Va todo bien? —preguntó el ingeniero.

—Nada inusual. Estos lugares son aburridos, pero no nos queda otra que parar aquí.

A Corvo le resultaba incómoda la sobreprotección de Nezda. Era obvio que no se fiaba de sus pasos, pero también que él dependía enteramente de ella y sus compañeros, y así se lo hizo saber.

—Estoy en vuestras manos.

La mujer le miró con indiferencia. El ingeniero continuó con la confesión.

—No tengo adonde ir. No tengo casa ni familia en la Tierra ni en ningún otro lugar.

Nezda captó enseguida el tono teatral de aquellas palabras. Quizás fueran ciertas, pero no expresaban las preocupaciones reales de su dueño, que se servía de ellas para ironizar sobre su situación.

—Claro que tienes adónde ir: una prisión federal.

Más allá de la ironía, Nezda sentía curiosidad por las motivaciones de aquel hombre. Lo veía como alguien a quien no le importase el futuro y que había aceptado lo desconocido solo para salir de la reclusión. No acababa de asimilar que fuera a ayudarles únicamente para cumplir su parte del pacto y sin la más mínima implicación, pero nada sabía de su vida, como él tampoco de la suya, y ninguno parecía necesitar un oído amigo que escuchara sus penas. Más bien huían de su historia, cada uno a su modo, Nezda aferrada a un ideal, Corvo a la ocasión que le brindaban para sobrevivir.

Los relojes de la estación marcaban el comienzo de la noche. Todos ellos seguían el huso horario espacial, aunque quienes pululaban por el espacio a menudo tenían sus propios hábitos. En un lugar tan alejado como Calisto, la luz solar apenas era capaz de separar el día de la noche y el alumbrado de la base era constante, únicamente se apagaban los lugares comunes dedicados al descanso y el trabajo. Un hombre con unas discretas gafas de iluminación personal les confirmó que esto ya había sucedido.

Se dispusieron a volver al comedor cuando un estallido seco los dejó paralizados. Corvo sintió cómo la mano de Nezda se aferraba a su muñeca y un instante después se hizo una oscuridad total. Ella tiró de él y avanzó a tientas. Al fondo se escuchó el grito de alguien que preguntaba en un idioma que no entendieron, siguieron otras voces y el ruido de gente corriendo. Le rozó la cara el foco

de la pequeña linterna que Nezda sujetaba con su mano libre, con esa ayuda trataron de abrirse paso por el corredor entorpecidos por personas que, salidas principalmente de los dormitorios, acudían a ver qué sucedía. Lo que les alarmaba no era la oscuridad, sino la explosión, que fue seguida por otra más débil y después por un siseo que se apagó cuando todo el gas estuvo fuera.

Entre las intermitencias del foco que se agitaba convulsivamente, Corvo observó extrañado cómo las paredes rectas se volvían curvas. Alguien trató de ponerle en pie, pero no tenía más fuerzas que él mismo. En algún momento, la linterna cayó y fue a iluminar una esquina inútil. Una batería de golpes caóticos sonó alrededor, cada vez más lejos. Sintió que lo arrastraban, las ventanas habían girado y amenazaban con derrumbarse. Vio un cielo imposible saturado de estrellas y después nada, hasta que la luz volvió con toda su potencia. Voló sostenido por una embriaguez demencial y paralizante sobre un pasillo interminable, cegado por unos faros que, alternativamente, caían sobre sus ojos.

Le dejaron tirado sobre un suelo metálico con la cara apoyada sobre una pared del mismo material. Veía, pero no tenía noción de ver. Oía, pero todo sonido era un rumor espeso y lacerante. No podía moverse y sentía la saliva caer por su barbilla. Así estuvo durante un tiempo que le pareció interminable. Cuando por fin comenzó a recobrar la conciencia, lo primero que percibió fue una jaula y en ella, tras los barrotes, una mancha de colores que se movía. Creyó entonces que alucinaba, no era capaz de identificar aquello y concluyó que debía de ser una creación aberrante de su mente. Ese delirio duró muy poco y no tardó en caer en la cuenta de que era un pájaro, un simple pájaro. Hacía más de dos años que no veía ninguno.

El pájaro saltaba indiferente entre las barras. De vez en cuando, caía en el borde de su estrecho comedero y picoteaba algo. A Corvo se le ocurrió preguntarse si aquel animal era feliz, inmediatamente pensó que esa inquietud era una estupidez. Mientras tuviese comida, aire y agua, el pájaro no distinguiría entre estar en un apartamento en la Tierra o en una estación espacial a millones de kilómetros. ¿Qué hacía entonces tan especiales a los humanos que, aun teniendo todo lo necesario para sobrevivir, añoraban siempre algo indefinible? Quizás el pájaro también necesitase algo así, pero no el

paisaje que se ve ni se piensa, sino el que se extiende a lo largo del vuelo sin otro fin. Volar por volar, sin más goce que el movimiento pletórico de los músculos, sin otro límite que el del propio cuerpo.

Comenzó a ver con claridad, aunque apenas podía moverse. Después de un tiempo, logró limpiarse la baba. Estaba vacío de energía y cualquier pequeño gesto le suponía un gran esfuerzo. Notó entonces que alguien se acercaba. Vio a un hombre enorme vestido con un traje gris y polvoriento. ¿De dónde salía aquel polvo? No podía distinguirlo bien, quizás fuese grasa u otro tipo de suciedad. El hombre acercó su perfil a la jaula y la observó con un ojo muerto, una esfera negra que sobresalía del párpado y deformaba el rostro. Lentamente, aquel sujeto se giró hacia él y le miró con aquella faz partida en dos. La boca respondía también a ese desajuste, la mitad que caía bajo el ojo artificial era recta y apretada, la otra mitad sonreía.

—Bienvenido a mi nave. Siento las molestias, pero era el único modo de traerte conmigo.

Corvo quiso responder, pero solo fue capaz de emitir un balbuceo. Al otro parecía divertirse su incapacidad.

—No te preocupes, se te pasará pronto —dijo mientras, con mucho cuidado, cambiaba el agua del pájaro.

—¿Dónde estoy? —consiguió por fin preguntar.

El hombre fingió no escucharle y permaneció observando durante largo rato a su mascota, su gesto de regocijo quedaba oculto al otro lado de su perfil mutilado. Al fin, se volvió hacia Corvo y le sacó de dudas.

—En mi nave. La nave de Cúcera.

Y se marchó sin más explicaciones.

La estancia era tan solo una caja de paredes metálicas. En un extremo estaba el recluso; en el otro, la jaula sobre un pedestal junto a una pared llena de pequeños compartimentos. Corvo quiso moverse hacia el pájaro para verlo de cerca, pero cuando estiró el brazo, se encontró con un cristal que dividía el espacio. De su lado no había nada, solo una ventana a su espalda por la que se veían las estrellas. No había rastro ya de ningún planeta, lo cual significaba que había pasado mucho tiempo desde el incidente en la base, o que Cúcera había actuado con una celeridad extraordinaria. Examinó su celda y encontró un pequeño saliente, tiró de él y desplegó un camastro. Se

tumbó absolutamente agotado, pero incapaz de dormir. En cuanto puso su atención en un leve zumbido eléctrico, este se convirtió en un estruendo que pasó a ocupar todo el espacio de sus sentidos.

La presencia del pájaro era un consuelo ridículo comparado con la compañía del LIS. Tuvo un conato de rabia por haber perdido aquella oportunidad para liberarse, pero ni siquiera tenía fuerzas para eso y se conformó con la idea de que quizás su sino fuese ir rebotando de una prisión a otra. Pero ¿quién era el que lo mantenía preso ahora? Le parecía evidente que el plan del sicario era entregarle a alguna federación. Si eso era cierto, la recompensa por su cabeza merecía la pena. Su alivio fue pensar que, sin duda, le quedarían vivo, al menos de momento.

Pasado un rato, Cúcera volvió con comida para sus dos presos.

—Ahora tengo que alimentar a dos pájaros —dijo con sorna.

El ingeniero no dejó pasar la oportunidad de preguntarle, pero el hombre respondió a todo con un humor hiriente.

—No me pagan por darte respuestas. Y lo que hagan contigo me es indiferente —quiso zanzar.

—¿Quién te paga? —le gritó Corvo en un último intento por aclarar su suerte, aunque no le cabía duda de cuál era la respuesta.

Cúcera decidió entonces darle algo gratis, un pequeño regalo inesperado. Acercó su rostro al de Corvo con una mueca sardónica y exclamó:

—¡Humeides!

4. LA VIEJA TIERRA

Cúcera llamaba a su pájaro Osiek. Era un jilguero cubierto completamente de ribetes amarillos, rojos y azules, sin duda una manipulación genética. Su dueño lo visitaba varias veces al día y casi nunca prestaba atención a su otro cautivo, al que se limitaba a llevar comida y agua.

A Corvo, la sorprendente declaración acerca de la implicación de Humeides le sumió en el desconcierto y se negó a seguir escuchando a aquel hombre cuya mirada muerta le causaba una profunda

aversión. Intuía, por otro lado, que no obtendría más respuestas de él, aparte de burlas.

Pasados unos días desde su salida de Calisto y a mitad de camino hacia la Tierra, el ingeniero había recuperado sus fuerzas. Fue entonces cuando de verdad comenzó a darle vueltas al enigma en el que se veía envuelto. ¿Humeides?, ¿qué tenía él que ver con aquella secta? Por lo que sabía, era un culto de inspiración cristiana fundado hacía algunas décadas por un tal Samuel Auger, un iluminado que se presentó a sí mismo como un mesías que iba a llevar a su rebaño a un nuevo mundo, el *planeta-edén* que Dios había creado para ellos, los justos y fieles. Con toda seguridad, también estarían intentado encontrar rutas estelares, pero ¿por qué todos le querían a él?, ¿qué tenía de especial? Otra cosa eran los medios necesarios para pagar una empresa como aquella, lo cual no parecía un problema para un grupo que estaba hondamente arraigado entre las élites financieras. En eso seguían una vieja tradición de muchos grupos similares, preferían predicar entre los ricos, y convencerlos de que eran los elegidos, a meterse en los barrios pobres a proclamar un reino celestial al que solo era posible llegar pagando un carísimo pasaje.

Auger, como adelantado, se lanzó en su día a explorar el espacio y se perdió allí para siempre. Desde entonces, sus seguidores se llamaban a sí mismos *augerianos* y se dedicaban a leer los escritos de su fundador bajo el magisterio de su actual líder, Peter Hussa, que les prometía llevarlos a esa Nueva Tierra supuestamente descubierta por su fundador.

Aparte de Humeides, había en la vieja Tierra multitud de grupos que prometían cosas similares, pero ninguno había alcanzado el éxito y el poder de aquellos. La mayoría se aprovechaban de las masas de gente sin recursos a las que, a falta de un viaje real, prometían que una nave sobrenatural vendría a llevárselos precisamente a ellos para sacarles de aquel planeta agotado. En las épocas de crisis, estos movimientos crecían como la espuma, pero ¿cuánto tiempo llevaban en crisis? Desde que tenía uso de razón, Corvo no había dejado de escuchar que el fin se acercaba y que era urgente encontrar un nuevo mundo. Lo que habían encontrado, sin embargo, eran mundos inhóspitos que a duras penas podían albergar a unos pocos miles enlatados en estaciones cerradas. La Tierra, mientras

tanto, seguía soportando con fortaleza a miles de millones de seres humanos.

La imagen de mundo asfixiado quedaba desmentida desde el espacio, donde el azul del planeta brillaba con la misma serenidad de siempre. Según se acercaban, la expectación de Corvo crecía. Sus recuerdos, convertidos durante su cautiverio en imágenes inertes, revivían ahora e inundaban sus horas vacías. Por fin pudo ver desde su ventanilla el globo a lo lejos. Osiek también estaba nervioso y saltaba de un lado a otro de su jaula. Las inquietudes del pájaro fueron percibidas por Cúcera, que entró en la sala para observar a su animal. Siempre que lo hacía, ponía muecas que pretendían ser cariñosas y sin embargo eran grotescas. Sin cambiar el gesto, miró a su botín y le anunció que iban a acoplarse con la estación orbital de Humeides. Aquello sorprendió al ingeniero, que sabía muy bien que las licencias para tener ese tipo de instalaciones fijas alrededor de la Tierra no se concedían a cualquiera, especialmente desde que ambas federaciones se habían gastado miles de millones en limpiar una chatarra espacial cuyos estragos eran ya inasumibles para ambas.

El acoplamiento era una maniobra altamente automatizada, tan solo había que precisar los estándares implicados y vigilar que las máquinas hiciesen con exactitud lo que se les pedía. Tras un acercamiento de varios minutos, la nave de Cúcera se encajó con precisión en una plataforma receptora. Justo un instante después, se produjo un desfase gravitacional, Corvo y Osiek se elevaron unos centímetros y cayeron suavemente con el nuevo peso proporcionado por la instalación mayor. El zumbido eléctrico cesó entonces y el pájaro revoloteó a lo largo de su jaula para celebrar el éxito de la maniobra.

El sonido de un deslizamiento indicó que la mampara que aprensaba a Corvo se había retirado. Al otro lado estaba Cúcera con un individuo pequeño vestido con una sobria túnica gris en cuyo pecho lucía el símbolo de Humeides, la hache sobre la cruz. El hombre sonrió afablemente y se presentó como nio Cirodde, hermano de la orden augeriana.

—Bienvenido a nuestra casa, señor Corvo. Siento mucho las molestias de su viaje hasta aquí.

¿Molestias? El ingeniero se quedó atónito ante el cinismo de aquellas palabras.

—Espero que el señor Cucevic le haya tratado cortésmente.

—Claro, solamente me drogó y me encerró en esta celda tan cómoda —ironizó el ingeniero.

Cúcera a duras penas pudo disimular la risa, pero a Cirodde no parecían importarle las actitudes de ambos y continuó interpretando su papel de anfitrión amable.

—Acompáñeme, partiremos en breve hacia la Tierra, allí nos esperan.

Avanzaron por un pasillo circular aparentemente libre de cualquier dispositivo de vigilancia, aunque a Corvo no le cabía duda de que controlaban cada movimiento suyo. Le dejaron en una pequeña estancia decorada austeramente como el aula de una parroquia, los muebles eran de madera y numerosos retratos cubrían las paredes. Sobre la mesa, varias hojas sintéticas mostraban publicidad de Humedes. Con una caricia, los contenidos cambiaban para mostrar una sucesión de sonrisas familiares y jardines exuberantes. Tras una breve espera, una camarera vestida con el uniforme gris y rojo de los iniciados le trajo café y dulces. ¿Sabían que aquella era la bebida que tomaba siempre o fue una coincidencia? No quiso ni pensar en lo que sabrían de él. Si, como era de esperar, tenían buenos contactos en las agencias de información gubernamentales, estarían al tanto de todo su historial.

Tomó el café mientras intentaba apartar la vista de las imágenes que le rodeaban. Allí estaban Peter Hussa, un sujeto de mandíbula cuadrada a quien ya había visto anteriormente en alguna web, y Samuel Auger, cuyo rostro perturbador dominaba toda la sala. La imagen del fundador estaba velada por un filtro incapaz de ocultar las arrugas que, alrededor de sus ojos y orejas, delataban una piel artificialmente rejuvenecida, quizás el producto de una Neogesta tardía o barata.

Afortunadamente, no le dejaron mucho tiempo bajo aquellas miradas. Cirodde acudió de nuevo a por él y lo llevó a la cabina de un pequeño transbordador. Cuando por fin se separaron de la estación, no tardó en aparecer en la ventanilla el arco difuso de la esfera terrestre. Poco tiempo después, Corvo logró distinguir el contorno del Mediterráneo. Dejaron atrás las superficies marítimas para adentrarse en la geometría de marrones, ocre y verdes que cubría el suelo habitable. Su destino era una ciudad inmensa

atravesada por largas avenidas flanqueadas por rascacielos. Alrededor se extendían sin fin los suburbios; abigarrados al sur, más amplios y salpicados de bosque al norte. Volaron en aquella dirección hasta posarse suavemente en un cosmódromo envuelto por varias hectáreas de césped.

Después de tanto tiempo, estaba por fin en la Tierra. Le inquietaba el efecto de volver a respirar un aire natural, entonces se percató de que ya lo estaba haciendo, las puertas estaban abiertas. Un extraño vértigo le paralizó y tuvo que forzar sus músculos para echar a caminar. Salió con un miedo absurdo a que, en cualquier momento, la gravedad fallase y sus pies se elevaran. Pero allí no había nada que temer. Cuando al fin estuvo al aire libre, se tapó los ojos con el brazo. Se sentía confuso como si hubiera estado meses encerrado en una cueva. La luz le parecía excesiva, llegaba de todas partes y todo la reflejaba. Ninguna cúpula era capaz de imitar aquello.

Mirase a donde mirase, no se veía otra cosa que una superficie verde rodeada por una pequeña franja de árboles muy a lo lejos. Le llevaron en un sencillo carrito volador hasta el pueblo que se ocultaba tras ese borde. En la ciudad de Humeides no había nada parecido a una iglesia tradicional, todo eran bloques simétricamente colocados alrededor de una gran esfera blanca cuya mitad inferior estaba bajo tierra. Ese era el templo, pero no fueron hacia él, sino hacia una zona alejada en las afueras.

A las puertas de un edificio de cristales ahumados, había algunos iniciados con el uniforme que ya conocía, pero también gente vestida con ropa de calle. La mayoría eran jóvenes y se juntaban en grupos animados con el aire de estudiantes que acabasen de salir de la facultad, si es que aquello era un complejo universitario y no un colegio, porque en el vestíbulo había un grupo de niños de entre seis y once años guiados pacientemente por sus instructores.

—Ese es el grupo con el que usted trabajará —le susurró Cirodde. El ingeniero salió de su ensimismamiento.

—¿Habéis ido a buscarme a millones de kilómetros para que dé clase a unos niños?

—No —sonrió el augeriano—, usted participará con ellos en una... actividad.

Por más que quisiese aparentar cordialidad, la sonrisa de aquel tipo rezumaba perversión. Pero más perversas le parecieron las intenciones que intuía en aquello, ¿qué pretendían hacer con aquellos niños?

No hubo más conversación. Cirodde se marchó con su sonrisa cosida bajo la nariz y Corvo fue instalado en una habitación no mucho mejor que su celda de Gándor, pero que tenía algo de lo que carecía en el satélite: una ventana que le mostraba el paisaje auténtico de un camino perdiéndose entre los árboles.

Al día siguiente, vinieron a buscarle muy temprano. Le dejaron el tiempo justo para asearse y le dieron un sencillo uniforme sin distintivos. Por primera vez, Cirodde mostró unos modales que dejaban muy claro que no habían pagado aquel secuestro para que el ingeniero se negase a colaborar. Lo quisiera o no, iban a utilizarlo. El nio, entre lamentaciones fingidas, le hizo ver lo desagradable que sería usar la fuerza. Habría momentos en los que deberían apoderarse de su voluntad; si él colaboraba, lo harían con mucho cuidado y sin dejarle secuelas.

Ante aquellas advertencias, su primer impulso fue salir corriendo, pero no había salida posible. Era consciente de que usarían medios extremadamente sutiles y eficaces para vigilarle y retenerle; entre ellos, seguramente, campos de fuerza y algún tipo de seguimiento de rastro biológico. Lo único que podía hacer era esperar y ver qué tipo de locura era la que aquel grupo había planeado.

Fue conducido a un aula circular donde aguardaba un grupo de quince niños, los mismos que había visto el día anterior. Con ellos había una joven que se presentó como fei Herina. Por su ropa más ceñida y las reverencias que le hizo a Cirodde, estaba claro que los fei eran un grado inferior a los nio. El ingeniero se preguntó si él había sido asignado a algún grado, ¿reo, quizás?

—Bienvenido al grupo de talentos, señor Corvo —dijo Herina con una sonrisa.

Los niños lo miraron sorprendidos, pero ninguno dijo nada, callaban por timidez ante la presencia de un alto cargo. Cuando Cirodde se marchó, todos se relajaron y hubo risitas y cuchicheos. Con modales dulces y firmes, la instructora ordenó al coro de voces infantiles que diese la bienvenida al nuevo alumno y lo invitaron a sentarse en el centro del grupo como uno más.

La situación no podía ser más extravagante. El ingeniero pensó que le estaban gastando una broma, pero cuando la luz se apagó y sobre sus cabezas se proyectó una bóveda repleta de puntos luminosos, ese pensamiento desapareció y comenzó a intuir lo que sucedía.

—¿Recordáis? —preguntó Herina—. ¿Alguien ve las líneas perpendiculares entre los espacios vacíos?

—Yo veo el árbol de estrellas —dijo una niña.

—Muy bien Cleo, ¿alguien ve algo más?

Lo que estaban mirando era un mapa estelar, un diminuto fragmento de aquellos con los que trabajaban los equipos de buscadores de rutas estelares. Allí estaba lo básico, poco más había que añadir salvo algunos tipos de datos más avanzados y una complejidad que multiplicaba por millones la de aquella muestra infantil. En realidad, los ingenieros como Corvo no trabajaban con dibujos, solo los tenían como referencia. Eran las máquinas las que procesaban y buscaban, ellos se dedicaban a diseñar búsquedas, introducir datos y analizar resultados. No obstante, cualquier ingeniero era capaz de interpretar sobradamente mapas mucho más completos. Podían reconocer el esquema ya trazado de una ruta parcial o total, así como muchas otras cosas. Lo que no podían era, a la vista de un mapa en crudo, encontrarlas. Y eso era precisamente lo que pretendían hacer allí con aquellos niños.

—Quizás nuestro nuevo compañero esté viendo algo —sugirió Herina.

—Yo no veo nada, solo lucecitas preciosas —respondió Corvo. Estaba molesto por sentirse tratado como un niño, pero enseguida refrenó su disgusto cuando vio las miradas atónitas que le dirigieron sus compañeros.

Sobre el mapa apareció una madeja de líneas sinuosas. Disimulado entre ellas había un camino recto. Era la recreación de una ruta estelar, querían enseñar a los niños a reconocerlas. Cuando la instructora les pidió que levantasen la mano quienes la veían, todos lo hicieron, salvo Corvo.

—¿No la ve usted?

—¿El qué? —fingió el ingeniero.

—¿Y ahora?

Desaparecieron las líneas y luego las estrellas. En su lugar, apareció otro mapa. Corvo lo reconoció al instante, era un dibujo esquemático del puente Alfa.

—Hay un delfín en ese cuadrante —señaló mirando a Cleo y le guiñó un ojo.

¿Qué pretendían con semejante juego? Ellos, quienes fueran los que observaban en ese momento, sabían perfectamente que él conocía aquellas coordenadas, pero en absoluto hubiera sido capaz de hallarlas sobre un mapa virgen. Ni él ni nadie, salvo que se creyera en el cuento de Laura Deleda, la hija del famoso científico cuyos cálculos sirvieron para encontrar precisamente aquella ruta, la primera. ¿Era eso lo que buscaban, niños con poderes sobrenaturales?

El mapa cambió de nuevo y volvió a ser un dibujo sencillo como el primero. Uno de los alumnos más pequeños señaló sobre su cabeza y dijo tímidamente.

—Esa estrella es simétrica.

Corvo, que hasta entonces apenas había prestado atención, se fijó entonces y comprobó que tenía razón. Era una simetría muy sencilla, detectable a simple vista siempre que uno fuera un ingeniero experto. Que aquel chiquillo de apenas siete años fuese capaz de reconocerla le dejó atónito.

—¿Puedes seguirla? —preguntó Herina.

El niño negó con la cabeza. Su instructora se acercó a él y le acarició el pelo cariñosamente. Hallar simetrías era el primer paso para encontrar rutas, pero no era tan fácil hacerlo en un mapa real, había que detectar miles de nodos y luego unirlos e interpretar los resultados, y eso sí que era una tarea inhumana. Corvo pensó que, posiblemente, el niño era superdotado, pero nada más.

No hubo más novedades en la sesión de aquel día. Por la tarde quisieron mostrarle cómo era la vida cotidiana de la ciudadela y, desde el primer momento, tuvo la impresión de que todos interpretaban para él una obra de teatro. Le dejaron pasear libremente y buscó un entorno que no estuviese tan viciado por esa atmósfera de irrealidad. Llegó hasta un límite arbolado alrededor del cual había numerosos huertos en donde los adeptos trabajaban con sus propias manos.

—Trabajamos para la comunidad —le dijeron mientras a lo lejos se oían cánticos.

Todo sugería la presencia de Dios. Las canciones lo alababan y los símbolos eran una combinación esquemática de logotipos recientes con viejos motivos cristianos, lo que denotaba la ascendencia del

grupo. Las únicas figuras representadas, como ya había visto en la estación orbital, eran las de los miembros destacados de la secta, cuyos retratos estaban a la entrada de todos los edificios.

Le bastó un día para llegar a la conclusión de que aquel era un mundo de pesadilla. En Gándor estaba encerrado, pero al menos dejaban su mente en paz. En sus ratos libres, podía quedarse sin hacer nada o maldecir a todas las divinidades en voz alta. Nadie le escuchaba, a nadie le importaba. Aquí no era posible ni siquiera pensar contra la fe imperante. Solo era posible creer, y hacerlo sinceramente para sobrevivir en un entorno constantemente inspeccionado por un protocolo de vigilancia que monitoreaba cada acción y cada palabra en busca de cualquier mínimo rastro de impiedad.

Pero ¿qué esperaban de él? Desde luego, no una conversión. Quizás pensaran que podían impresionarle con la felicidad que creían haber alcanzado, y en la que inocentemente vivían al menos en la superficie que le mostraban. O quizás quisieran hacerle ver que su persona era insignificante en comparación con el mundo futuro que se avecinaba, lo cual justificaba su secuestro y el uso que pretendían hacer de sus habilidades.

Durante los siguientes días, continuaron las reuniones con el grupo de niños. En cada ocasión, se proyectaban mapas diferentes y les preguntaban por las figuras que ocultaban. Algunos lo veían todo rápidamente, otros tenían dificultades y, por eso, no volvían. ¿De dónde los traían y adónde los llevaban? Al principio, el ingeniero creyó que eran hijos de miembros de Humeides, pero a los pocos días, cuando dos de los niños fueron sustituidos, se dio cuenta de que los recién llegados, de no más de ocho años, venían sin duda de fuera. ¿Qué familia prestaría sus hijos a aquel grupo? La respuesta era obvia: aquella que no existía, en el caso de niños huérfanos, o que era tan pobre como para *emplear* a sus vástagos a cambio de un buen sueldo. Se dedicaban a reclutar talentos en los barrios más miserables; aprovechaban que las cualidades que buscaban no se adquirirían en ninguna escuela, eran innatas, lo único que había que hacer era despertarlas y entrenarlas.

Pronto vio claro que pretendían formar un equipo de genios. Lo que no viesen unos, lo verían otros, y entre todos irían completando poco a poco posibles rutas. A Corvo, como experto precisamente en aquel campo, semejante proyecto le parecía absurdo. Comenzó a

dudar de que aquella gente tuviese una mínima idea de lo que suponían los cálculos que querían hacer a simple vista. El mito de la hija de Deleda contaba que esta tenía la facultad de ver, en la densidad de coordenadas espaciales representadas en una bóveda, geometrías que, sin saberlo ella, delataban los rastros de posibles rutas. Sin esa habilidad, argumentaban los buscadores de misterios, hubiera sido imposible o una casualidad fabulosa que su padre hubiese encontrado Alfa con la tecnología de su época. Pero esa casualidad, aunque extraordinaria, no era imposible y no autorizaba a otorgarle a nadie ningún superpoder; mucho menos, como algunos pseudocientíficos suponían, una intuición tan extraordinaria que algunos la tomaban por telepatía.

A las dos semanas de visitas continuas al aula, Corvo había abandonado definitivamente su actitud irónica. Comenzó a interesarse por sus compañeros y a responder a sus preguntas. Con el lenguaje más sencillo que podía encontrar, les enseñaba a identificar objetos estelares, sistemas, relaciones y otras muchas cosas. A pesar de todo, sabía que no le querían allí para eso. No faltaban instructores que supiesen guiar a los niños, la misma Herina tenía conocimientos bastante avanzados, como comprobó sorprendido.

Una tarde le comunicaron que al día siguiente no asistiría a las clases, le pidieron que se quedara en su cuarto y descansara. Aceptó de mala gana la inesperada orden y su deseo de romper las barreras impuestas se avivó. El paisaje que le negaban no era el desierto venenoso de Gándor, sino el horizonte respirable de la Tierra. Esta privación desató en él un desasosiego que trató de contrarrestar con la meditación, pero los acontecimientos de las últimas semanas se enredaban en su mente y le impedían el reposo. Se acordó entonces de los miembros del LIS y de Nezda, y le dio por imaginar cómo se habría comportado de niña ante las proyecciones que Humeides mostraba a sus alumnos. Sin duda, no habría sido tan disciplinada y habría querido saber a toda costa cómo llegar hasta las estrellas, pero no era posible tal cosa sin antes alzar la vista y estudiarlas. Al final, eran quienes se dedicaban a mirar y *contar estrellas*, como le dijo un niño que quería aprender a ver simetrías, los que abrían esos caminos.

5. SURCOS PROFUNDOS

—Creo que ya sabe por qué está aquí.

Corvo no respondió, Cirodde no lo esperaba. El ingeniero, sentado en una butaca blanca que se aferraba a las formas de su cuerpo, asistía confuso a la extraña charla a la que había sido convocado. Frente a él, los niños Cirodde y Bakhul, un hombre y una mujer, querían que escuchase las virtudes de su gran proyecto.

—Es el punto axial de la historia humana —la niña hablaba con sereno convencimiento—, ¿acaso no lo ve?

—Nuestro fundador, Samuel Auger, fue elegido para alumbrar este camino, un camino abierto a todos...

—¿Para los que no creen en Dios también? —interrumpió Corvo bruscamente.

—También —respondió Cirodde con voz severa—. Usted nos considera unos fanáticos, pero créame cuando le digo que no queremos nada que no sea para todos.

—Hay en el firmamento una Nueva Tierra. Un mundo limpio con riquezas inagotables y un sol inmarcesible. Pero solo los justos pueden llegar a él.

—¿Y quién va a evitar que los infieles vayan detrás?

—Es Dios quien abre paso, no nosotros —sentenció Bakhul.

Era tan sencillo como creer, pero no en un Dios cualquiera, sino en el que ellos anunciaban. Esa era su excusa para hacer uso exclusivo del puente hacia el paraíso, si es que lo encontraban. Mientras tanto, vendían su secta como la ecúmene definitiva. Con ellos, la humanidad alcanzaba el estado de conciencia que llevaba de la condición originaria de pecado y desdicha a la felicidad angélica. Corvo no era capaz de pararse a escucharlos seriamente, no soportaba la cháchara mesiánica con la que le bombardeaban como si quisieran venderle un apartamento con piscina. Si lo que querían era torturarlo, lo estaban consiguiendo.

La conversación viró entonces hacia cuestiones más prácticas e inmediatas.

—¿Qué le ha parecido nuestro grupo de talentos?

—¿A Dios le parece bien que uséis niños?

—Esos niños son excelentemente tratados —respondió Cirodde sobreponiéndose a la insolencia—. Los padres de algunos son miembros de nuestro grupo. El resto reciben un pago más que generoso. Aquellos que nos abandonan vuelven a sus hogares sin haber sufrido daño alguno y con una gran experiencia educativa.

Corvo miraba para otro lado. Quería decirle a aquel sujeto lo despreciable que le parecía, pero estaba agotado. A medida que pasaba el tiempo, le resultaba cada vez más complicado prestar atención. Las palabras a su alrededor eran sonidos huecos, fragmentos de frases cuyo sentido se le escapaba.

—Leer las estrellas...

—Hijos de una mente colectiva...

Frente a él, apareció flotando el rostro plano de Bakhul, lo veía extrañamente deformado, con los ojos hundidos en una concavidad excesiva.

—Usted es uno más, ¿entiende ahora por qué está aquí?

Solamente pugnaba por no perder la consciencia. Cuando por fin logró enfocar su percepción en lo que sucedía a su alrededor, se dio cuenta de que no podía moverse. Nada le sujetaba salvo una energía invisible que había penetrado en él silenciosamente mientras lo entretenían con sermones augerianos.

—¿Tuvo usted una infancia feliz? —le preguntó Bakhul con una cordialidad repulsiva.

Entendió la pregunta con una lucidez fuera de lo común, como si todas sus fuerzas motoras hubiesen migrado para engrasar su maquinaria cerebral.

—¿Le gustaría revivir algún momento en especial?

El ingeniero no podía articular palabra ni usar sus músculos faciales para mostrar al menos un sutil gesto de desprecio, su rostro era una máscara rígida e inexpresiva. Luchaba contra una angustia creciente cuya fuente era el puro pensamiento incontrolado que, liberado de su gobierno del cuerpo, no sabía en qué depositarse y asumía la situación como una muerte en vida.

—Sé que está usted nervioso —dijo la voz de Cirodde a su espalda—. Tranquilícese, pronto podrá moverse.

Estaban manipulando su cuerpo, pero no era capaz de detectar qué era exactamente lo que le hacían. Esta ignorancia le angustió

aún más. Su mente era como una olla a presión, un torbellino encerrado en un recipiente hermético de gruesas paredes de acero. Puso todo su empeño en tranquilizarse y lo consiguió poco a poco. La experiencia de Gándor, donde era capaz de quedarse quieto sin pensar en nada durante largos periodos, le ayudó, aunque también era posible que colaborasen los fármacos que sin duda le habían inyectado.

Se desvinculó del paso del tiempo y entró en una especie de trance. Los siguientes sucesos los percibió como si fuera otro el que estaba sentado en la butaca, inmerso en una indiferencia mezclada con vivencias oníricas que le hacían divagar entre la realidad física y la mental. Vio cómo le colocaban una corona de finísimo alambre conectada en la parte de la nuca a unos electrodos que bajaban por su espina dorsal hasta la mitad de los omóplatos. Se preguntó en qué momento le habían quitado la camiseta, pero no se extrañó al ver lo que sucedía en su propia espalda.

¿Qué era eso que le habían puesto? Estaba convencido de que lo sabía, pero su curiosidad caía desbaratada cada vez por imágenes y voces incontroladas que se cruzaban ante él. Todo se disipó en un instante y se vio al aire libre por un camino que bajaba escondido tras unas casas. El suelo estaba cubierto de una hierba húmeda que le mojaba los pies descalzos. Era incómodo y deseaba con todas sus fuerzas tener unos zapatos, pero se los había dejado en casa y no podía darse la vuelta ahora que comenzaba a llover. Con la sensación de estar empapado, despertó sin saber muy bien dónde se hallaba. Aún palpitaba en su retina la imagen de un arbusto saturado de rocío, pero la realidad que se le imponía era muy distinta. Un desconocido manipulaba un pequeño dispositivo mientras le miraba de reojo. Pensó que debía de estar sudando a chorros, lo cual confirmó una gota que apareció entre sus pestañas. Le dio la impresión de que el operador tenía un gesto de disgusto.

—Hay un rastro... —De nuevo era capaz de percibir lo que se decía a su alrededor.

—¿Es posible llegar a la fase duid? —era la voz de Cirodde.

Hubo un silencio tenso.

—Hay surcos muy profundos —dijo por fin el operador—. No es viable.

Las últimas palabras resonaron en los oídos del ingeniero. No era viable, ¿qué no lo era? A su lado, alguien más cuchicheaba.

Reconoció la palabra invalidez. Más adelante, otro preguntó claramente cuánto era el borrado, la respuesta se alejó hacia otra sala.

El siguiente recuerdo fue despertar en su cuarto tumbado boca arriba con el uniforme de calle puesto como si se hubiese echado una pequeña siesta. El sol primero y luego el reloj le dijeron que atardecía. Salió al pasillo y lo recorrió sin encontrarse con nadie. En el vestíbulo de su módulo de alojamiento, vio algunos miembros de la secta ocupados en tareas cotidianas. Salió a la calle sin que nadie le pusiese trabas y una suave brisa abrió en él las ganas de pasear. Lo hizo hasta la zona de los huertos por un camino que rodeaba la colonia, allí se fijó en unas matas repletas de tomates que le llegaban al pecho. Todos los cultivos parecían hechos a la manera tradicional, sin luces de crecimiento, tierras sintéticas o cualquier otra ayuda artificial. Pocas comunidades podían producir alimentos suficientes así, quizás lo hicieran más por cuestiones de disciplina y ética que por necesidad.

A lo lejos distinguió la figura de Herina, dejó que se acercase y se saludaron.

—Más adelante hay árboles frutales, puedes coger una manzana si quieres.

—¿Me estás ofreciendo una fruta prohibida?

—¡No! —La muchacha se sonrojó a la vez que se le escapaba una carcajada por la coincidencia bíblica.

—¿Qué tal vas con los niños?

Corvo no recordaba exactamente los días que habían pasado desde su última visita al aula. Se dio cuenta de que, durante su estancia allí, las sesiones con los niños le habían servido de vía de escape. Por ese motivo y porque había visto el tacto con el que trataba a sus alumnos, la instructora le cabía bien.

—Mejorando —respondió ella—. Cada día saben un poquito más.

—¿Y no te da pena que se marchen los que no sirven?

El ingeniero usó ese verbo consciente de que expresaba con crudeza la realidad de lo que sucedía. Herina contestó afirmativamente y él tuvo la tentación de apretar un poco más, pero intuyó que no hubiera servido de nada. Lo más probable era que ella no supiese mucho más que él, la diferencia era que creía y confiaba en lo que hacía. Sin duda estaba convencida de que los niños no sufrían ningún daño, y Corvo tampoco tenía motivos

para afirmar lo contrario. Pero había otra pregunta que no se resistió a hacer:

—Cuando el grupo esté completo, ¿qué sucederá?

—Pasarán a un nivel superior y yo volveré a la escuela normal.

Ella cumplía con su obligación y no cuestionaba nada. Justo después de despedirse, Herina se volvió repentinamente como si acabara de recordar algo y le dijo que lo andaban buscando.

—¿Quién?

—Alguien de fuera.

No le dio más indicaciones, así que el ingeniero supuso que, si le buscaban, no tardarían en encontrarle. Le intrigaba, sin embargo, esa condición de ser *alguien de fuera*. Se dirigió hacia la plaza al sur de la gran semiesfera y no tardó en encontrarse con el visitante.

Junto a Cirodde había un hombre alto y calvo, su piel tenía una textura sintética y caminaba erguido como si utilizase alguna ayuda mecánica. El nio saludó a Corvo como si nada hubiera sucedido y le presentó al doctor Narés. A pesar de la primera impresión, era un hombre que se movía con gran elegancia y no carecía de la agilidad natural de un cuerpo sano. Cirodde se disculpó y los dejó solos, lo que el ingeniero agradeció íntimamente, no tenía ningún interés en tratar con él, ni siquiera para pedirle explicaciones por su última experiencia.

—Me han hablado de usted —dijo Narés sin rodeos—. Me han dicho que le cuesta adaptarse.

Corvo lo miró sorprendido.

—¿Acaso me han traído aquí para integrarme en este paraíso?

—¿Se aburre usted?

—No, me lo paso bomba. ¿Es usted de la secta?

El doctor parecía preparado para aquel desdén y siguió con su inquisición.

—En Gándor no se aburría, y allí había menos diversiones que aquí.

—Había simulaciones.

—Usted no las usaba.

El ingeniero dio un brinco de sorpresa, ¿tenían informes de eso?, ¿de dónde los habían sacado? Era posible que también supiesen cuantas veces visitaba el váter, pensó irónicamente.

—¿Y qué importa si uso simulaciones o me masturbo sin ellas?

—No hacía ninguna de las dos cosas. ¿Es usted anhedónico?

Aquello era el colmo. Corvo se quedó mirando fijamente a su interlocutor, ¿adónde quería llegar aquel extraño sujeto? Estaba claro que tenían perfiles psicológicos suyos, pero había alguna cuestión que se les escapaba.

—Es difícil masturbarse cuando uno sabe que le observan, ¿no cree?

—Es muy extraño —prosiguió Narés indiferente al sarcasmo—, no presenta usted ninguno de los síndromes asociados, tampoco hay en su historial médico nada...

—¿Quién les ha dado mi historial médico?

—A un hombre que no existe, no deberían preocuparle esas cosas.

—Querrá decir un hombre muerto.

Narés le miró con una sonrisa de aprobación, sabía que Corvo comprendía mucho más de lo que aparentaba. Una comprensión que no se basaba en el conocimiento de unos datos, sino en la asimilación de lo inevitable, una inercia que había convertido su vida anterior en una nebulosa lejana y fría.

—¿Qué buscaban en mi mente?

—Recuerdos, usted ya lo sabe.

—El pasado no está en el cerebro.

—No buscamos el pasado, sino configuraciones, estructuras que se formaron hace mucho y que han estado replicándose con mínimas variaciones hasta el presente.

—¿Y cuánto es el borrado?

—Lo siento, pero no puedo responderle. Solo puedo decirle que alguien le quitó un pedazo de su infancia. He comprobado que las secuelas están en usted y que ya no es posible rescatar nada por ningún método.

No poder responder no era lo mismo que desconocer. Aun así, Corvo intuía que en este caso ambas opciones eran lo mismo. El doctor no quiso escuchar más preguntas, había llegado a la conclusión que buscaba y dio muestras de no estar interesado en el destino de un hombre que no existía, del que ningún provecho podía sacar y por el que nada podía hacer. Tras una cortés despedida, abandonó a su paciente en mitad de una comunidad que le había catalogado como inservible. ¿Qué harían ahora con él? No tenía familia a la que pudiesen devolverle, como hacían con los niños inútiles, pero tampoco tenía ya ningún papel que jugar allí.

A pesar de su situación de desamparo, el ingeniero no se sentía inquieto. Cuando se quedó solo, se dedicó a darle vueltas a las preguntas de Narés como si fuesen acertijos. El interés por su capacidad para sentir placer le había sorprendido, y ahora que la cuestión había sido puesta sobre la mesa, no podía negarse a sí mismo que las sospechas expresadas por el doctor eran fundadas. Rememoró su pasado y alcanzó los momentos en los que, como cualquier hombre, había sentido los impulsos del deseo y la fugacidad del orgasmo. ¿En qué punto se aquietó aquella vida? No pudo identificar ninguno, solo la certeza de que en Gándor era un hombre desprendido de toda mundanidad, sumido en un pensamiento impersonal poblado por estrellas lejanas. Allí pasaba sus horas de ocio abismado en esa inmensidad. Pero también era cierto que su inesperada fuga y el contacto con el LIS, especialmente con Nezda, habían despertado en él algo dormido, un impulso inmune a cualquier simulación y que solo revivía con la cercanía de otros cuerpos.

Otra cuestión era el vacío que habían decretado en su pasado. Quiso ir más atrás y confirmó que sus recuerdos de infancia eran borrosos y dispersos, pero no había nada anormal que le sugiriese ninguna ruptura. Recordó el colegio, su barrio y el piso en el que vivió. Su padre, un técnico industrial, había fallecido cuando él tenía nueve años. Era algo que sabía como quien conserva un certificado, no porque tuviese impresos en su memoria los sentimientos de esa época. Después, los años fueron grises y logró salir adelante encerrado cada vez más en sí mismo, hasta la muerte de su madre unos meses antes de que lo detuvieran. En aquellos días, le consoló que ella no hubiese tenido que ver su desventura. Desde entonces, apenas había pensado en sus padres; ahora que volvían, sintió una punzada de tristeza.

No había nada en todos esos recuerdos que pudiera serle de utilidad a nadie, y aunque encontrasen patrones o estructuras, ¿de qué servirían? Sabía poco de neurociencia, pero estaba seguro de que ninguna red neuronal era traducible a nada fuera del cerebro contenedor. No les interesaba su vida, sino otra cosa. ¿Por qué en la infancia?, ¿querían acaso despertar en él un talento oculto que les permitiera integrarle en el grupo de superdotados? Aquello no tenía sentido. Recordaba haber sido siempre buen estudiante, pero nada más. Estaba seguro de que no poseía ninguna capacidad especial, ni entonces ni ahora.

Cuando regresaba a su habitación, vio a lo lejos un grupo de niños. Creyó reconocer a algunos, pero prefirió no acercarse y observó cómo se alejaban detrás de un joven iniciado. ¿Y si fuera cierto que entre ellos había un *duid*, una criatura con una intuición extraordinaria capaz de ver, en los mapas estelares, las formas únicas y precisas que señalan la existencia de rutas? Pero de ser cierto el mito, ¿por qué desde la hija de Deleda no habían nacido más sujetos como ella? Quizás no fueron detectados o su existencia se mantuvo en secreto. O quizás sencillamente no existían, lo cual le pareció lo más probable. De lo que tampoco tenía dudas era de que Humeides creía en ellos, los buscaban e intentaban crearlos, aunque fuese en un sujeto colectivo.

Era la hora de la cena y estaba hambriento. Hacía mucho tiempo que no sentía un hambre como aquella y decidió desviarse hacia el comedor de adultos. Allí nadie le prestó atención, todos comían en pequeños grupos y mantenían charlas que sumadas provocaban un rumor hipnótico de voces. Tuvo la tentación de acercarse para escuchar y participar, pero sabía que lo que él pudiera decirles quedaba muy lejos del recato moral y la sumisión que gobernaban sus actos. Su presencia allí era insignificante, nadie le llamaba la atención, pero tampoco lo miraban como a un extraño, aun cuando sabían que venía de fuera y no era un creyente ni, por su comportamiento hasta entonces, tenía visos de convertirse en uno. Era un vagabundo preso en un pequeño mundo que le ignoraba.

Todo se desbarató a la mañana siguiente. Justo a la hora del amanecer, lo despertaron bruscamente. Un iniciado de Humeides le apremió con voz temblorosa a levantarse y vestirse cuanto antes. Corvo, sumido aún en el sopor, tardó en reaccionar. En cuanto pudo, preguntó qué sucedía.

—Le esperan en la puerta —le respondieron desde el pasillo.

—¿Quién?

—Alguien de fuera, ¡Vamos!

¿Otra vez alguien de fuera? El ingeniero salió tambaleándose, apenas había podido refrescarse el rostro y aún lo sentía aplastado por el tacto de la almohada. La puerta en la que lo esperaban no era la de su edificio, sino la de la ciudadela. Varios iniciados, sin duda armados discretamente y con la orden de reducirle si intentaba

escapar, lo escoltaron hasta un coche. Justo antes de pisar la calle, alguien apareció de entre las sombras del vestíbulo.

—¡Espera, Nilum! —Herina se dirigió a uno de los esbirros—, tengo que darle un regalo de despedida de los niños.

A Corvo le extrañó que la muchacha apareciese tan apresuradamente a aquella hora. Nilum, sin embargo, no pareció sorprendido y la dejó acercarse. La instructora, sin decir palabra, depositó un papel en la mano de Corvo y se despidió con un susurro:

—Estrella fugaz.

El ingeniero lo comprendió al instante. En las búsquedas estelares, esa expresión significaba que las lecturas tenían que hacerse según datos sincronizados regularmente; solo una sucesión de ellas permitía elaborar los mapas, era precisamente el paso de los objetos más pequeños lo que servía de cronómetro para ordenar esas sucesiones. Por eso, cuando se les quería enseñar a los niños a leer el movimiento, se les decía *estrella fugaz* con el sentido de *léelo inmediatamente*. Así lo hizo mientras lo transportaban. El mensaje estaba en clave, pero era fácilmente descifrable para cualquier ingeniero que conociese los lenguajes de datos más básicos: «Si puedes, ve a ver a Saama Ruz y mira que los huérfanos estén bien», y después una dirección que debía memorizar y la indicación de que tirase el papel, fabricado con un material de rápida degradación, antes de salir.

El mensaje se consumió cuando ya divisaba a quienes lo esperaban. Comprendió entonces por qué no habían ido a buscarle al interior, la Guardia Federal no tenía permisos para ello. No les hacía falta, entre Humeides y la autoridad gubernamental no parecía haber conflictos, más bien al contrario. Se trataba únicamente de una cuestión de apariencias, no querían que una autoridad exterior fuese vista por los adeptos.

El intercambio fue rápido. Los dos guardias lo chequearon y comprobaron distintos parámetros biológicos. Luego le pusieron una pulsera y conectaron el campo de fuerza. El escudo era incapaz de protegerle de los impactos de un arma, pero no le permitía alejarse de sus captores sin sentir una tensión que podía dejarle fácilmente inconsciente.

Aceptó su destino sin fatalismos e incluso con indiferencia. Mientras lo llevaban en el coche, se distrajo con el paisaje terrestre;

por fin un paisaje auténtico, no la clausura ajardinada de Humeides, sino los páramos resecos que, según se acercaban a la ciudad, se poblaban de asfalto y metal. Los guardias, aparte de las indicaciones sobre cómo debía moverse, no le dieron ninguna explicación, eran simples funcionarios que habían recibido una orden y la cumplían. Eso sí, sabían perfectamente que a aquel detenido no hacía falta leerle ningún derecho; se trataba de alguien que no existía y que, con toda seguridad, no iría a un calabozo normal.

Poco había durado su aventura fuera de las garras federales, pero su inquietud más inmediata no tenía que ver consigo mismo, sino con el intrigante recado de Herina. Le alegró ver en ella una preocupación que la sacaba de la atonía de su fe, aunque más que dudas sobre su fidelidad al grupo se trataba de un sobreprotector *por si acaso*. Si hubiese estado libre, habría acudido sin duda a cumplir aquel deseo, aquella precaución; era algo que al menos le daba un motivo, por breve que fuera, para estar en la Tierra. Sin ello, ¿adónde habría ido, qué hubiera hecho? Quizás esperar a que el LIS le volviese a encontrar. O quizás nada.

La ciudad, cuyo nombre desconocía, le parecía igual a todas las otras ciudades que recordaba. Únicamente podía afirmar que nunca había vivido en ella. Cuando penetraron en su vientre, la carretera se multiplicó; arriba y a los lados había carriles repletos de vehículos silbantes. Giraron hacia una salida y entraron en una avenida amurallada por torres de cristal que ocultaban el cielo. La poca luz del sol se apagó cuando se metieron por la boca de un túnel. Tuvo la sensación de estar descendiendo hacia el corazón de la Tierra. Giraron bruscamente y los paneles laterales cesaron. La roca desnuda apareció a la vista y el techo se abrió. Se detuvieron en el centro de una gruta apenas labrada cuyos límites se perdían en la penumbra. Al fondo, una luz indicaba la existencia de una salida.

6. UN DESPACHO

Lo llevaron durante un largo trecho por pasillos blancos hasta una sala de espera con cuatro butacas de plástico como único mobiliario. El lugar parecía abandonado y por ninguna parte se adivinaba la presencia de una oficina. Uno de los guardias se sentó con él mientras el otro iba en busca de algo. Durante la espera, el hombre lanzó algunos comentarios jocosos para ver si Corvo le seguía, pero este guardó silencio, aunque no le disgustaba esa actitud desenfadada, y más después de haber vivido el rigor de Humeides. Media hora después regresó el compañero, se metieron en un ascensor de metal pulido y se lanzaron hacia arriba. Cuando pararon, debían de estar muy por encima del suelo. Al otro lado había un vestíbulo inmaculado, decorado en todo su perímetro por una pintura abstracta cuya continuidad solo era rota por varias puertas de roble. Una de ellas se abrió y apareció una figura familiar: el doctor Narés, que invitó a Corvo a pasar a su despacho. Los guardias le quitaron la pulsera y lo dejaron ir.

—No soy de la secta —dijo Narés como bienvenida.

El ingeniero comprobó que, efectivamente, estaban muy por encima del suelo, en la cima de una de las torres más altas. El despacho era un semicírculo de cristal tras el que se veía el horizonte de la ciudad perderse sin límite. Antes de tomar asiento, se acercó a los ventanales y estiró la mano para sentir una superficie fría que transpiraba una sutilísima brisa.

—Ya me dijeron que era usted de fuera.

—Me pidieron colaboración, tengo contactos con algunos jerarcas —dijo el doctor mientras preparaba y ofrecía una bebida que Corvo aceptó—. Mi grupo mantiene unas relaciones algo... peculiares con los augerianos.

—¿Su grupo?

—La Fundación Iceria. ¿La conoce?

—No —mintió Corvo.

—Es una fundación científica para el avance del pensamiento crítico y todo eso —explicó Narés con el tono de quien habla de algo sin importancia.

—Ahora entiendo lo de las relaciones peculiares. El *pensamiento crítico* colaborando con la chifladura de una secta.

Narés aceptaba de buen grado cualquier broma, se encogió de hombros y sonrió.

—La explicación en este caso es muy sencilla. Ellos querían deshacerse de usted, pero tienen sus escrúpulos a la hora de matar gente, y tampoco querían dejarle como un vegetal practicándole un nuevo borrado.

Corvo se revolvió en su asiento y el doctor se apresuró a explicarle los riesgos.

—Con los surcos que usted tiene en el cerebro, es inviable una nueva intervención. No sé quién le hizo eso, pero debió ser hace tiempo. La tecnología ha avanzado mucho en la última década, ¿sabe?

El último comentario no le sentó nada bien al ingeniero, que con un gesto brusco le hizo saber a su interlocutor que no quería seguir escuchando nada que tuviese que ver con su cabeza. Si había algo oscuro en su pasado, no estaba dispuesto a ponerse a hurgar en ello justo en aquel momento. No contestó y desvió de nuevo la conversación hacia sus últimas vivencias con Humeides.

—De puertas para afuera, parecerán muy virtuosos —ironizó—, pero después de haberlos conocido, no me los imagino teniendo problemas para eliminar a alguien si lo necesitan.

—Es posible. En todo caso, vieron que era más sencillo y limpio entregarle a usted a la autoridad, pero no querían hacerlo directamente, así que me pidieron ayuda.

—Qué fácil parece todo entre ustedes.

—¡No! —rió Narés—. En las relaciones entre grupos de poder todo es muy complicado. Yo soy solo un intermediario, pero tampoco se crea que existe nadie capaz de controlar totalmente lo que sucede. Las fuerzas que operan en el mundo son inabarcables.

—Creo que hay una palabra que explica muy bien qué mueve a esas fuerzas: dinero.

—Hay otra que lo explica mucho mejor: conocimiento —el doctor la pronunció acercando su rostro blanco y redondo al del ingeniero—. Un conocimiento de un valor incalculable. Todos lo buscamos, y allá donde atisbemos una mínima posibilidad de encontrarlo, debemos arrimarnos.

—¿También ustedes buscan el camino a la Tierra Prometida?

—No creemos en tales promesas.

—Entonces, ¿qué les motiva?

—¡Expansión!

Fuera cual fuese el nombre que le dieran, era algo que todos anhelaban: las federaciones, Humeides, Iceria, la Esfera. Pero no era su mera posesión lo que los movía, sino el poder que otorgaba su control. Otra cosa era lo que pretendiesen hacer con ese privilegio. Cada cual lo justificaba a su manera y a Corvo, obcecado en su visión crematística, no le costaba reducir cualquier argumento a la posesión de aquello que servía para comprarlo todo, lo más esencial y lo más superficial, la vida y la muerte, el placer, la paz y la libertad.

—Me parece que todos han pensado que yo puedo ayudarles, y no es así.

—Efectivamente, no puede. La pregunta es si es usted una variable dependiente o independiente.

—¿Soy un problema matemático?

—Seguramente usted creyó, cuando hablamos la primera vez, que yo era psiquiatra o algo así. En realidad, soy matemático.

El ingeniero lo miró sorprendido.

—Ellos me pidieron que usara con usted unos algoritmos muy complejos que cruzan personalidad, comportamiento y fisiología. Obtuve mis conclusiones y como resultado está usted aquí.

—La verdad, no sé muy bien dónde estoy.

—Voy a dejarle libre —dijo Narés de repente e hizo una pausa para que Corvo asimilara la noticia.

Durante un largo instante, no hubo respuesta. El doctor esperó pacientemente hasta que su interlocutor, con un gesto, le indicó que una explicación sería bien recibida.

—Usted no es un peligro, no ha cometido ningún crimen y mantenerle preso o trabajando forzosamente no es ninguna ayuda para nadie.

—Y libre, ¿de qué sirvo?

—Un hombre libre tiene su valor, ¿no cree?

Si él lo decía, el ingeniero no iba a discutirlo. Lo que no terminaba de encajar era el papel de la Federación y sus agentes en todo aquello.

—Los gobiernos usan a menudo seguridad privada y las fuerzas públicas trabajan a veces con instituciones no gubernamentales —dijo Narés como si aquello fuese lo más normal del mundo.

—¿Pero estoy en busca y captura?

—Lo está, como otros miles de personas, así que no se dé tanto valor. Es cierto que es un sujeto incómodo, pero a ellos no les interesa eliminarle. Si deciden ir a por usted y le atrapan, le volverán a encerrar y ya está.

—Y yo que me tenía por una eminencia.

—Usted no sabe nada que no esté al alcance de ambas federaciones y las grandes empresas con las que trabajan. A ellos no les hace falta ir buscando niños como Humeides.

Corvo dudó de hasta qué punto aquel hombre estaba al tanto de los avances en la tecnología de búsqueda. O quizás era él quien, recluido en Gándor, se había quedado obsoleto, ignorante de algún trascendental descubrimiento cuyos ecos aún no habían llegado hasta allí. Sin embargo, tal cosa le parecía muy improbable. Si las empresas no buscaban talentos paranormales era, sin duda, porque no creían en su existencia. Si no estuviesen seguros de ello, irían de cabeza a la caza de esos genios de intuición sobrenatural.

—¿Y la Esfera? ¿Sabe que fueron ellos quienes me sacaron de Gándor?

—Claro, probablemente alguien los ayudó. —Corvo arqueó las cejas sorprendido, pero Narés se desvió hacia otro tema—. Iceria trabaja con muchas organizaciones de la Esfera, ¿lo sabía?

—No, lo único que sé es que fueron mis contactos con ellos hace tiempo el motivo de mi detención.

—No lo pongo en duda, pero no se crea que la Esfera es un... enemigo. Tiene sus propios intereses, pero colabora cuando le conviene.

Tras estas palabras, el doctor expresó que la conversación había llegado a su fin. Al ingeniero le resultaban muy poco convincentes sus explicaciones, pero sabía que no obtendría nada más. Intuía que aquel hombre participaba en alguna trama en la que él no era sino un peón intrascendente cuya desaparición apenas tenía coste. Sabía, hasta cierto punto, quienes eran los icéricos. De puertas para fuera formaban una sociedad de prestigio, pero sus miembros eran mucho más que esquivos científicos y empresarios. Viendo

a Narés, se preguntó si eran verdad los rumores que hablaban de excéntricos sujetos que se sometían a los más sofisticados y caros tratamientos de rejuvenecimiento. Se fijó en el logotipo de uno de los dispositivos que el doctor tenía sobre su mesa: Viazyx. Como ingeniero, había tenido contactos con la filial informática de esa empresa. Sabía que otra de sus ramas era la biotecnología y que eran dueños de la patente de la Neogesta, el misterioso tratamiento de restauración biológica accesible solo para una selecta minoría. Cuando se despidieron, Narés demostró haber adivinado esa parte de las curiosidades ocultas de su invitado.

—No soy tan viejo —dijo con una sonrisa—, aún no tengo los ochenta.

—Pues parece más joven que yo, y aún no tengo los cuarenta.

Los mismos guardias lo acompañaron a la salida. Por su aspecto y sus modales, parecían verdaderos agentes federales, y quizás lo fueran. De cualquier manera, hubieran bastado dos profesionales disfrazados para llevar a cabo aquel teatro. Narés había procurado que, bajo la apariencia de una detención, la liberación del ingeniero fuera lo más discreta posible. Le brindaban no solo libertad, sino también una identidad falsa con la que esquivar su inexistencia. Sabía que aquellos documentos apenas le servirían para salir del paso en algunas situaciones triviales, y tampoco era posible asociarlos a una tarjeta bancaria. Para el sustento, le dieron unos pocos billetes, aceptados en los mercados populares, y una tarjeta opaca que debía utilizar con precaución, además de un móvil de rastro inocuo.

Con tales presentes y sin ninguna otra recomendación, lo dejaron a su suerte en un barrio de las afueras. Cuando se vio por fin solo y sin impedimentos, cayó sobre él una inesperada euforia. Toda la amargura que había calado sus huesos desde su salida de la Tierra se deshizo como arena llevada por el viento. Sentía una alegría sin motivo que le empujaba a caminar sin rumbo por las calles atestadas. No estaba en un lugar especialmente interesante o hermoso, pero era justo el caos rugiente y acelerado lo que llenaba de atractivo las callejuelas por las que se perdió. Muchas de ellas tenían techos más o menos improvisados y en las aceras se amontonaban los puestos de comida barata. A pesar de estar acostumbrado a la frugalidad y los alimentos sintéticos, no dudó en probar aquellas delicias tradicionales de dudoso origen. Si le sentaban mal,

conocía un par de medicamentos infalibles que no sería difícil encontrar por allí.

Cuando estuvo saciado, reanudó su caminata sin pensar en su próximo destino. Después de un largo tiempo, entró en el café de una esquina que tenía en un lateral un estrecho mercadillo y en el otro el panorama de una avenida cruzada por varios niveles de viaductos. El local era un bullicio de personas que entraban y salían, pedían sus consumiciones y las tomaban rápidamente allí mismo o se las llevaban. El ingeniero, sentado en una discreta mesa junto al cristal, se maravilló al comparar aquel mundo añejo de hábitos milenarios con la vida de las estaciones extraterrestres, donde era imposible dar un paso sin protección tecnológica. Aquí, la tecnología se mezclaba en una simbiosis única con formas de hacer imprevisibles e improvisadas. Bajo aquella superficie, operaba la trama oficial de conexiones inalámbricas y de dispositivos que lo controlaban casi todo. Pero también funcionaban multitud de ramales más o menos subterráneos que deshilaban diminutas hebras del inmenso ovillo común para ponerlas al servicio de intereses privados, porque el mismo progreso que había traído aquella hiperconexión y sus posibilidades de control llevaba oculto el desarrollo de todo tipo de sistemas de inhibición. Existía una amplia gama de inhibidores de frecuencias, algunos capaces de camuflar naves espaciales, otros de crear escudos que desviaban los impactos de armas lumínicas, aunque la mayoría servían para cuestiones tan modestas como opacar una comunicación. Los más potentes solo estaban al alcance de los más ricos, pero había versiones simplificadas que quizás algunos de los que andaban por allí usasen para algún negocio de dudosa legalidad o por su propio capricho.

Corvo contemplaba la vida alrededor con la distancia de quien es ajeno a todo. Ni siquiera un extranjero, pues él no era capaz de poner frente a aquella realidad el recuerdo de una patria de origen. Casi no recordaba su procedencia, y estaba seguro de que en cualquier lugar hubiera sentido la misma sensación de desarraigo. Así podía solazarse en el ejercicio de la percepción, verlo todo pasar sin el juicio que busca explicación, oír las palabras como un rumor más. El mismo se sentía como un elemento insignificante sumido en la corriente y, tal como le había sucedido en la ciudad de Humeides, no le preocupaba en absoluto. La gran diferencia era que

fuera veía posible mezclarse con los otros, y si tenía que suceder, sucedería en su momento, no había prisas. Las estrellas, ajenas a este mundo sublunar, seguirían guardando sus secretos durante los millones de años que durase su existencia.

La mente del ingeniero, saturada de inmensidades siderales, o quizás vaciada de experiencias, lo asimilaba todo como el cauce de un río seco que recibe la apertura de una compuerta. Poco a poco, la breve biografía que había ido construyendo desde su huida de Gándor fue imponiéndose sobre el ritmo monótono de las calles. Como buen hombre metódico, no había olvidado el recado de Herina; era este, de momento, el único propósito en el que podía afirmarse. Buscó la dirección en su móvil y vio que se encontraba bastante lejos. Después de calcular la ruta en transporte público para el día siguiente, dejó la tarde que tenía por delante para buscar alojamiento. Le servía casi cualquier cosa, un simple techo en la Tierra era mejor que cualquier cabina en el espacio.

Mientras caminaba en busca de ese techo, vio en una plaza una pareja de policías. Se preguntó qué sucedería si le veían, ¿tendrían su fisonomía guardada en alguna base de datos?, ¿o quizás Humeides le había inyectado un localizador capaz de interactuar con los buscadores policiales? Narés lo habría sabido y no se hubiera tomado tantas molestias en liberarle con semejante reclamo injertado. Tampoco parecía que los augerianos se hubiesen ocupado de ello, una vez fuera de sus dominios e inservible para sus propósitos, Corvo era para ellos un asunto de la Federación en el que no querían verse mezclados.

Cruzó la calle con fingida tranquilidad y se alejó sin mirar atrás. A pesar de la confianza con la que animó sus pasos, sabía que tenía que ser precavido, no llamar la atención y no frecuentar lugares vigilados. Afortunadamente, aquel barrio tenía un centro de calles estrechas y serpenteantes que apenas dejaban espacio para el paso de coches. En aquel laberinto era posible encontrar de todo y, durante la noche, seguramente cosas de las que era mejor guardarse. En lo alto de una escalera vio el cartel de un hostel, no se lo pensó dos veces y se metió allí. La recepcionista le preguntó si esperaba compañía y él lo negó. El gesto de la mujer le dejó claro que no era muy frecuente ver a hombres solitarios pasar toda la noche en aquel lugar, pero este tenía billetes y el dinero anónimo era siempre bien recibido.

Su habitación era estrecha y carecía de cualquier exceso. Tenía lo justo para asearse y dormir, no necesitaba más. Cuando estuvo tumbado y en silencio, su mente amagó con sumergirse en el fondo estelar al que estaba acostumbrada, pero algo se lo impidió. Aquel silencio no era la planicie artificial de Gándor, de fuera llegaban multitud de ruidos mezclados con el leve e irregular soplido eléctrico que resultaba de la unión de los miles de vehículos que circulaban. De vez en cuando, se oían voces, gritos, e incluso el rugido de algún arcaico motor de combustión. Todo ello desviaba su atención hacia las cosas mundanas y esa inercia le sumió en un sueño del que despertó sin recuerdos.

El día siguiente lo inició dispuesto a no demorarse más en aquella zona de la ciudad. Tenía marcada una estación de metro cercana, era el medio de transporte más barato y sabía que sus terminales aceptarían sin problemas su tarjeta opaca. La línea que lo llevó era antigua y apenas había sido rehabilitada en las últimas décadas. Los vehículos, a pesar de todo, conservaban su puntualidad milimétrica y flotaban a lo largo de los túneles con la misma suavidad de siempre.

La última estación quedaba aún lejos de su destino. Según la información que tenía, aquel era uno de los barrios más pobres de la ciudad, pero no imaginó que se encontraría con el panorama de ruinas y chabolas que se perdían cuesta abajo desde los límites del último puente que cruzaba uno de los anillos de circunvalación. Buscaba unas señas concretas, pero allí no había calles definidas. Bajó por una de las pocas que pudo identificar, una avenida flanqueada en su inicio por vallas de hormigón saturadas de grafitis y desmoronadas en muchos tramos, y llegó a una plaza con una fuente seca en el centro a cuyo alrededor se amontonaban construcciones improvisadas y un mercadillo que vendía los restos tecnológicos de los barrios altos. Se acercó a uno de los puestos y preguntó por la dirección, su referencia era un polideportivo que aparecía en los planos junto al lugar. Los vendedores no conocían el nombre de la calle, estaba ya difuminada por la degradación de un barrio en crisis perpetua, pero había un polideportivo que seguía en pie no lejos de allí.

Le costó encontrar el sitio, el desorden de vehículos y escombros dificultaba la orientación y tuvo que pararse más de una vez a preguntar de nuevo. Durante el trayecto, se fijó en la vida del lugar.

A pesar de la pobreza evidente, la gente se movía resueltamente y mantenía un orden difícil de captar desde fuera. El barrio en el que había pernoctado no era mucho más pudiente, pero tenía la considerable ventaja de estar aún cubierto por los servicios públicos. La periferia del sur, en cambio, era una mancha inabarcable y engrosada por una superpoblación que llegaba incontroladamente de eriales remotos. Le llamaron especialmente la atención los niños, bandadas de muchachos jugaban entre las chabolas o corrían tras una pelota en los descampados. No parecían mal alimentados, únicamente sus ropas sucias delataban sus carencias de origen. Un grupo de ellos le indicó la presencia de su destino no muy lejos.

Cuando se acercó, entendió la densidad infantil de la zona: parte del polideportivo había sido convertido en un gran orfanato. Una de sus secciones era un colegio enorme y desconchado, el resto se confundía con las ruinas. Aquel era el hogar de Saama Ruz, donde recibían asilo multitud de menores abandonados. A la entrada, vio cómo cambiaban los turnos y cómo unas mujeres vestidas con un hábito gris guiaban a los internos. Se alarmó al ver aquellas ropas, pero pronto se dio cuenta de que nada tenían que ver con Humeides; eran monjas católicas, quizás las únicas que quedaban en toda la ciudad. Fue hasta la escalinata principal y preguntó por Saama Ruz. Los niños señalaron con grandes gestos y risas la puerta del edificio. Allí, justo en el umbral, se cruzó con una de las monjas y le preguntó.

—¿Quién la busca?

Corvo cayó en la cuenta de que no tenía preparada ninguna respuesta, ¿quién era él?

—Vengo de la ciudad de Humeides. Me manda una instructora llamada Herina.

La mujer lo miró en silencio como si aquello no le dijera nada.

—Ella tiene interés en conocer el destino de los huérfanos que volvieron.

Por fin, la monja, sin cambiar el gesto, le indicó una puerta. Al otro lado había una hilera de camas. Inclínada sobre un enfermo, una mujer delgadísima rezaba en una lengua muerta.

7. EL ORFANATO

Corvo se acercó con sigilo hasta la mitad de la sala. De repente, se sintió como un intruso. El lugar entero aguantaba la respiración y solo se escuchaban las murmuraciones de la orante. Una niña enferma le miraba con los ojos muy abiertos. Al fondo, un discreto crucifijo arrojaba su veredicto milenario. Indeciso, prefirió retroceder y esperar fuera. Desde allí vio cómo la mujer, una vez finalizado su rezo, ponía una mano sobre el rostro de su paciente y le hablaba. Cuando se alzó, el visitante pudo contemplar una figura de estatura colosal erguida sobre unos finísimos miembros. Se dirigió hacia él y lo escrutó con mirada penetrante.

—Me busca usted —afirmó con dulzura.

De aquella mujer emanaba una autoridad que no necesitaba imponerse con palabras altas. Corvo se presentó de manera concisa y explicó el motivo de su visita. Saama lo invitó a alejarse hacia el pasillo, donde podrían hablar con mayor discreción.

—Conozco a Herina. Vino por aquí hará unos dos años y medio. Parecía una joven de buen corazón, lástima que tomara el camino equivocado. —Tras estas palabras miró fijamente a su interlocutor—. Usted no es de ellos, ¿qué papel juega en esta historia?

El ingeniero tuvo que improvisar un relato breve para sortear las complejidades de su extraña procedencia.

—Soy ingeniero, especialista en procesamiento de coordenadas estelares. Me contrataron para supervisar los contenidos que les enseñan a los niños.

—¿Coordenadas estelares? —La expresión de Saama era de sincera sorpresa.

—Pensé que estaría usted al tanto.

La monja guardó silencio unos instantes antes de responder, pero lo hizo con otra pregunta.

—¿Qué sabe usted de los niños?

El tono expresaba que el relato de Corvo no le parecía del todo convincente, lo que obligó a este a desvelar los hechos que había ocultado.

—Me llevaron allí a la fuerza, querían utilizarme de algún modo para guiar a los niños. Cuando vieron que no les servía, me expulsaron. Fue entonces cuando Herina me dio el mensaje. Ella solo quiere que me asegure de que los huérfanos regresan sin problemas.

—Me resulta extraño eso de las coordenadas estelares. —Saama respiró profundamente antes de continuar—. Como ve, somos una institución que recoge a niños sin familia. En los últimos tiempos, su número no ha parado de crecer. Hace unos años, el obispo nos informó de que esa gente iba a colaborar económicamente con nosotros.

Por lo que conocía de Humeides, Corvo sabía que no darían nada a cambio. Saama le confirmó sus sospechas.

—Nos ofrecieron también acoger, cada cierto tiempo, a algunos alumnos para una estancia educativa.

—Pero se llevan a muy pocos.

—Sí, es lo que siempre nos ha extrañado. Los seleccionan cuidadosamente como si no les valiese cualquiera. Quizás usted pueda aclararme por qué.

El ingeniero se puso a su disposición y ella lo llevó a un pequeño despacho. En él había solamente una mesa de madera, una silla y un armario archivador. Saama sacó un taco de papeles de un cajón y se lo extendió al visitante.

—Nos piden que le realicemos este test a cada recién llegado y les mandemos los resultados.

El test constaba de varias pruebas, algunas específicamente diseñadas para la inteligencia espacial y relacional.

—¿Guardan ustedes los resultados?

—Por supuesto, se los traeré en un momento.

Corvo se quedó a solas examinando aquellos papeles. Después de un rato, llegó Saama acompañada de un niño al que él había conocido unos días antes.

—Llegó ayer —dijo la monja y guardó silencio para ver si ambos se reconocían.

—¡Hola! ¿Te acuerdas de mí? —El niño hizo un gesto de reconocimiento y miró a la mujer que le cogía de la mano—. Te llamas Nazar, ¿verdad?

Nazar afirmó con la cabeza, pero cuando el ingeniero le volvió a preguntar si le recordaba, la movió en el sentido de la negación.

—Cuéntale lo que hacías allí, Nazar —le pidió Saama.

Sobreponiéndose a la timidez, el niño contó que iban al colegio y les enseñaban a cultivar la tierra. Había profesores muy buenos como Rugés y Herina, y se lo pasaban muy bien.

—¿Y recuerdas las estrellas que te enseñaban en clase? —insistió Corvo.

El pequeño volvió a negar con la cabeza. No les habían enseñado lo que él decía, sino unas matemáticas iguales a las del colegio del orfanato.

—Nazar no miente —dijo Saama después de que una de sus hermanas se lo llevara.

—¿No pensará que yo me he inventado esta historia? —se defendió el ingeniero—. ¿Qué motivos puedo tener?

—Mi único pensamiento es el bienestar de los niños, y nunca me ha gustado esa gente, pero hasta ahora no había visto nada extraño. Dígame, ¿tiene alguna explicación para esa amnesia selectiva o es usted un impostor?

—La amnesia es muy fácil de conseguir con una intervención neuronal, y más en cerebros en los que las conexiones aún son recientes y se están formando masivamente. A partir de ahí es sencillo introducirles recuerdos falsos.

Saama lo escuchó espantada. ¿Acaso era posible que Humeides se dedicase a borrar selectivamente los recuerdos de aquellos niños? Corvo no tenía dudas de que eran capaces. Sin saber qué decir, la mujer le tendió una hoja. En cuanto la tocó, su superficie se iluminó y aparecieron unos datos. Era una única tabla continua que tenía a su izquierda los nombres de los niños y la fecha de realización del test, y a su derecha sus resultados en las distintas secciones.

—Los nombres resaltados son aquellos que se han marchado al intercambio —precisó la monja mientras Corvo deslizaba el dedo sobre la superficie—. Nosotras mismas hemos analizado las pruebas. Como puede comprobar, los elegidos son los que sacan una puntuación alta en dos de ellas, los resultados de las otras parecen ser indiferentes. Incluso hay niños que tienen más nota global, pero si en esas dos no llegan a un determinado nivel, se quedan fuera.

El ingeniero comprobó que era cierto y que eran precisamente las dos pruebas que habían llamado su atención las que servían de medida para Humeides.

—¿Y no les han pedido ustedes explicaciones?

—Quise hablarlo una vez con las personas que vienen a intercambiar niños, pero me dijeron que eran simples emisarios. Envié también una comunicación al obispado, me dijeron que no me preocupara, que todo estaba en orden.

Corvo continuó examinando los datos en silencio mientras Saama le observaba cada vez más nerviosa.

—¿Hay alguna manera de saber si a los niños les han hecho algo? —se atrevió por fin a preguntar.

El hombre al que se dirigía era un desconocido, pero en aquellos momentos era quizás una de las pocas ayudas con las que podían contar. Este le explicó que era posible hacer un escáner, cualquier hospital de la ciudad tendría los aparatos precisos. En aquel barrio solo había un centro de salud mal equipado, pero Saama conocía a varios médicos colaboradores que trabajaban en un hospital al otro lado del puente. Llamó a dos de sus hermanas y les encargó que llevaran a dos de los niños regresados a ese centro, ella contactaría con quien fuese para explicarles qué prueba necesitaban y se la hiciesen cuanto antes. En aquel mismo día, si no había problemas, tendrían los resultados.

Tras estos trámites, Corvo señaló uno de los nombres de la lista.

—Esta niña, Oona Reis, realizó el test antes de ayer, ¿han mandado ya los resultados?

—Sí —contestó Saama con tono de preocupación—, poco antes de que usted llegara. Estaba justamente pensando en ella.

—Su puntuación es de cien en las dos pruebas, algo extraordinario.

—Noventa es el mínimo que exigen, pero nadie había obtenido más de noventa y seis.

Los datos estaban ya en poder de Humeides, así que era de esperar que no tardasen en presentarse por allí. La monja le explicó que el plazo habitual era de dos o tres días, pero quizás lo acortasen para hacerse con una pieza tan valiosa.

—No vamos a dejar que se la lleven hasta que no estemos seguras. —Saama había recobrado el ánimo—. Inventaremos alguna excusa, hablaré con el obispo...

—¿Puedo conocerla? —la interrumpió Corvo.

La monja le miró en silencio. ¿Debía proteger a Oona también de aquel hombre? Había reconocido a Nazar en cuanto lo vio, lo

cual probaba que al menos era cierto que había estado allí. También parecía obvio que no era un servidor de Humeides, pero ¿tendría algún otro interés oculto? Finalmente, le explicó que la niña estaba en clase en ese momento y que quizás, cuando saliese, le dejaran verla. Lo acompañaron a un pequeño comedor detrás de las cocinas, le ofrecieron algo de beber y le pidieron que se quedase allí a la espera de noticias.

A solas, Corvo tuvo ocasión de meditar sobre los peculiares sucesos que le habían llevado de un sitio a otro hasta acabar en un lugar tan inesperado. Ahora, además, tenía verdadera curiosidad en conocer a alguien con capacidades tan singulares. En este interés colaboraban y se entrelazaban varios factores. Por un lado, el rechazo a Humeides y sus propósitos; por otro, un sentimiento de justicia instintivo que, dormido durante mucho tiempo, estaba despertando de nuevo en él. No era esta una vocación revolucionaria fundada en idearios, sino la pulsión que lleva a rechazar sin mediaciones el abuso de poder sobre los indefensos. Pero también había una parte de interés profesional, ¿hasta qué punto alguien con un talento semejante era capaz de leer instintivamente lo que el resto solo podía ver después de intensos análisis informáticos? No pretendía responder a esta pregunta inmediatamente, pero sí podía comenzar a labrar un futuro seguro para esa niña, un camino que la librase de quienes, como la secta, quisieran utilizarla.

Durante su espera, se contuvo varias veces para no salir él mismo en busca de noticias. Pasado un largo rato, justo cuando su paciencia estaba al límite, una joven monja vino a buscarle y le llevó de nuevo a la estancia en la que había hablado con Saama. Allí, otra de las monjas, una mujer muy anciana que apenas hablaba, le tendió una hoja. Los resultados del hospital concluían, tras algunos detalles técnicos que enumeraban desconexiones sinápticas y rotura de tejidos, que existía un leve borrado de memoria biográfica temprana y una sustitución parcial por imágenes proyectadas que se sobreponían selectivamente para producir confusión allá donde pudieran quedar residuos estables. Aquello era la prueba de que, efectivamente, los niños habían sido intervenidos.

En ese momento apareció Saama con expresión severa y le explicó que no era conveniente que Oona Reis viese a nadie. Ellas se encargarían de su protección y, si era necesario, lo denunciarían

todo a la policía. El mensaje a Corvo estaba claro: le agradecemos la información conseguida, pero usted ya no tiene nada que hacer aquí. Este buscó en vano un argumento que oponer hasta que no le quedó más remedio que aceptar el ruego de que se marchara. En el último instante quiso ofrecer su ayuda para el futuro, pero no tenía señas que dar, tan solo un nombre que no coincidía con la documentación que portaba. Lo único que se le ocurrió fue remitirse a la Esfera, en la cual dijo tener buenos contactos. Saama volvió a agradecerle sus intenciones y sugirió que se fiaba más de los agentes federales que de cualquier organización no gubernamental.

Cuando estuvo fuera, el ingeniero se resistió a marcharse. No tenía adónde ir y presentía que su papel allí no había terminado. No tuvo que esperar mucho; mientras observaba la entrada y salida de niños por la puerta principal, vio llegar un coche que se paró silenciosamente al pie de las escaleras. De él bajaron dos individuos vestidos de manera informal. No llevaban los hábitos reglamentarios, pero un pequeño símbolo de Humeides en el jersey de uno de ellos los delataba. Estuvieron poco tiempo en el interior y fueron expulsados con alguna excusa incontestable, seguramente les dirían que la niña estaba enferma. Tras ellos apareció Saama Ruz erguida y con mirada altanera, la mujer se había mostrado inflexible y los visitantes lo habían aceptado de mala gana. Era de esperar que la noticia llegase inmediatamente a sus superiores.

Durante los hechos, Corvo se dedicó a caminar al pie de la escalera sin atreverse a subir. Cuando los emisarios se marcharon, su mirada se cruzó con la de Saama, pero no recibió de ella ningún gesto de acercamiento. Las puertas se cerraron a cal y canto justo cuando empezaba a anochecer.

Aquel no era un buen barrio para pasar la noche, no había hoteles ni nada parecido y el desorden campaba a sus anchas en cuanto oscurecía. El ingeniero dudó entre echar a andar en dirección al puente y buscar un refugio más seguro al otro lado, o esconderse en algún hueco entre las numerosas montañas de escombros que había en un descampado cercano. No quería alejarse demasiado, así que decidió probar la segunda opción. Mientras rodeaba la parte trasera del polideportivo, oyó una voz susurrante y una ranura de luz se hizo en uno de sus muros, al otro lado de un pequeño puente improvisado con tablones que permitía salvar un foso embarrado.

Se acercó hasta la puerta y esta se abrió para mostrar el rostro de la monja anciana que ya había visto anteriormente.

—La noche es peligrosa, duerma aquí —fue el ofrecimiento.

Corvo se lo agradeció sinceramente. El lugar era un pasillo inhóspito y húmedo en el que solo era posible acomodarse sobre unos cartones. La anciana le dejó una manta áspera llena de agujeros y se marchó sin despedirse. De algún lugar lejano llegaban ecos de voces y ruidos irreconocibles. Algunos provenían claramente de afuera, otros eran las vibraciones que atravesaban los muros descarnados de aquel edificio semiabandonado.

Era imposible descansar en semejante lugar y tuvo que conformarse con, al menos, permanecer unas horas tumbado. Pernoctó hundido en la confusión entre el sueño y la vigilia, despertando continuamente tras breves alucinaciones en las que su experiencia más inmediata se le presentaba deformada y mezclada con imágenes caóticas. En una de ellas, un grito le hizo dar un salto sobre el lecho de cartones. Estaba sudando y tiritaba de frío. Otro grito llegó desde la calle, le siguieron unas carcajadas histriónicas. Aún era de noche y sentía el entumecimiento en cada fibra de su cuerpo. Incapaz de volver a echarse, se ovilló contra la pared en busca de calor. Deseó entonces que amaneciese cuanto antes para poder sentir el sol sobre el rostro. No existían aún los asuntos pendientes del día anterior y solo después de un rato le dio por pensar si la anciana le traería al menos un café o debía marcharse sin más. Al menos estaba dentro, mientras no le enseñaran la puerta explícitamente, aprovecharía la ocasión.

En cuanto se sintió más despejado, se puso en pie y se internó en el edificio. Subió unas escaleras y observó desde el hueco de unos ventanales cómo emergían las primeras luces del día. Siguió avanzando y llegó a un muro toscamente reconstruido que separaba las ruinas de la zona habitada. Tanteó varias puertas hasta que por fin una cedió y entró en un cuarto repleto de útiles de limpieza donde el olor de los químicos se mezclaba con el del moho que empapaba la pared exterior. Saltó a oscuras sobre varios bultos y pasó entre estanterías temblorosas hasta llegar a otra puerta que comunicaba con el orfanato.

No era un buen lugar para pasar desapercibido, los pasillos eran anchos y apenas había huecos en los que esconderse. Además, las monjas habían comenzado ya sus tareas diarias y pululaban con su

habitual discreción por todas partes. Corvo no tenía muchas opciones, o volvía atrás o se enfrentaba abiertamente a ser descubierto. Esta última posibilidad, sin embargo, carecía de consecuencias graves: le echarían de nuevo y solo si insistía quizás avisaran a alguna autoridad, si es que había alguna dispuesta a ayudarlas. Decidió tantear el terreno y recorrió el pasillo con los ojos puestos en todas partes. Tuvo suerte y no se encontró con nadie. Tras un recodo, el corredor desembocaba en la entrada principal; desde allí partía una escalera que seguramente llevase a los dormitorios infantiles. Descubrió también que, junto a la puerta de la calle, había una garita vacía y en desuso. No veía lo que sucedía al otro lado del vestíbulo, así que, cuando el silencio le pareció suficiente, corrió a esconderse allí.

Acurrucado bajo la ventanilla, nadie le descubriría salvo que expresamente fuese a mirar dentro. Trató de respirar silenciosamente como si temiese que sus exhalaciones pudieran desatar un griterío de ecos entre las columnas de hormigón. Su presencia allí se le antojó entonces una aventura sin sentido. ¿Acaso él, apartado en aquel escondrijo, tenía alguna oportunidad de intervenir en los sucesos que estaban por venir? Enseguida tuvo ocasión de enfrentarse a esa duda. Apenas llevaba allí un par de minutos cuando una monja acudió apresurada a la entrada, al otro lado de una pequeña puerta lateral esperaba alguien. Cirodde y dos iniciados de su secta, vestidos cada uno con sus correspondientes hábitos, penetraron en el vestíbulo como si aquel edificio les perteneciera. Con la arrogancia de quien da una orden, el nio exigió que los llevaran hasta la superiora. Esta, adelantándose a los hechos, se presentó de inmediato. Por el tono de su voz, Corvo se imaginó a una Saama erguida sobre las cabezas de los augerianos y mirándolos fríamente.

—Ya les informamos ayer de que la niña está enferma —dijo secamente—. No puede ir a ninguna parte.

—Precisamente la preocupación por ella nos trae hasta aquí —respondió Cirodde con fingida amabilidad—. Hemos venido en un coche sanitario para llevarla a nuestras instalaciones, allí tendrá los mejores médicos a su disposición.

—No necesita mejores médicos, los de aquí son suficientes.

—En todo caso, tenemos un contrato y no hay ningún motivo para no cumplirlo. No dudo de sus medios, pero en absoluto pueden proporcionarle mejores cuidados que nosotros.

—Insisto...

Lo que siguió después obligó a Corvo a asomar la cabeza. Los miembros de Humeides ignoraron las advertencias de Saama y se dirigieron hacia las escaleras. La superiora, seguida por varias monjas, fue tras ellos para impedirles el paso. El ingeniero no pudo resistir más, salió de su escondite, llegó hasta el primer escalón y se quedó allí clavado escuchando cómo las voces se perdían en el piso de arriba. Paralizado por el tenso silencio, vio cómo le observaban desde una puerta entreabierta a la vez que volvían a escucharse los gritos. Pronto estarían abajo y Corvo deseó verse cara a cara con Cirodde. Entonces la puerta se movió y apareció el cuerpo de la monja anciana que le llamó con vehemencia. Cuando estuvo a su lado, la mujer le agarró del brazo y le llevó hasta un pequeño dormitorio. Allí, sentadas sobre la cama, una novicia abrazaba protectoramente a una niña de unos ocho años.

Ambas lo miraron en silencio, no había miedo en los ojos negros de la niña. Quizás supiese que la buscaban, pero no estaba al tanto de los detalles siniestros. Su gesto era sobre todo de curiosidad. Sus cejas arqueadas alzaban la expresión de todo el rostro, desde la estrecha boca que parecía sonreír en la seriedad hasta unas orejas ocultas bajo mechones de pelo negro.

—¿Oona? —preguntó Corvo seguro de la respuesta.

Ella elevó más aún las cejas y miró repentinamente a su cuidadora como si le preguntase sin palabras quién era aquel sujeto.

—Mi nombre es Aarón Corvo y... —¿Quién era él y cómo justificaba su presencia allí?— trabajo con estrellas.

Oona le sonrió como si aquella respuesta fuese un regalo inesperado para ella. Pero la joven que la sujetaba no parecía tan ilusionada.

—Marja dice que usted puede ayudarnos... —dijo señalando a la anciana.

El ingeniero entendió la frase incompleta. Se veían impotentes para proteger a la niña. Estaban solas, ni el obispado ni la policía habían acudido en su auxilio.

El estruendo de varios objetos chocando contra el suelo de piedra llegó desde el piso superior, los hombres de Humeides estaban registrando el orfanato. Corvo preguntó si no había un escondite mejor, pero, salvo enterrarse en las ruinas del otro lado

del edificio, las únicas opciones eran huir o enfrentarse a aquellos hombres.

—¿No tienen ustedes un vehículo?

Oona se dio cuenta entonces de que nada bueno sucedía. El día anterior por la mañana le habían comunicado que pronto iría al Colegio del Bosque, como lo llamaban los niños que habían vuelto. Todos los relatos de ese viaje eran maravillosos, pero ahora veía que quizás no era ese el lugar al que querían llevarla.

—Tenemos un coche, pero no sabemos conducirlo y lleva mucho tiempo en desuso— dijo la joven.

Marja urgió a que la siguieran mientras su compañera intentaba tranquilizar a la niña. Afuera se oyeron portazos, gritos y, justo cuando salieron al pasillo, algo que los dejó helados, un golpe seco y eléctrico que el ingeniero reconoció enseguida como un disparo. Debían correr y así lo hicieron, pero no lo suficiente como para no ser vistos por uno de los iniciados con el que casi chocaron de bruces. Nilum, con una pequeña pistola sónica en su mano derecha, les cerraba el paso. Estupefacto por el encuentro, se quedó paralizado un instante y Corvo, sin pensárselo, aprovechó para soltar un puñetazo que dio de lleno en el mentón del augeriano y lo tiró escaleras abajo.

Huyeron hasta una salida que desembocaba en un laberinto al aire libre entre restos de tabiques. Marja los guiaba lo más rápido que podía, pero aun así sus pasos eran demasiado lentos. Justo antes de que llegaran al patio en el que el coche estaba guardado, un estallido derribó un pedazo de muro a poca distancia de ellos. Se escondieron tras el vano de entrada y aguantaron la respiración. El augeriano que había disparado no se atrevió a avanzar y permaneció a la espera de sus compañeros. Consciente de que debía actuar antes de que los perseguidores se reunieran, el ingeniero agarró una piedra y se lanzó al otro lado. Cirodde, cogido de improviso, miraba hacia atrás y el proyectil le alcanzó en el hombro. El golpe fue suficiente para que Corvo pudiese abalanzarse sobre él y quitarle el arma.

—¡Tú, tendrías que estar muerto! —bramó el nio.

¿Era la expresión de un deseo o la decepción por un encargo no cumplido? En cualquier caso, estaba vivo. Corvo se levantó con la pistola apuntando a su enemigo y le hizo retroceder. En el patio,

el coche estaba abierto y Oona sentada en el asiento trasero junto a su cuidadora. Marja abrió el portón de salida mientras el ingeniero comprobaba con alivio que el motor aún funcionaba y tenía suficiente carga. Pero una vez fuera, cuando ya se creían a salvo, apareció el tercero de los augerianos y les ordenó que saliesen del vehículo. Corvo, que agarraba el volante y tenía el arma entre las piernas, no tuvo más remedio que apearse con los brazos en alto. El esbirro agarró a Oona y apartó de una violenta patada a su cuidadora. La niña comenzó a llorar y la joven quedó aturdida en una zanja. Todo parecía perdido, pero alguien más andaba al acecho. Saama Ruz, que había seguido los pasos de aquel hombre, se acercó sigilosamente por detrás y le golpeó en la cabeza. Una temeridad como aquella fue posible, como Corvo comprendió en seguida, porque era él a quien apuntaban y quien hubiese recibido el disparo. En todo caso, el augeriano no disparó y cayó semiinconsciente.

—¡Llévesela! —gritó Saama.

El ingeniero dudó un instante. Ninguna de las monjas estaba en condiciones de irse con ellos. La superiora no podía abandonar su institución, Marja era demasiado vieja y la cuidadora seguía en la zanja y no había tiempo para recuperarla, los hombres de Humeides no tardarían en aparecer.

Saama se arrodilló junto a la niña y la abrazó.

—Tienes que confiar en este hombre, pronto estarás de vuelta —le dijo y lanzó a Corvo una mirada cómplice, consciente de que él se había jugado el tipo por ellas.

Oona se resistía a marcharse, pero las monjas fueron inflexibles y le hicieron comprender que allí corría un grave riesgo. Saama les dio sus datos de contacto y unas señas donde los acogerían durante el tiempo que durase su exilio. El ingeniero prometió traerla de vuelta, pero ni él mismo sabía cuándo ni cómo.

Al alejarse, vieron por el espejo retrovisor cómo las dos mujeres acudían en auxilio de la tercera y la sacaban por una pequeña puerta oculta. Justo después, el portón del patio se abrió violentamente. Nada más aparecer la figura renqueante de Cirodde, giraron y se perdieron por las tortuosas calles de aquel barrio.

8. CALLES SIN NOMBRE

El trazado de las calles no seguía ningún plan más allá de la acumulación de construcciones improvisadas. En muchos tramos, el asfalto se deshacía en arena o terminaba sin más contra un muro, lo que obligaba a dar marcha atrás y tomar algún ramal previo que acababa serpenteando entre las casas que pugnaban por el espacio. Además, otros muchos vehículos circulaban junto a ellos y no había señales que recordasen la existencia de un código de circulación.

A estas dificultades se sumaba el dolor en la mano con la que había golpeado a Nilum y una agitación que no pudo sosegar hasta que no desembocaron por fin en una vía ancha y de más fácil conducción. Solo entonces, Corvo se volvió hacia Oona, que yacía hundida en el asiento del copiloto y miraba hacia fuera con un halo de desamparo. El ingeniero no sabía muy bien cómo conversar con ella y se conformó de momento con preguntarle si se encontraba bien. Recibió como respuesta un sí lacónico.

Continuaron un rato más hasta que creyeron conveniente parar para repasar su situación. Lo hicieron en una cuneta junto a un almacén de máquinas viejas que se hacinaban tras una valla. Saama les había dado una dirección, pero ninguna indicación más. Era de suponer que, si invocaban su nombre, sobrarían las explicaciones. El problema era encontrar el lugar en aquella maraña urbana cuyo desorden a duras penas concordaba con lo que mostraban los navegadores. Corvo conectó su móvil y comprobó que el coche tenía carga para tres o cuatro horas de viaje. La calle que buscaban aparecía a una cierta distancia hacia el noroeste, otra cosa era que las referencias del itinerario que les indicaba el mapa siguiesen existiendo. Su dispositivo tenía operativa una aplicación que guiaba en función de coordenadas terrestres y que quizás fuese más útil en aquel momento. Después de configurarla, intentó explicarle a Oona su plan y le aseguró, con toda la confianza de que fue capaz, que pronto estarían a salvo.

—¿Quiénes eran esos hombres? —preguntó ella.

—Querían llevarte...

—Me dijeron que me llevarían al Colegio del Bosque.

—No es un buen lugar.

—¿Por qué? Otros niños han ido y han vuelto, y no les ha pasado nada.

—Hay algo que no sabíamos entonces. —Oona lo miraba con sincera curiosidad, quería saber a toda costa y Corvo comprendió que hubiera sido inútil intentar engañarla—. A los niños que no les sirven les quitan un pedazo de su memoria para que no cuenten sus planes secretos.

En un principio, dudó de que ella comprendiese las implicaciones de esos hechos. Parecía asustada, pero inmediatamente cambió el gesto y con tono de suficiencia declaró:

—Eso no me lo harían a mí porque yo sí les serviría.

—¡Pero ellos solo quieren utilizarte!

Oona entendía perfectamente, pero no terminaba de confiar en aquel hombre, ¿por qué iba a ser verdad lo que él contaba? Sus ilusiones las había puesto en el relato del Colegio del Bosque y no se resignaba a creer que fuese un engaño. Para alguien que había pasado toda su vida en aquellos suburbios polvorientos y marginales, aquella oportunidad era una puerta de salida hacia un mundo mejor, y quien sabe si hacia una verdadera familia.

—¿Y tú quién eres? —preguntó mirando a Corvo con aire de desafío. No estaba dispuesta a reconocer fácilmente el derrumbe de sus ilusiones y exigía buenos argumentos.

El ingeniero repitió su nombre e hizo un breve resumen de sus circunstancias recientes y de su experiencia con Humeides. Finalmente, nombró a varios de los niños que habían regresado de allí y a los que Oona conocía. Esta siguió dando muestras de no estar del todo conforme y continuó preguntando hasta llegar a sí misma y su papel en la historia.

—¿Por qué me querían a mí?

—Tú hiciste un test, ¿te acuerdas? —Oona afirmó con la cabeza—. En él había dos pruebas en las que tuviste la máxima puntuación, justamente las dos que más les interesan.

A la niña le gustó escuchar cómo era reconocida por algo que parecía importante y quiso saber más acerca de ello.

—Son pruebas de inteligencia espacial y relacional, y también de reconocimiento de geometrías complejas; parece que tienes un talento especial para ello.

—¡Es verdad! —exclamó Oona muy ufana—. Nunca me pierdo y conozco todos los rincones del barrio.

—¡Seguro! —rio Corvo—. Pero ellos no te querían para que los guiaras por el barrio, sino para que buscaras estrellas.

—¡Pero si me iban a enseñar eso, entonces yo quiero ir allí!

—Ellos no te iban a enseñar nada, solo querían aprovecharse de ti.

Oona volvió de nuevo a su actitud desconfiada y cruzó los brazos con gesto de disgusto.

—Yo también puedo enseñarte. Trabajo con estrellas, ¿recuerdas? —Corvo había captado enseguida cuál era el motivo de su enojo.

—¡En serio! ¿Cuándo?

—Cuando estemos más tranquilos, ahora tenemos que encontrar la dirección que nos dio Saama.

Reemprendieron la marcha orientados por la aplicación del móvil. Muchas de las calles reconocibles estaban desfiguradas sobre el terreno y no tardaron en llegar a un enorme solar que se abría entre los cimientos de edificios recientemente desaparecidos. El vacío hacía las veces de plaza y en todo su perímetro había crecido un mercado de comidas en el que se ofrecía todo lo imaginable. A aquella hora del día, multitud de vehículos de transporte saturaban el espacio y complicaban la circulación. Estuvieron atascados durante largo rato hasta que, a duras penas, lograron girar hacia una salida que daba a un camino por el que apenas se podía circular y que los obligaba a desviarse demasiado de su ruta.

—¿Conoces esta zona? —preguntó Corvo.

—No, yo crecí al otro lado del río.

—¿Con quién vivías?

—Con mi abuela, pero murió, así que me llevaron de un sitio a otro hasta que Saama me acogió.

Cuando por fin retomaron la orientación deseada, tuvieron que conducir por antiguos canales y saltar sobre enormes badenes. Corvo temió que el coche reventase, pero aguantó hasta que por fin el camino se allanó. Estaban en el límite de la ciudad y el paisaje a la derecha era una cordillera de escombros que alimentaban un bosque bajo y disperso. La niña lo contemplaba fascinada como si aquel fuese el comienzo de un mundo indómito.

—Nunca he salido de la ciudad —dijo—, ¿tú has viajado mucho?

—En la Tierra no mucho, pero he salido fuera.

—¿Fuera, adónde?

—Al espacio exterior.

Oona se quedó un rato pensativa y finalmente decidió que le estaban tomando el pelo.

—Para ir al espacio hay que tener mucho dinero —exclamó—, y tú no pareces rico.

—Y no lo soy. Me llevaron a trabajar, a buscar estrellas.

—Ah, claro. —La niña quería dar la impresión de que había captado el fondo de la cuestión—. Cuanto más cerca estás de las estrellas, más fácil es verlas.

—Exacto.

La vía por la que circulaban se cortó bruscamente. El navegador les decía que estaban cerca, pero aquel lugar parecía completamente abandonado. Al otro lado de una verja se veía una hilera de bloques a medio construir. Si la dirección era correcta, cerca de allí debía de haber al menos un rastro de lo que fue una calle. Decidieron adentrarse en la ciudad y preguntar. Un hombre decrepito les aseguró que no había escuchado jamás aquel nombre.

—¿Qué calle es esta? —preguntó Corvo.

—Esta calle no tiene nombre, podéis llamarla como queráis. —El hombre daba muestras de estar intoxicado y se alejó dando tumbos.

—En mi barrio pasa igual —dijo Oona—. Mi abuela me contaba que hace muchos años era un sitio tranquilo, pero luego empezó a llegar gente extraña de todas partes y todo el mundo se volvió loco. Las casas se caían y los nuevos hacían otras en cualquier parte. Al final las calles dejan de existir o les ponen otros nombres que se inventan.

—¿Y por qué iba Saama a darnos una dirección que ya no existe?

El coche había entrado en la reserva y era urgente cargarlo, pero allí no había nada parecido a una estación. Siguieron en busca de una hasta que la ciudad volvió a animarse. Un camino de tierra los llevó hasta una avenida repleta de rótulos luminosos que anunciaban todo tipo de diversiones, sobre todo sexo, tanto real como simulado.

—Hay una calle como esta en mi barrio —se adelantó a decir Oona con naturalidad.

Una multitud de gente paseaba por las aceras entre los reclamos diversos. Las simulaciones que se ofrecían eran seguramente de

tan mala calidad que apenas podían competir con el negocio tradicional. A las puertas de muchos locales había mujeres, hombres y personas de género indefinido que buscaban llamar la atención de los viandantes. Aquel espectáculo era impensable en casi cualquier otra parte de la ciudad, especialmente en los barrios ricos, donde el sexo virtual era vivido en privado y ofrecía una experiencia sentida por el cuerpo como tanto o más real que la experiencia física.

En una esquina, encontraron un cartel que indicaba el nombre de la avenida. Según esta referencia, si es que era auténtica y no una reliquia fuera de sitio, no estaban lejos de su destino. Buscaron un ramal que llevase hasta allí y se toparon con un extenso monte cuyas laderas estaban saturadas de construcciones improvisadas. Encontraron un sitio para dejar el coche e iniciaron la subida por una escalera que parecía subir hacia el lugar exacto que les indicaba el navegador. A mitad de camino, Corvo echó una mirada casual hacia abajo y, entre los caminantes que fluían alrededor de un quiosco, vio un rostro familiar. Al principio, no fue capaz de recordar de qué conocía a esa mujer de pelo cobrizo y su imagen se le quedó suspendida entre la certeza y la confusión. Luego, tras un breve repaso a sus aventuras recientes, cayó en la cuenta de que se trataba de Esthir, la mujer que se había acercado al LIS en la ciudadela de Merga. Era demasiada casualidad que estuviese allí y no era difícil suponer una relación entre ella y Cúcera.

Aceleraron el paso para llegar a una zona que quedase oculta de las miradas de abajo. Estaban muy cerca del lugar, apenas a cien metros, pero solo se veían chabolas que se encabalgaban unas sobre otras. Lo que esperaban encontrar no estaba donde se suponía y su única opción era seguir buscando o preguntar por los alrededores.

Oona estaba cansada y comenzó a quejarse. A Corvo ya no le quedaban comentarios de ánimo y le costaba ocultar su ansiedad, por lo que decidieron sentarse sobre una gran roca a la salida de un callejón polvoriento. Justo enfrente, en el punto donde supuestamente estaba la calle y el número que buscaban, había una cruz de piedra rota en uno de sus travesaños. Tras ella bajaba un camino pedregoso entre matorrales por el que vieron venir a alguien. De lejos, por la ligereza con la que se movía y su pequeña talla, les pareció una niña, pero de cerca las numerosas arrugas delataron su

ancianidad. Su vestimenta era una combinación variopinta de ropas usadas recogidas seguramente de la calle. Se paró junto a ellos y los miró con curiosidad.

—No sois de por aquí —afirmó.

—Estamos buscando esta dirección. —Corvo le mostró las señas.

—Nadie es de por aquí.

—¿Conoce usted el sitio?

—Ni de por aquí ni de por allí. Nadie es de ninguna parte.

Y tras estas palabras, continuó su marcha dejándolos con la sensación de que los nombres de las calles no eran lo único que se había perdido en aquel barrio. Tendrían que probar nuevamente con alguien que guardase un mínimo de sensatez. Corvo recordó que el coche estaba justamente en la dirección en la que había visto a Esthir y era posible que ya lo tuviesen vigilado. Comenzó a pensar en las posibles alternativas cuando la anciana habló desde el fondo del callejón.

—Quizás dentro esté lo que no está fuera —les dijo cuando llegaron a su altura y los invitó a pasar por un estrecho agujero que hacía las veces de puerta.

La mitad de la casa se hundía cuesta abajo en el fondo de la montaña. A la entrada llegaba la luz de algunas claraboyas, en su mayoría poco más que brechas en las placas de fibrocemento de los techos. El fondo era una penumbra solo rota por breves círculos de luz eléctrica. Entre las sombras, a lo largo de las paredes, se acumulaban los trastos. La mujer se sentó en un rincón, junto a una pequeña vitrocerámica, y se puso a calentar agua.

—¿Conoce a Saama Ruz? —preguntó Corvo.

—Os voy a preparar té.

El ingeniero no sabía cómo abordar a aquella mujer que ignoraba toda pregunta. A Oona, sin embargo, no solo no le extrañaba, sino que le parecía algo normal e incluso divertido.

—¡Yo soy Oona, hija de Saama!

—Un té azul de flor de ziya para Oona, hija de Saama, y otro para su padre.

El interpelado quiso protestar, pero al final recibió en silencio la pequeña taza de porcelana entre las risas de la niña. El líquido tenía un sabor extrañísimo, en absoluto parecido al té, y temió por un momento que la anciana quisiera drogarlos; por cómo se comporta-

ba, parecía que ella misma lo estuviera. Mientras bebían, la mujer canturreaba con los ojos cerrados.

—Es la canción del niño pescador —dijo Oona en un susurro y se puso a acompañarla.

A la anfitriona no le gustó. Cesó bruscamente su canto y miró a Corvo fríamente.

—Usted no cree en nada —lo acusó—, pero cada niño en el mundo vive su propio tiempo con la intensidad de los primeros días. ¿Quiénes somos nosotros, los viejos, para afirmar la decadencia de los tiempos? Que nuestro cansancio no sea una carga.

Oona se asustó y aguantó la respiración para no romper el manto de silencio que la mujer echó sobre ellos. Corvo, desconcertado y a la vez conmovido, sentía que aquellas palabras inesperadas habían acertado de pleno en su situación vital. Transcurrió un tiempo largo e incómodo. La anciana no movía ni un músculo y parecía dormida. El ingeniero, sin saber muy bien qué hacer, sacó su móvil para ver si encontraba algo en la pantalla que le dijera dónde se hallaban, pero no consiguió conectarlo a ninguna red.

—No responderá, aquí estamos en silencio —dijo la mujer sin abrir los ojos.

—¿Tenéis inhibidores? —preguntó Corvo seguro de que la respuesta era afirmativa. Le resultaba extraño que aquel lugar mísero usase tales dispositivos, así que quizás estuviesen finalmente en el sitio buscado.

Una voz a sus espaldas confirmó esas sospechas.

—Bienvenidos, amigos de Saama.

El hombre que había entrado vestía el mismo tipo de ropa usada y era también de baja estatura, pero muy corpulento.

—Mi nombre es Adlan y ella es mi madre, Iseleth. ¿Qué tal está mi tía? —dijo con una mano en alto como saludo.

—¿Saama?

—¡No! Marja. La habréis conocido sin duda. No estaríais aquí si no.

Corvo cayó en la cuenta del parecido entre las dos ancianas, la una silenciosa y uniformada de gris, la otra locuaz y parcheada con telas coloridas.

—¡Sí! —se adelantó a responder Oona—. Nos dio recuerdos para vosotros.

El ingeniero le lanzó una mirada de sorpresa y la niña le devolvió una sonrisa que quería decir ¿no te acuerdas?

—¿Tú vives en su casa? —Adlan se dirigió a Oona.

—Desde hace poco, pero hemos tenido que salir.

Corvo tomó la palabra e intentó explicar su situación. Al narrar su experiencia con Humeides, los anfitriones torcieron el gesto.

—Nos huelen, pero no nos ven —murmuró Iseleth.

—Ahora os estarán buscando y aquí no podremos cobijaros durante mucho tiempo —confirmó su hijo.

Si aquello era cierto, necesitaban a alguien que los sacase de allí, pero ¿cómo contactar con ellos? Mientras el ingeniero meditaba acerca del problema, escuchaba las palabras del hijo y su madre sobre de sí mismos. Ambos pertenecían a aquel mundo, de allí había salido Marja para unirse al orfanato y con ella seguían manteniendo contacto. Rastreaban la zona en busca de niños sin techo y los recogían para enviarlos a casa de Saama. La dirección que esta les había dado era entonces correcta, pero, como Adlan les explicó, muchas de las calles habían dejado de existir.

—Esta parte de la ciudad fue abandonada a su suerte hace mucho. Pusieron un muro, al principio invisible, pero cada vez más sólido. Mientras al otro lado se mantiene la prosperidad, este lado crece descontrolado. Las casas se caen y sus ladrillos son reutilizados por los inmigrantes llegados a mares. Y así la gente sobrevive, vende y compra en los mercados, y mantiene cierto orden durante el día.

—No hay que andar de noche —apostilló Iseleth y Corvo recordó la misma recomendación hecha por su hermana.

—La calle que buscabais está justo bajo nosotros, sepultada por esta montaña de escombros. Quizás Saama no tuviese tiempo de buscar las coordenadas y por eso os dio las viejas señas que conoce de memoria.

—¿Por qué tenéis inhibidores? —fue la última duda de Corvo.

—Es solo una pequeña burbuja, no muy potente, pero al menos nos guarda de ciertos peligros.

Después de haber atravesado durante medio día las calles de aquel distrito, se hacía una idea de cuáles podían ser esos peligros. No era su intención quedarse a explorarlos, lo más urgente era encontrar un medio para salir de allí. El ingeniero explicó brevemente

su plan: necesitaba mandar un mensaje, pero no tenía una referencia clara sobre el destinatario, por eso precisaba de un equipo de cierta potencia que le permitiese conectarse a las redes adecuadas. Lo que buscaba, le respondió Adlan, estaba en la calle de abajo. Así pactaron que, mientras los dos hombres iban a ese lugar, Oona se quedaría con Iseleth.

Cuando salieron, el sol estaba oculto tras grises nubarrones que anunciaban la lluvia inminente. Corvo insistió en que fuesen por una ruta lo más discreta posible y alejada del coche que habían dejado aparcado. Adlan lo llevó por la parte contraria de la montaña y se descolgaron por una escalera casi vertical, luego atravesaron un túnel mal iluminado por el que apenas cabían sin agacharse. El guía le recordó más de una vez que por nada del mundo tomase esa ruta de noche. A aquella hora, había gente que a toda prisa se cruzaba con ellos cargando voluminosos fardos. La salida daba a un cauce seco cubierto de matorrales, subieron por sus laderas y rodearon un bloque de edificios hasta la parte trasera de la avenida que concentraba la oferta de ocio que habían visto antes. Allí no se veían rótulos luminosos, sino muros llenos de pintadas y agujeros, y callejones que ocultaban escapes de emergencia entre contenedores de basura.

Doblaron una esquina y llamaron a una puerta metálica. Abrió un sujeto vestido con ropas deportivas y cubierto de tatuajes y joyas. Adlan y él intercambiaron algunas palabras en una jerga incomprensible hasta que por fin alcanzaron un trato. Corvo tuvo que darle todo el dinero en metálico que llevaba y lo dejaron pasar. Una vez dentro, le condujeron a un cuartucho sin ventanas en el primer piso donde acumulaban ordenadores viejos, la mayoría fuera de uso, y otros aparatos.

Lo primero que hizo fue conectar su móvil a la red, la conexión era de buena calidad y usaban inhibidores muy potentes, lo cual le daba cierta ventaja para saltar determinados filtros, pero le cerraba otras puertas. La única manera que tenía para contactar con sus destinatarios era mandar un mensaje encriptado y ciego. Ellos solo sabrían quién los contactaba por el contenido del mensaje y en todo momento tendrían la confianza de que ese emisor desconocía su paradero. La clave era combinar adecuadamente los pocos parámetros de los que disponía: un modelo de nave, unas rutas seguidas o probables, una tipología de encriptamiento y las versiones de algunos

programas de navegación que vio usar en el Narval. Con eso, lanzaría su botella al mar, pero no al azar, sino orientada para que llegase al barco adecuado, otra cosa era que la vieran. Si también otros la recibían y conseguían descifrar el contenido, leerían un mensaje sin sentido para ellos: «Cuervo estelar raptado alrededor gigante busca pez en tierra» y la huella de su móvil asociada a su ubicación.

En mitad de la tarea, entró Adlan con la noticia de que tenía que abandonarle.

—La noche se adelanta, tengo que volver con los niños —le dijo—, el camino de vuelta es muy sencillo. Si tienes problemas, métete en cualquier agujero y espera a que amanezca.

Pero aún quedaban dos o tres horas para el atardecer, y ¿a qué niños se refería? Absorto como estaba en su tarea, se despidió distraídamente de su guía. Aún tardó unos minutos en encontrar los protocolos más adecuados para combinar sus ingredientes. Justo cuando casi lo tenía, apareció el hombre tatuado para meterle prisa. El ingeniero logró lanzar su mensaje, aunque sin tiempo de repasar sus parámetros. Finalmente, comprobó que su móvil estaba totalmente cargado, era muy importante que el aparato estuviese disponible, y se dirigió hacia la salida.

Cuando la puerta se abrió, vio que la predicción de Adlan se había cumplido. El sol había sido opacado por la negrura de una tormenta que se encontraba entonces en todo su apogeo. El diluvio lo cubría todo y apenas se veía a tres metros de distancia.

9. ENCUENTRO EN LA OSCURIDAD

Avanzó pegado a las fachadas bajo la protección de terrazas y salientes, pero enseguida tuvo que lanzarse a cruzar la calle en busca de la ruta de vuelta. Las laderas del cauce se habían convertido en un lodazal y prácticamente tuvo que deslizarse por ellas para llegar abajo. Por aquella cárcava, temió que en cualquier momento apareciese una riada. Sus pies ya estaban hundidos en el agua hasta los tobillos y el viento le lanzaba contra el rostro restos de basura flotante.

En la boca del túnel había varias personas refugiadas, sobre todo mendigos que se protegían del repentino aguacero. El interior, sin embargo, estaba vacío y a oscuras, la electricidad se había ido en todo el recorrido. Cuando llevaba unos metros andados, recordó las repetidas advertencias acerca de la noche en aquel lugar y sintió un escalofrío al ver el pasaje ciego que tenía ante él. Sabía que era un trayecto recto y sin bifurcaciones, pero temió que algo se ocultase más adelante. Si se quedaba a esperar la escampada, corría el riesgo de que la verdadera noche se hiciese sobre él y tuviese que buscarse un refugio, y no quería dejar a Oona sola, aunque Adlan y su madre fuesen sin duda gente de fiar.

El día había perdido gran parte de su claridad natural, pero aún faltaban un par de horas para su fin. Confiado en que la tormenta mantuviese bajo techo también a las posibles amenazas, decidió probar una ruta alternativa. Sabía que si volvía por donde había venido, muy pronto llegaría a la calle principal, podría recorrerla hasta encontrar un desvío que subiera a las casas de la montaña de escombros.

Calado hasta los huesos, deshizo sus pasos sin ver a nadie hasta que llegó a la esquina de unos de los locales cuyos neones, a pesar de la tormenta, no habían dejado de destellar. Unas mujeres difuminadas por el manto de agua le hicieron señas desde un soportal cercano, las ignoró y se dirigió a toda prisa calle abajo de esquina en esquina. Una bolsa le servía para protegerse de la lluvia, pero también para ocultarse el rostro por si alguien indeseado acechaba por el lugar. Desde su salida de Humeides, no se había cambiado de ropa, afortunadamente sus prendas eran corrientes y poco llamativas, y no llevaban ningún distintivo de la secta.

Así corrió en la dirección que creyó adecuada. A mitad de camino, la lluvia comenzó a debilitarse y la gente volvió a deambular por los alrededores. Para evitar cualquier encuentro, probó por un callejón, pero fue a dar a un muro coronado por cascotes de vidrio. Más adelante lo intentó de nuevo, pero la calle paralela en la que desembocó no era el lugar que esperaba encontrar. Empezó a creer que había elegido mal el camino y se estaba adentrando en un arrabal laberíntico. Su única certidumbre era la avenida principal.

A la entrada de un club, dos enormes coches con todas las luces encendidas bloqueaban el tráfico. Una multitud se agolpaba a su

alrededor como si esperase la salida de alguien importante. Prefirió evitar el barullo y se apretó contra la pared contraria, allí se encontró de bruces con Esthir. La vio en un parpadeo, lo suficiente para reconocerla. Ella miraba hacia otro lado y el ingeniero, que caminaba con los ojos puestos en el suelo, se dio la vuelta instintivamente y se escabulló como pudo. Intentó rodear la calle por otra zona, pero terminó con la misma impresión de extravío. Finalmente, reconoció que su única opción era dar marcha atrás y probar por el túnel. La noche estaba casi encima y la lluvia había cesado.

Se deslizó por las laderas embarradas y corrió chapoteando sobre el fondo del cauce. La entrada estaba guardada por dos bultos grises, dos esfinges de la miseria que se revolvieron contra él cuando pasó a su lado. Sin pensárselo, se lanzó hacia la negrura dispuesto a pasar aquel trance como si de un salto interestelar se tratase. Sacó su móvil y avanzó con su luz, pero cuando vio la batería, se dio cuenta de que si seguía con él pronto la agotaría, y era fundamental que durase. En aquel momento, el aparato lanzaba constantes mensajes encriptados, cada uno de los cuales le daba un pequeño mordisco a la reserva.

Tuvo que sosegar y echar mano a una pared para guiarse. Por el simple tacto, el muro parecía una roca irregular y terrosa llena de oquedades. En algunos lugares, tocaba repentinamente la nada, eran vanos estrechos en los que quizás cupiese una persona. Al pasar junto a uno de ellos, creyó sentir una respiración contenida que le heló la sangre. Aceleró el paso y tropezó con algo. Antes de levantarse, se paró a escuchar la limpia caída de las gotas, pero cuando volvió a arrastrar los pies sobre el piso irregular, oyó un siseo que se mezclaba con el ruido de sus pisadas. Al pasar la mano por un nuevo hueco, tocó algo que no era piedra sino tela, hilos gruesos que envolvían un bulto. Notó cómo se movía y retiró la mano inmediatamente. Siguió dando pasos diminutos y frenéticos con los puños apretados sobre el pecho y rozando el muro con el hombro. De repente, chocó contra algo. Tardó en darse cuenta de que era un contrafuerte que bajaba del techo; en el momento en que lo rodeaba, sintió un roce en el tobillo. Pensó que eran solo ratas, pero entonces algo se aferró a su rodilla. Dio una coz instintiva para deshacerse de aquello y trató de avanzar inútilmente. Otra mano invisible lo agarró de la manga y tiró de él hacia atrás. Comenzó una

lucha sorda contra aquel que le atacaba, sus harapos apestaban y su rostro era áspero y duro. Llegó a sentir su aliento cerca de su boca y unos dientes arañaron su brazo, pero se zafó del mordisco con un violento codazo. Quiso huir, pero el atacante se volvió a echar sobre él. Se puso a patear en todas direcciones como un loco y a gritar; justo en ese momento, un foco de luz llegó desde el fondo por el que había entrado. Pudo ver entonces el rostro de su agresor, sus ojos eran una pasta blanca rodeada de sangre, aquella mirada terrorífica le dejó paralizado. Reaccionó al darse cuenta de que la luz se aproximaba y quiso aprovecharla para correr, pero el ciego le seguía muy de cerca.

Quienes venían detrás también los habían visto, y no eran caminantes casuales, sino gente que se había metido allí por un buen motivo. Corvo supo enseguida cuál era la razón. El sonido hueco de un disparo resonó entre los muros. El ingeniero cayó rodando y vio cómo, a su lado, se derrumbaba muerto el mendigo. Cuando miró a su espalda, vio la figura de un hombre alto y de cabeza redonda, parte de la luz le iluminaba desde abajo y se reflejaba en su ojo metálico. Cúcera se acercaba y el ingeniero estaba nuevamente a su merced.

—¡Esto está lleno de ratas! —exclamó el cazarrecompensas, pero justo cuando se disponía a cobrarse su presa, algo saltó sobre él desde un agujero cercano. La linterna cayó y Corvo aprovechó la ocasión para huir guiado por el escaso halo que llegaba desde el suelo. Por fortuna, la salida del túnel estaba a su alcance. A su espalda sonaron disparos y la luz volvió, pero el ingeniero ya se había escabullido cuesta arriba entre los arbustos y pronto estuvo al amparo de las sinuosas calles que subían por la montaña.

Corrió ayudado por esporádicas y débiles farolas, y también por una luna inesperada que asomaba en el roto de una nube nocturna. Mientras subía, sacó su móvil y lo apagó. Así quedaba oculto de momento, aunque más adelante, si su mensaje aún no había llegado adonde debía, tendría que volver a conectarlo. Sin el navegador disponible, tenía que fiarse de su memoria, pero había perdido totalmente la orientación y no sabía dónde se hallaba. Miró sobre una tapia y vio que, más abajo, se movía una luz. Seguramente sus perseguidores tenían visión nocturna y amplificación sonora. Si se escondía, lo encontrarían sin duda. Su única opción era alejarse lo

más posible y salir de su radio de alcance, así los obligaría a avanzar lentamente.

Saltó otra tapia y tuvo la suerte de encontrar al otro lado una callejuela estrecha cuyo fin no se veía. Avanzó cien metros hasta cruzarse con un grupo de hombres reunidos alrededor de un fuego. No había manera de evitarlos y todos se volvieron hacia él, aunque ninguno hizo ademán de seguirle. Más arriba, volvió a encontrarse con otros grupos parecidos. No parecían peligrosos y Corvo, que estaba definitivamente perdido y con la creciente sensación de caminar en círculos, decidió acercarse a uno y preguntar por la cruz de piedra.

—Ey, que sac, ¿vai connos? —fue la respuesta.

Intentó hacerse entender, pero los hombres no parecían muy dispuestos a ayudarlo.

—Cris entás partes —le dijeron entre risas y le ofrecieron un cilindro fosforescente para que lo chupara. Corvo miró hacia el lugar que le señalaban y vio que, efectivamente, había allí una cruz de hierro oxidada.

—Piedra rota... —insistió con gestos que describían la altura de lo que buscaba.

—Le jacho, sac, dum obrás.

El grupo estalló en carcajadas mientras uno de ellos aspiraba del tubo. Después de un breve trance, el hombre abrió los ojos y eran blancos como los del mendigo del túnel. El ingeniero comenzó a temer que su rechazo no fuese bien recibido y quiso despedirse. El que parecía el jefe del grupo estaba empeñado en que se uniese a ellos y no quería dejarle marchar. Justo a tiempo, una luz comenzó a moverse por el camino de abajo.

—¡Allí! —gritó Corvo—. Ese hombre ha matado a uno de los vuestros en el túnel, lo he visto con mis propios ojos.

Los mendigos le miraron desconcertados. La luz se acercaba y todos se volvieron hacia el lugar por el que pronto aparecerían los nuevos visitantes. El ingeniero aprovechó para huir. No llegó a escuchar las voces tras él, pero sí nuevos disparos.

Sus perseguidores eran implacables y, por más que corriese, no lograba tomar una distancia suficiente. Tuvo que detenerse un instante a tomar aire, estaba agotado, le dolía el pecho al respirar y estaba sediento. Cuando alzó los ojos, vio ante él la cruz de piedra

con un travesaño roto. Fue hacia la puerta de Iseleth y llamó a golpes. Le abrieron de inmediato y se encontró con la anciana y la niña que, junto con otros cuatro niños, estaban en silencio y en penumbra.

—Creí que ya no volvías —le recibió Adlan.

—Me persiguen, buscan a Oona —dijo Corvo entre jadeos—. Pronto estarán aquí.

Adlan comprendió enseguida.

—Abandonaremos la casa.

Se acercaron a los niños y vieron que dormían. Iseleth los observaba atentamente.

—Hay que dormir cuando se va el sol —susurró.

Oona se revolvió y abrió los ojos, aún no había caído en el sueño profundo y enseguida reconoció al ingeniero.

—¿Volvemos a casa de Saama?

—No, lo siento, todavía no es posible, pero vamos a un lugar más tranquilo.

Corvo miró a Adlan y este asintió. Recogieron lo necesario y se dirigieron al fondo de la casa, hacia el interior de la tierra. Una puerta camuflada les dio acceso a un pasadizo y de ahí pasaron a una estancia húmeda cuyas paredes eran restos de gruesas planchas apiladas.

—Aquí estaréis seguros por hoy —dijo Adlan— nosotros dormiremos en otra habitación.

Se acomodaron sobre colchones viejos y se abrigaron con mantas, pero el ingeniero era incapaz de dormir; a pesar de su cansancio, no podía detener su estado de alerta. De afuera no llegaba absolutamente ningún sonido salvo el silbido de una brizna de viento que iba y venía. El lugar no era más que un hueco malamente sellado entre los restos de un derrumbe.

De repente, sonó un estruendo lejano. Ambos levantaron la cabeza y permanecieron expectantes. Corvo sacó la pequeña linterna que le había prestado Adlan, pero no se atrevió a utilizarla por temor a que su luz se filtrase por alguna rendija y los delatase. Sonó otro golpe, esta vez más cerca y seguido por el ruido de la tierra al caer. Adlan apareció en la oscuridad y los urgió a que se preparasen para marcharse otra vez.

—¡No tenemos adónde ir! —suplicó el ingeniero.

—Huid, nosotros los entretendremos. Cuando estéis lejos, conecta tu móvil para atraerlos y luego vuelve a apagarlo después de un tiempo. Si no lo haces, se quedarán dando vueltas por aquí hasta destrozarlo todo.

Corvo no tenía alternativa y aceptó el trato. Los condujeron durante un largo trecho por un laberinto monótono que parecía no terminar nunca. Oona aún llevaba el sueño roto sobre su cuerpo y se negaba a caminar, por lo que tuvieron que llevarla a hombros alternativamente. Les proporcionaron algo de comida energética y estimulantes, y los dejaron en un descampado solitario en cuyo horizonte las construcciones raleaban.

—Corred hacia allí —aconsejó Adlan—, encontraréis menos peligros. Cuando paséis el viaducto, conectad el móvil, ellos no conocen este atajo y tendrán que dar un gran rodeo. Cuando lo apagéis, huid hacia los rascacielos; si no os detenéis, llegaréis a zona administrada.

Se despidieron apresuradamente y se alejaron por el camino indicado. La lluvia había convertido el terreno en un lodazal que dificultaba sus pasos. La niña pronto cesó sus quejas y se dejó llevar con la mirada ausente. Salpicados de barro hasta las rodillas, bajaron por una gran zanja. No había ninguna senda frente a ellos, solamente un campo plagado de obstáculos, pilares solitarios, matorrales y charcas recientes. Al fondo, los inmensos edificios del confín urbano lanzaban su soberbia de luces sobre aquel erial. A mitad de camino se veía una fina red iluminada, la carretera hacía la cual se dirigían, pero cuando apenas llevaban unos pocos metros recorridos, Oona se derrumbó. Corvo no tuvo más remedio que cargarla sobre sus espaldas. Hipnotizado por su huida y con la mirada clavada en el horizonte, hizo uso de unas fuerzas que desconocía poseer. Así llegó al comienzo del viaducto y dejó suavemente a la niña en el suelo. A esta no le importaron los vaivenes ni la dureza del lecho y no despertó. Con otro pequeño esfuerzo, llegaron al otro lado y el ingeniero conectó nuevamente su móvil. Le movía no solo su pacto con Adlan, sino también la esperanza de que por fin su mensaje fuese escuchado. Transcurrió tiempo más que suficiente para que Esthir y Cúcera detectasen su señal; desde ese momento, no tenían tiempo que perder. El problema era que Oona no parecía dispuesta a salir de su desmayo.

Al otro lado había una zona industrial y tras ella, seguramente, un distrito residencial para trabajadores. Eran lugares demasiado diáfanos para esconderse y solitarios a aquellas horas de la madrugada, así que necesitaban darse prisa. Quizás tuviesen media hora de ventaja, lo suficiente para llegar hasta una estación de suburbano, donde podrían pagar dos pasajes con la tarjeta que Corvo aún conservaba.

Con la niña a cuestas, trató de correr, pero tenía que detenerse en cada esquina a respirar. En una de sus paradas, se dio cuenta de que Oona estaba pálida, temblaba y su frente ardía. Asustado, notó cómo sus propias fuerzas, que hasta hacía un momento le habían sostenido tan milagrosamente, se estaban agotando. Ni siquiera podía pensar bien y, mientras caminaba trabajosamente, se obsesionó con descubrir las luces médicas de un hospital. Necesitaban llegar a uno, pero allí solo había una carretera ancha flanqueada por edificios grises sin ventanas. No había rastros de viviendas ni de estaciones de transporte.

Pegado contra una verja, Corvo vio llegar unas luces flotantes. Estaba sofocado por el ardor de una fiebre súbita y le costaba discernir lo que sucedía a su alrededor. Trató de enfocar la mirada en el vehículo que se detuvo junto a ellos. Una mujer delgada de pelo cobrizo y un hombre tosco y alto vestido de negro se acercaban. Cúcera y Esthir hablaron entre ellos con la confianza del trabajo acabado.

—Nos llevamos a la niña y a este, ¿qué era lo que había que hacer? —bromeó Cúcera—. Ah, sí, ya me acuerdo, le pegamos un tiro en la frente y luego echamos sus restos a los cerdos.

La mujer estaba junto a Oona tomándole la fiebre.

—Menos los ojos, esos los dejo para mi Osiek, le encantan —remató el cazarrecompensas señalándose la prótesis.

—Voy a por unas pastillas —dijo Esthir—, no vaya a ser que se nos muera por el camino.

Mientras la mujer buscaba en el coche, una onda invisible impactó contra ellos. Quedaron aturdidos por un instante, lo suficiente para que un vehículo aéreo se posara enfrente y los cegara con un potente foco. Dos personas habían saltado de él y los apuntaban con armas de combate.

—No te muevas, calvo. —Corvo reconoció la voz de Nezda.

Al otro lado estaba Daniel Acero ocupándose de Esthir.

—Vaya, —dijo Cúcera con sorna—. ¿A quién tenemos aquí?

—He dicho que no te muevas.

—¿No te acuerdas de mí, Tresmilna?

—Eres el cerdo de Merga —contestó ella.

—No, eso fue una broma —prosiguió el hombre saboreando sus palabras—. En Kazyurg, hace unos cuantos años, ¿no te acuerdas?

Corvo, que había recuperado algo de ánimo, se fijó en la cara de desconcierto de Nezda. Acero intervino y exigió que fueran los dos hasta un bordillo cercano con las manos en alto.

—¡No te acuerdas! —Cúcera se echó a reír—. Te han borrado la sesera, sí, en chirona. Y a saber qué más, maldita zorra...

Nezda perdió los nervios y le asestó un fuerte golpe en la cabeza con la culata del arma.

—¡Nezda! —riñó Acero.

—Qué considerados —contestó el cazarrecompensas con una enorme brecha manchándole la nuca.

Acero los desarmó y maniató con una cincha eléctrica mientras Nezda se ocupaba del vehículo; abrió el capó y, sin miramientos, destrozó el motor de una descarga. Cúcera ocultó la rabia de su derrota tras nuevas bravatas e insultos.

—Tresmilna, la traidora —y luego se volvió hacia Acero—. ¿Te quedaste con ganas de catar a mi Esthir? ¿Por qué no pruebas ahora? Ella es muy sumisa.

La mujer permaneció quieta, de rodillas y con la cabeza gacha, indiferente a las provocaciones de su compañero. Ambos sabían que no les harían mayor daño, las unidades de la Esfera tenían un código de conducta que prohibía las ejecuciones y solo admitía ataques en defensa propia. Cuando se acercaron a ellos, Corvo notó una tensión, era un escudo inhibitor capaz de atenuar disparos, pero que en absoluto los convertía en inmunes.

Nezda se ocupó de Oona y la llevó a su coche. Tras un rato, volvió a por Corvo.

—¿Qué tal amigo? Tómate esto.

Su voz y su expresión carecían del aplomo que recordaba en ella, era como si las palabras de Cúcera la hubiesen afectado hondamente.

El líquido le reanimó casi de inmediato y pudo ponerse en pie sin dificultad. Una vez en el coche, se acomodó frente a Oona, que

yacía tumbada en el asiento trasero. Cuando dejaron atrás el lugar, Acero se volvió hacia ellos y preguntó quién era la niña.

—Alguien por quien están dispuestos a matar y a pagar mucho dinero —dijo Corvo.

—¿Quiénes?

—Humeides.

Acero lo miró sinceramente sorprendido.

—Es una larga historia.

—Tienes que contárnosla. Hemos estado buscándote por todas partes y ya te creíamos perdido cuando recibimos ese curioso mensaje hace unas horas.

Corvo supo entonces que su comunicación había sido captada al poco de ser enviada. Todo un éxito, pero en aquel momento no tenía ganas de presumir de su pericia como ingeniero. Cerró los párpados y cayó inmediatamente dormido mientras una Nezda silenciosa y ausente los conducía a su nuevo destino.

10. BIOTOS

Al otro lado de la ventana, sentadas sobre una losa en un patio interior, Nezda y Oona reían juntas. Desde su despertar, la mujer del LIS había tratado a la niña con especial atención. A Corvo le agradaba la complicidad que había surgido entre ambas, aunque sabía que ese vínculo, aun a pesar de su reciente aventura, no le acercaba a ellas, sino que más bien le distanciaba. Se notaba incapaz de romper los círculos de confianza con aquellos que lo rodeaban en su nueva vida. No era una cuestión de habilidades sociales, él estaba fuera por más que quisiera, los últimos años le habían forjado la extrañeza hasta fundirla con su figura.

No podía negar que sentía curiosidad por saber algo de ese pasado oculto de Nezda. Las palabras de Cúcera habían sido sobre todo provocaciones, pero si hubieran sido solo eso, ella habría respondido con desprecio. Sin embargo, desde entonces había permanecido inusualmente callada, afectada sin duda por el regreso de un pedazo de vida que luchaba por dejar atrás.

Al día siguiente del rescate, el ingeniero contó su historia, pero solo Acero le preguntó con verdadera curiosidad mientras que su compañera apenas intervino. Aura fue informada del relato y, poco después, tuvieron un encuentro virtual para profundizar en los detalles.

—Supongo que conoces la leyenda de los duid —le preguntó ella al final de la charla.

Corvo asintió, aquellas historias las conocía todo aquel que tuviese relación con las búsquedas estelares, pero para la mayoría no eran más que invenciones para entretener al público.

—Sabemos que Humeides cree ciegamente en su existencia —continuó Aura—, tu aventura nos lo confirma. Lo que no sabemos es en qué basan tal creencia.

—Son unos fanáticos, pueden creer cualquier cosa.

—Son fanáticos, pero no estúpidos.

—Y el doctor Narés, ¿por qué me dejó libre?

—Con esa gente todo es posible.

—¿Esa gente?

—Los icéricos. Probablemente también buscan niños superdotados. Aunque lo desconocemos casi todo de su grupo.

—Biotos —murmuró Acero.

Aquella palabra era de uso común, pero Corvo nunca la había escuchado asociada a Iceria.

—Los icéricos que conocemos están llenos de implantes. Se gastan fortunas en la última tecnología biomédica, lo cual nos hace sospechar que son algo más que una simple fundación de colegas científicos —precisó el piloto del LIS.

Corvo recordó al doctor Narés y su artificialidad oculta bajo estudiados modales. *Biota* era el término despectivo para llamar a quienes sustituían partes de su cuerpo no por necesidad, sino por la creencia en que tal cosa los convertía en seres mejorados. Aquel hombre quizás pudiera ser llamado así, pero no era aquella la cuestión que le preocupaba entonces, se volvió hacia Aura y expuso abiertamente sus dudas.

—Si Humeides está buscando un duid, ¿por qué me querían a mí?

—Siento no poder responderte, pero quizás tenga algo que ver con el borrado de tu memoria.

El ingeniero no había vuelto a pensar en ese asunto hasta que recreó su conversación con Narés. A diferencia de Nezda, a él no

parecía afectarle en exceso la cuestión, no notaba que le faltase nada ni sentía que tuviese traumas ocultos.

—¿Sería posible que me hiciesen una prueba para saber el alcance de mi intervención? —se le ocurrió preguntar. Si el tema estaba relacionado con sus últimas peripecias, tenía curiosidad por conocer con precisión las secuelas físicas que conservaba su cerebro.

—Sin duda, pero no encontraremos más que restos superficiales.

Acordaron a pesar de todo que esa prueba se realizase lo antes posible. Por último, quiso saber cuál sería el destino de Oona.

—Hasta que hagamos las averiguaciones pertinentes, se quedará bajo nuestra protección. Cuando tengamos la seguridad de que no corre peligro, le buscaremos un hogar.

Corvo se sentía responsable de ella, él la había sacado de la casa de Saama Ruz y era muy posible que no pudiese ya regresar. Aura le aseguró que hablaría con organizaciones de cooperantes para que estuviesen atentos a lo que sucedía en aquella institución. Todos sabían que Humeides no se iba a dar por vencido, ni siquiera si otros grupos llegaban a conocer sus intenciones.

—Y la Esfera, ¿cree en los duids? —preguntó el ingeniero abiertamente.

—Nosotros no creemos en nada, pero tampoco cerramos puertas a nada.

Tras aquella enigmática respuesta, Aura se disculpó y cortó la conexión. Los hechos narrados por Corvo y el informe del LIS acerca de su rescate iban a ser analizados por la organización. Hasta que esta decidiese qué hacer, debían esperar, una rutina a la que el ingeniero agradeció volver, al menos por unos días. Se encontraban acuartelados en una ubicación desconocida a la que habían llegado tras un viaje de varias horas. El paisaje que se veía al otro lado de las pequeñas ventanas no decía mucho del lugar, era un páramo amarillento atravesado por una carretera y en cuyo fondo se veían unas suaves colinas.

Justo después de la conversación con Aura, se conectó a la red para buscar información acerca de los duids. Encontró miles de sitios que hablaban de ellos, pero era difícil discernir entre aquella masa de datos un rastro de coherencia. En general, se recordaba la historia de Laura Deleda, que a los diez años encontró supuestamente, entre los mapas estelares que su padre le mostraba, un

patrón que sirvió para desvelar el puente Alfa. Poco después, la niña murió y el padre lo abandonó todo. Las causas de la muerte se desconocían, pero las especulaciones hablaban de los intentos de la Federación Occidental de explotar el talento de Laura, a lo que Adán Deleda se opuso. El halo de oscuridad y misterio que envolvía estos hechos, así como el extremo secreto de las primeras investigaciones sobre puentes estelares, crearon el mito de los genios infantiles que *hablaban* con estrellas.

A Laura la llamaron duid, palabra que se usaba entonces para nombrar a un tipo de niños autistas que, según ciertas sectas esotéricas, se comunicaban con seres de otros mundos. Aunque la niña no fuese autista, el nombre hizo fortuna. Después de ella, el mito decía que el resto de puentes habían sido abiertos con la ayuda de otros duids que las federaciones habían encontrado tras rastrear discretamente los colegios del mundo. Los métodos usados eran similares a los que Corvo había visto en Humeides: test de inteligencia muy concretos a partir de los cuales se seleccionaba a los candidatos. La diferencia era que los gobiernos podían sondear en las escuelas públicas, mientras que otros grupos, sin acceso a ese caladero, tenían que buscar en sus propias instituciones o en barrios marginales como el de Oona. Una vez descubiertos, se decía que los niños eran entrenados y explotados en los laboratorios de búsqueda antes de que sus capacidades se perdieran, lo cual sucedía siempre entre los diez y los once años. Sin embargo, Corvo, que conocía muy bien esos laboratorios, no había visto jamás a ningún niño por allí. Y sabía además sin sombra de duda que el último puente abierto, el Hades, había sido descubierto cinco años atrás gracias a los procesadores que él mismo ayudó a desarrollar.

¿Qué credibilidad podían tener aquellas historias? Quienes estaban fuera y desconocían la tecnología quizás estuvieran dispuestos a creer cualquier cosa que colmase sus esperanzas. Pero casi noventa años era tiempo más que suficiente como para que otros talentos semejantes hubiesen llenado el mundo de rutas estelares. Sin embargo, tal cosa no había sucedido. Había sido el titánico esfuerzo de científicos e ingenieros lo que había llevado a tales logros. Quizás Alfa y Omega fueran dos enormes casualidades, como afirmaban muchos, pero no dos imposibles. Cuando el Hades fue descubierto,

la tecnología ya permitía desvelar el sentido del movimiento de los astros sin recurrir a excusas como la suerte o las capacidades paranormales. Eso fue hace cinco años, la última generación de procesadores era aún más potente y no tardaría en obtener resultados. Al menos, Corvo así lo creía, otra cosa era que al otro lado hubiese un cielo o un infierno.

Aparte de especular con semejantes historias, había poco más que hacer en aquel lugar. El ingeniero aprovechó para navegar en los sitios de noticias y enseguida concluyó que los sucesos del mundo de los últimos dos años apenas le interesaban. Le resultaban indiferentes los grandes personajes del momento, las catástrofes últimas o las novedades políticas o económicas. Todo eso le parecía la continuación de una letanía lejana que repetía en cada ciclo los mismos hitos. Tampoco se sentía demasiado interesado por antiguas aficiones. Incapaz de detenerse en nada, saltó de un sitio a otro como si contemplase un río de imágenes y textos. Uno de ellos le recordó a Joel Vega, el poeta cuyos versos había citado Resa. Lo buscó, pero ninguno de los resultados de ese nombre y sus circunstancias se relacionaba con nadie conocido por la red. Finalmente, lo dio por imposible.

Salió al pequeño patio donde estaban Nezda y Oona. Cuando lo vieron, ambas callaron con una sonrisa en la boca como si disimularan al verse sorprendidas haciendo comentarios inapropiados. Corvo amagó con marcharse, pero la mujer se adelantó y le pidió que se quedase un rato con la niña. Era la primera vez que estaba a solas con ella sin el estrés de la huida y se sintió incómodo y fuera de lugar.

—¿Cómo era eso de las estrellas? —preguntó Oona.

—¿Lo de las búsquedas?

—Sí.

A Corvo le gustaba su trabajo. Después de tanto tiempo inmerso en él, lo había asimilado como parte de sí, como un pilar de su identidad que se mantenía en pie cuando todo lo demás se estaba desvaneciendo.

—En el firmamento hay muchísimas estrellas —comenzó escogiendo palabras sencillas—, y cada una es un sol alrededor del cual giran planetas y otras cosas como cometas.

Oona asintió como si lo entendiera perfectamente.

—Pero las estrellas están muy lejos, por lo que, si quieres viajar de una a otra, tardas millones de años. La única solución es encontrar un agujero, como un túnel que atraviesa una montaña.

—Sí, lo he visto en vídeos. Las naves aceleran y, de repente, están muy lejos.

—Más o menos, pero no se puede saltar desde cualquier sitio. Teóricamente sí, pero la energía que se requiere es gigantesca, casi infinita, además no sabes a dónde vas a parar.

—Hace falta un puente, ¿no?

—Un puente, un túnel o como lo quieras llamar. En realidad, es un punto concretísimo del espacio desde el cual es posible un salto con una cantidad de energía alta pero asumible, ¿entiendes? —La niña afirmó con la cabeza—. Una vez que lo encuentras, tienes que ver si ese punto se conecta con otro cerca de otra estrella.

—¿Y ya está?

—Sí, pero no es tan fácil, la mayoría de las veces son puntos ciegos, otras se conectan con lugares que están en mitad de ninguna parte, muy lejos de cualquier astro. Al final lo que buscamos es un planeta en el que poder aterrizar.

La teoría física que sustentaba aquella realidad era difícil de comprender incluso para él. Se consolaba pensando que no era más que un ingeniero, no buscaba desentrañar las leyes del universo, su trabajo comenzaba a partir de hechos comprobados.

—Es muy difícil encontrar dos puntos que se conecten de manera limpia. Para ello, tienes que hacer un mapa de pedazos de la galaxia y compararlos entre sí. Hay que calcular todas las fuerzas de gravedad de todos los objetos que tengan un mínimo de tamaño, y además tienes que seguir su movimiento. Los cálculos totales son tan inmensos que se necesitan varios superordenadores cuánticos conectados. Algunos de ellos reciben los datos de una red de telescopios, otros los procesan y los comparan... En fin, una tarea muy larga y aburrida.

—Entonces, ¿los ordenadores lo hacen todo?

Corvo dudó en su respuesta. En realidad, la respuesta podía ser afirmativa. Pero los ordenadores habían sido creados por humanos, así como sus programas y sus algoritmos.

—Nosotros les decimos lo que tienen que hacer y ellos lo hacen.

—¿Y no miráis las estrellas ni un poquito?

Oona parecía desilusionada por un final tan gris. El ingeniero no podía negar que su disgusto estaba justificado. Lo que se buscaba no era una vivencia estética, ni siquiera hacía falta salir de noche y alzar la mirada a los cielos. Desde sus despachos y laboratorios, los técnicos controlaban todo el proceso. Una sola estrella ante los ojos no valía de nada. Sin embargo, Corvo asociaba su experiencia a las imágenes de un espacio vasto plagado de constelaciones. Ese había sido su paisaje en sus ratos libres en Gándor, el otro era el de la rutina de los datos proyectados en los mapas y esquemas tridimensionales. Y ambos, aunque independientes el uno del otro, se referían a lo mismo y su mente los asociaba.

—Claro que las miramos. A veces proyectamos los mapas en una gran bóveda...

—¡Me gustaría verlo!

Las proyecciones se hacían simplemente para organizar el trabajo a partir de las áreas a rastrear. Cuando se realizaban presentaciones, incorporaban luces y efectos impresionantes. Eran similares a las que Corvo había visto en las clases de Humeides, pero con más elementos y a mayor escala, un espectáculo capaz de dejar huella en un niño. Se preguntó entonces si los duids, de ser reales, desempeñarían su talento bajo estas proyecciones. Aunque así fuese, era imposible encontrar nada en una sola de ellas, necesitarían analizar miles y relacionarlas luego de algún modo.

—Cuando pueda, te llevaré a verlo, te lo prometo. Pero ahora ya no tengo trabajo.

—¿Te han despedido?

—Algo así.

—Pues tienes que encontrar otro trabajo —ordenó la niña firmemente dispuesta a no olvidar la promesa.

Corvo se preguntó si la Esfera tendría un observatorio de búsqueda apropiado.

—Quizás nuestros amigos puedan ayudarnos.

A Oona se le iluminó la mirada. Justo en ese momento entraron Nezda y Acero.

—¡Nezda! —gritó la niña— ¿Vosotros tenéis bóvedas de estrellas?

La mujer la miró con cara de incredulidad.

—Lo preguntaré —respondió seriamente.

—Estupendo. Aarón me va a enseñar cómo funcionan.

Al ingeniero le sorprendió y le gustó que Oona le llamase por su nombre. A pesar de las penurias recientes por las que había pasado, la niña no daba síntomas de estar afectada. Enseguida se había recuperado y mostraba un carácter abierto y resuelto. El horizonte que se abría en su vida parecía entusiasmarla hasta tal punto que nada de lo que dejaba atrás le causaba ningún pesar.

Acero llamó a Corvo y le comunicó que ya estaba listo su escaneo cerebral, afuera esperaba un coche para llevarlos a una clínica cercana. Durante el trayecto, el ingeniero sintió curiosidad por las palabras del piloto acerca de los biotos icéricos.

—Iceria es pura fachada —le contestó el hombre del LIS—. Es un club de millonarios que se venden como mecenas científicos y humanitarios. En el fondo tienen creencias casi tan delirantes como las de Humeides. Piensan que la ciencia los convertirá en inmortales, en una raza nueva. En realidad, todo el dinero se lo gastan en financiar investigaciones que buscan esa inmortalidad.

—¿Y prueban sus descubrimientos en sí mismos?

—No creo. Más bien están muy seguros de lo que se hacen.

—Pero ¿no publican sus descubrimientos?

—Publican lo que les interesa. Ellos están fuera, no comparten nada. Para eso sirve Iceria, para convencer al mundo de que son gente comprometida con el progreso común por si a alguien le da por sospechar lo contrario.

La Iceria que Corvo había conocido hasta ese momento era un grupo respetado por la comunidad científica. De ser cierto lo que Acero contaba, realmente habían tenido éxito en su camuflaje. No recordaba haber leído nada sobre investigaciones secretas que no quisiesen compartir, más bien lo contrario, habían colaborado en multitud de avances tanto médicos como en otras áreas.

—Cuidan muy bien todo lo que le dan al público —le respondió el piloto cuando le hizo partícipe de estas reflexiones—, pero nunca es algo revolucionario.

—¿Y la Neogesta?

Acero le miró sorprendido.

—¿La conoces?

—Es un tratamiento de belleza, ¿no?

El piloto soltó una carcajada.

—Esa es la versión para el gran público, la buena es solo para unos pocos. Creemos que se filtró su existencia e hicieron una versión barata para ganar dinero a través de Viazyx.

—¿La empresa biomédica?

—Sí, está controlada por ellos.

Acababan de llegar. El coche entró en un ascensor y descendió suavemente hasta un sótano.

—La auténtica Neogesta es un método o un cacharro —prosiguió Acero—, no lo sabemos muy bien, un proceso de rejuvenecimiento muy potente. Ya sabes, ser viejo para toda la eternidad.

Una inmortalidad que no querían compartir, pensó Corvo, porque era incompatible con una población creciente que debía seguir su ciclo de nacimiento y muerte. Solo unos pocos, los mejores, tenían el derecho a disfrutarla. Pero ¿de qué servían los días inagotables si uno era incapaz de salir de su estrecho mundo? Quien quisiera vivir para siempre, querría también conocer las vías para llegar a otros mundos y encontrar allí los estímulos para seguir adelante.

11. PRAHELID

Estuvo sentado durante una hora con la cabeza dentro de una esfera de cristal. No sintió nada salvo una extrema tranquilidad que se derramaba sobre todo su cuerpo. La máquina, lentamente, repasaba las formas del interior de su cráneo para crear una imagen tridimensional con resolución celular. Finalizado el trabajo, le dejaron a solas en una salita con un café barato humeando entre las manos. Absorto en la espuma que manchaba los bordes de la taza, la espera pasó volando. Cuando entró el especialista, le pareció que habían sido solo unos segundos.

—Sus datos han sido procesados con los criterios de búsqueda demandados y remitidos al peticionario, ellos le informarán.

Corvo quiso que le adelantasen algo de las conclusiones, pero el hombre, con aire de funcionario, le despachó diciéndole que no le correspondía a él hacer los análisis.

—Tranquilo, lo van a estudiar con un experto y ya te dirán —le explicó Acero mientras volvían.

Ante la ausencia de cualquier informe preliminar, el ingeniero no pudo evitar especular con que hubiese algo raro en su estructura neuronal.

De regreso, Oona y Nezda estaban fuera y encontraron únicamente a un operario de limpieza. No había nada que hacer y Corvo se dedicó a pasear por la zona. En la parte trasera, una verja separaba el edificio de otros similares, casas de ladrillo rojizo y poca altura. Ninguna tenía carteles o distintivos que indicasen si se trataba de empresas o domicilios, aunque la zona no era demasiado acogedora. A un lado había un pequeño hangar, se asomó por allí con la esperanza de ver el Narval, pero solo había un par de coches y una cabina esférica con capacidad para una persona. Oona estaba dentro y Nezda le explicaba el funcionamiento del panel de control. Se trataba de un esferóptero, un vehículo de vuelo magneto-gravitatorio rasante que servía para reconocer terrenos abruptos como cañones y cordilleras, aunque su uso habitual era la inspección cercana de posibles lugares de asentamiento o explotación en otros planetas. Con el tiempo, esas tareas se dejaban cada vez más en manos de robots, por lo que la inspección humana era casi más una cuestión protocolaria, o un capricho. Corvo había conocido a verdaderos fanáticos de unos aparatos que apenas eran capaces de separarse de las superficies unos pocos metros; a cambio, permitían acercarse a un palmo de los lugares más inaccesibles y ascendían por paredes verticales con la misma facilidad con la que flotaban sobre el suelo. Él no tenía mucho que aportar acerca del pilotaje de la esfera, así que las dejó a solas y subió a la casa en busca de un interés que le sacara de aquel tedio. No encontró nada salvo la esperanza de que el LIS se apresurase a organizar su próximo destino. Al poco rato, Acero lo llamó, los resultados de su prueba estaban listos. En la sala de reuniones, la imagen de Aura flotaba proyectada sobre una pared. Su voz se escuchó como si estuviese allí mismo.

—El escáner confirma lo que ya sabíamos, tu cerebro fue intervenido en tu infancia. Lo que no podemos precisar es la edad, manejamos una horquilla imprecisa de entre los seis y los catorce años. Fue una intervención básica, suficiente para disolver ciertos

recuerdos y difuminar otros entre las fantasías infantiles que se pierden por sí solas con el tiempo.

—Nada nuevo entonces.

—Hay algo más. Tienes una segunda intervención mucho más reciente.

La sorpresa se hizo visible en el gesto del ingeniero. Aquello era algo muy poco frecuente. Normalmente, la primera intervención solía dejar remanentes que si volvían a ser tocados podían provocar la degeneración brusca de algunos tejidos. Las secuelas eran imprevisibles e incluían toda una gama de trastornos graves que iban desde la epilepsia hasta una pérdida total de memoria, habla o facultades motoras. Pero lo que tenía Corvo era algo muy preciso y sutil hecho sin duda con la mejor tecnología unos dos o tres años atrás, justo el momento en el que fue arrestado para ser enviado a Gándor. No cabía otra opción, solo podía ser obra de la autoridad federal.

—Quienes lo hicieron sabían que tu cerebro ya había sido tocado y tuvieron un cuidado excepcional, cercenaron unas pequeñas estructuras muy recientes, quizás de solo unos pocos días antes.

Corvo intentó recordar si había estado en posesión de alguna información sensible para la Federación, ¿fue eso lo que provocó su destierro y no sus contactos con la Esfera? Hizo un repaso apresurado de aquellos días. Le vino a la mente el nombre de Martial, un activista al que había conocido en la universidad y que, años después, le puso en contacto con algunos grupos de acción tecnológica que dependían de asociaciones mayores, pero allí solo intervino en unas pocas reuniones y charlas. Unos días después de esos contactos, fueron a buscarle. Lo interrogaron y contó la verdad, no tenía nada que ocultar.

—Lo que te quitaron no lo recuperarás nunca. Aunque puede quedar algún retal, un nombre o alguna imagen que venga a ti sin que sepas de dónde. Por muy minucioso que haya sido tu borrado, un dato que hubiese tenido un arraigo previo quizás pueda aún resonar en tu memoria.

Tras escuchar aquello, un nombre apareció inmediatamente en su pensamiento: Joel Vega. ¿Por qué lo recordaba tan vivamente si no era capaz de relacionarlo con nada? La mención de Resa había activado una imagen dormida que por sí sola no hubiese emergido nunca.

—¿Es posible que esa persona haya tenido alguna relación con la Esfera? —preguntó tras mencionarlo.

—La Esfera aglutina cosas muy diversas —le explicó Aura—. La mayoría de sus miembros y activistas son anónimos o muy poco conocidos. Si quieres, podemos indagar por si alguien ha oído hablar de él.

Corvo aceptó el ofrecimiento. Estaba convencido de que aquel nombre tenía que ver con su borrado reciente, y este con alguna información que los federales temían que filtrara a grupos que consideraban subversivos.

—Necesito que me contéis lo que sabéis de mí —exigió—. Tenéis que estar al tanto de mis relaciones con vosotros antes de mi detención. ¿Por qué fuisteis a rescatarme?

—Tus recuerdos borrados ocupan un segmento muy pequeño justo antes de tu arresto. Todo lo demás no ha cambiado y sucedió tal como lo recuerdas. No llegaste a ser miembro de ninguna estructura nuestra, pero tu perfil ya nos interesó entonces y, desde que supimos que tu rescate era posible, no lo dudamos.

—Entonces, ¿no tenéis un plan secreto respecto a mí?

—No, lo confidencial es el proyecto en el que queremos que nos ayudes.

Corvo recordó entonces los mapas estelares que ya le habían mostrado. La procedencia de los mismos era, seguramente, parte de ese proyecto secreto. Pero ¿por qué él? Aura le aseguró que ellos simplemente se guiaban por criterios profesionales.

—Aunque no lo creas, no es nada fácil encontrar a alguien como tú. Además, teníamos la seguridad de que no rechazarías nuestra oferta.

Al ingeniero no dejaba de sorprenderle esa confianza, más de una vez les había dado muestras de su desapego. A ellos, sin embargo, no les importaba su desdén; no le trataban como una simple apuesta, sino como algo seguro. Aura le confesó que tenían perfiles psicológicos que concluían que Aarón Corvo era leal, tenaz y afecto, a pesar de todo, a las causas de la Esfera. Aún más, sabían que fuera de las búsquedas estelares, aquel hombre no era nada. Al escuchar ese diagnóstico, un nudo se hizo en su pecho, era la intensidad de una certeza que no podía negar. No había mundo para él fuera de su oficio, este era mucho más que un trabajo con el que

procurarse un sustento, era una rutina vital que le daba sentido y sin la cual carecía absolutamente de orientación.

—Por lo demás —prosiguió Aura—, eres especialista en DAFG, procesadores Xder, protocolos entrelazados...

Aquellos términos tan familiares pasaron de largo mientras los escuchaba. Sí, él era un experto en todo eso. Aún más, cuando cerraba los ojos, veía ristas de coordenadas corriendo frente a él, o nebulosas sobre las que se iluminaban formas geométricas. Comenzó a lamentar haber seguido a aquel funcionario gris cuando le pidió que se marchara con él. En Gándor hubiese terminado muriendo de algún modo, quizás por la simple inercia de una vida vacía, y lo imaginaba como una disolución de sí mismo en la que se fundía místicamente contra el fondo infinito del universo. Ahora se sentía arrojado a un páramo sin caminos visibles, arrastrado por una fuerza invisible que le obligaba a caminar a través de la tierra seca en una dirección no elegida por él.

—¿Quién os ayudó en mi rescate? —Corvo recordó las palabras distraídas de Narés. Este había sugerido que, por sí solo, el LIS no hubiera podido sacarle de su prisión, quizás ni siquiera hubieran sabido de su paradero.

—Nadie nos ayudó —contestó Aura secamente.

—A veces los hechos suceden por sí solos —intervino Acero—. La Esfera tiene redes de inteligencia muy complejas. Sabíamos que estabas allí y se dio la oportunidad.

Para ellos, todo estaba muy claro, no había manos ocultas, ¿por qué iba a haberlas? Si querían utilizarle en sus búsquedas estelares, allí le tenían. Sus informes tenían razón, no se iba a negar a ello. Preguntó entonces cuál era el siguiente paso.

—Vendrás con nosotros a Alfa —le adelantó Aura. Allí estaban sus laboratorios de búsqueda. ¿Por qué tan lejos? Por las mismas razones por las que también las federaciones tenían instalaciones en los confines. Los observatorios solares apenas aportaban ya datos nuevos. Sin embargo, los dos sistemas exteriores miraban hacia un espacio inexplorado, y era mucho más rápido y barato procesar los datos allí mismo que mandarlos a la Tierra

Ese era su destino, pero ¿qué sucedería con Oona?

—Ella irá a la sede central de la Esfera —le informó Aura—. Corre un grave riesgo y solo allí estará segura.

¿Era únicamente su seguridad lo que les preocupaba? El ingeniero no podía evitar la sospecha de que había un interés oculto. Se irritó al pensar que también ellos quisieran testear las posibles capacidades de la niña, pero no se atrevió a acusar sin más evidencia que sus propias presunciones.

Justo en ese momento entraron Nezda y Oona. Corvo intuyó que la primera estaba ya informada del destino de la niña. Aunque apenas había hablado con ella, estaba seguro de que no le agradaba aquella separación. Semejante afección habría sido llamativa en la Nezda que conoció en Frigg, una mujer cuya vocación era la acción, y cuyo carácter encontraba su ambiente ideal en la mordacidad y en las espesuras humanas de los lugares de paso. Sin embargo, saber que Oona era alguien especial que dependía de su cuidado había despertado en ella una carencia latente, agravada sin duda por el episodio con Cúcera.

Con palabras dulces, Aura le comunicó a la niña que la trasladarían a Prahelid, la sede administrativa de la Esfera. Allí gozaría de todas las comodidades e iría a una escuela con maestros excelentes. La pequeña acogió la noticia con una inocente serenidad, miró a sus compañeros y preguntó si irían todos juntos.

—Claro —contestó Aura sin dar pie a que Oona sospechase que se despedirían tan pronto como ella estuviese adaptada a su nueva casa.

Partieron al amanecer desde un pequeño aeródromo. Era la primera vez que Oona volaba y se pasó casi todo el viaje admirando las vistas y maravillándose por el diminuto mundo que se movía por el suelo. Cada vez que divisaba algo sorprendente o desconocido, lo señalaba y buscaba explicación en Nezda o Corvo. Al ingeniero le agradaba esa facilidad para la fascinación, una cualidad a la que no estaba acostumbrado y de la que no le quedaba ninguna huella, si es que alguna vez la había tenido. Supuso que sí, aunque recordaba su infancia como un tránsito gris y sin sobresaltos. De nuevo repasó su biografía y no detectó ningún vacío sospechoso en el que pudiese encajar un borrado de memoria, no porque recordara muchas cosas, sino más bien porque sus primeros años estaban salpicados de imágenes borrosas y distantes. Guardaba algunas impresiones generales de su etapa en el colegio, donde fue un estudiante desordenado, pero brillante. De entre los sucesos concretos que recordaba, había

un test que concluía una inteligencia muy superior a la media y una actitud de rechazo a la autoridad. Seguramente hizo muchas más pruebas como aquella y quizás alguna sirvió para captarle como candidato a duid. ¿No había escuchado preguntar a Círodde, durante el escáner al que le sometieron, si era posible llegar a la fase duid?, ¿qué quería decir con aquello?, ¿participó en algún experimento cuyos ecos le fueron extirpados? Era la única hipótesis que se le ocurría para explicar su primer borrado de memoria. Quien fuera el causante, la Federación o Humeides, seguramente conservaría un informe de todo, un archivo ultrasecreto en el que aparecería su nombre junto al del resto de infelices que compartieran su suerte.

El trayecto duró poco más de una hora. En la parte final, fueron engullidos por una nube densa y compacta que yacía sobre la llanura. Bajaron rompiendo sus jirones de niebla hasta que estuvieron a pocos metros de la pista. Entonces divisaron las formas curvas de Prahelid. Todas las casas eran bajas, de no más de tres pisos, e irregulares, construidas con un barro no disimulado y salpicadas de miradores de los que colgaba la vegetación.

A los pies del avión, los esperaban Aura y un hombre encorvado y canoso cuyo rostro estaba moldeado por una sonrisa perpetua. Se presentó como Geroim, pedagogo y coordinador educativo. Todas las bienvenidas fueron para Oona, mientras que Corvo fue recibido con un distante apretón de manos.

Acero y Nezda desaparecieron enseguida sin dar explicaciones y el ingeniero fue llevado a una modesta residencia al final de la espina central, una vía peatonal animada y acogedora. La sede de la Esfera no era un lugar aislado, sino un pequeño barrio anexo a la ciudad de Prahelid. Su trazado irregular era muy diferente a las anchas cuadrículas de Humeides y por sus paseos transitaban abiertamente todo tipo de personas. Una vez instalado, lo despidieron y lo dejaron solo. Al separarse de Oona, no sabía muy bien si volvería a verla. Ella, por el contrario, parecía segura de ello.

—Cuando tengas un nuevo trabajo, me avisas —se atrevió a decirle.

No pasó mucho tiempo hasta que Daniel Acero vino a buscarle. Ya que no podían partir inmediatamente hacia el sistema de Suria, querían ponerle al tanto de algunos datos preliminares. En una sala aislada, tenían en red varios ordenadores de última generación. Un

solo técnico estaba al cargo de todo, un andrógino de melena plateada llamado Vada Garz que le explicó el funcionamiento del sistema.

—Pero todo esto ya lo conocerá usted muy bien —le decía con voz meliflua cada vez que le mostraba algo. Corvo sabía perfectamente qué era cada cosa, aunque no estaba al tanto de los últimos modelos comercializados de procesador. Cuando pudo al fin echar un vistazo a las prestaciones de aquellos, se dio cuenta de que no incorporaban nada que no conociese de antes de su exilio. Y los programas que utilizaban no tenían las mejoras que habían hecho en Gándor, carecían incluso de avances que eran ya de uso habitual en los grandes centros de las federaciones desde antes de su marcha.

Vada Garz era consciente de sus limitaciones y se excusó diciendo que aquella no era una estación de búsqueda y que solamente se dedicaban a comprobar ciertos datos y rutinas que las federaciones les proporcionaban. Existía un acuerdo internacional para que los resultados de las búsquedas fueran públicos pasado un tiempo. Un acuerdo que no se cumplía, como sabía muy bien Corvo y como debían saber sin duda en la Esfera. A pesar de ello, se imponían la obligación moral de llevar a cabo aquella tarea inútil. Su modesto sistema no hubiera podido descubrir relaciones o simetrías que no estuviesen ya prefiguradas.

Se entretuvo revisando el historial de procesos, pero no había nada interesante. Era, más bien, una colección de aburridos casos típicos. Preguntó sin mucha esperanza si no tenían nada mejor.

—Ya sabe —respondió Garz con fingida aflicción—, nos lo dan todo muy mascado y sin sombras de duda. Pero tenemos nuestros secretos.

Corvo arqueó las cejas. Con una sonrisa cómplice, Garz le señaló un directorio. Todo lo que allí había eran fragmentos de procesamiento mayores; aun así, parecían más interesantes que los datos oficiales que proporcionaban las federaciones.

—Esto es lo que consiguen nuestros hackers, ¿son buenos, eh?

Eran datos de calidad, pero con los que apenas se podía hacer nada, faltaban miles de piezas para componer con ellos un mapa coherente.

—No están mal, pero son solo piezas aisladas.

—Ya, poco a poco. Mire esto de aquí.

Era una presentación gráfica simplificada de algunos de los archivos. Los repasó rutinariamente por compromiso hasta que, a mitad del recorrido, algo le llamó la atención. Era un mapa muy sencillo, una destilación de una búsqueda mayor hecha para mostrar sus datos esenciales. Inmediatamente, se acordó de los mapas que Humeides enseñaba a los niños. Más adelante encontró otro similar, y esta vez tuvo la certeza de que lo había visto antes en aquellas clases.

—¿De dónde habéis sacado esto?

—No puedo responder, es confidencial. Además no lo sé, la procedencia está encriptada.

Pero había algo más en aquellas líneas y puntos que expresaban coordenadas, simetrías y relaciones estelares de todo tipo. Le recordaban no solo a lo visto en la sede de la secta, sino también a los pedazos que Aura le había enseñado de camino a Merga. Estuvo a punto de preguntar si guardaban allí también esos datos, pero se contuvo. Quizás no fuesen importantes y los habían sacado al azar de aquel repositorio, pero también era posible que otros criterios hubiesen intervenido en su selección. Prefirió guardarse para sí estas sospechas y se excusó íntimamente diciéndose que su trabajo con la Esfera era puramente técnico, no estaba allí para ayudarles en sus conspiraciones. Si ellos le pedían que comparara datos de procedencias distintas, lo haría. Si no, haría las comparaciones por sí mismo y aprovecharía la información como mejor le conviniese.

Lo que estaba claro era que, por debajo de las instituciones públicas, funcionaba una red de tráfico de datos que implicaba no solo a los servicios de inteligencia, sino también a multitud de sujetos particulares que hacían negocio con ello. Era algo intuido por muchos, pero cuyo alcance casi nadie conocía. Si la Esfera había conseguido aquello por esas vías, muchos otros podían hacerlo. Otro tema era el observatorio de origen, imposible de conocer en unos datos fríos y sin señas de identidad. El juego en el que finalmente todos parecían embarcados era el de recopilar mapas de segunda mano como quien compra piezas de un puzle para, poco a poco, intentar reconstruirlo. Él también podía jugar, y tenía la singular ventaja de haber visto desde dentro algunas de las piezas que dos de las fuerzas actantes atesoraban, además de su amplio conocimiento de los resultados de la Federación Occidental.

Cuando salió a conocer su nuevo lugar de acogida, un sol intenso le pegó en la cara, despertó entonces de su ensimismamiento y se dio cuenta de la facilidad con la que caía absorto en la maraña de coordenadas que su mente reproducía convulsivamente. Le pareció entonces que la posibilidad de que un fugitivo como él pudiese componer por sí solo algo aproximado a una ruta era una fantasía absurda. Aun así, no era capaz de poner diques a ese impulso, sentía la necesidad de sumergirse en aquellos datos como si en ellos hubiese un paisaje real que desentrañar, más real incluso que el mundo de afuera que ahora contemplaba.

La espina central de la ciudadela estaba cerrada al tráfico y flanqueada por hileras de setos bajos y espinosos. La gente subía y bajaba a pie o en bicicleta. Al ver pasar a un ciclista, recordó que desde su infancia no había montado en una. Siempre, incluso después de sus estudios de ingeniería, le había admirado la sencilla tecnología de unas máquinas que, después de tantos años, aún seguían utilizándose. Se preguntó cuánto se tardaría en llegar pedaleando hasta Suria y, con estos cálculos en la cabeza, se perdió cuesta abajo.

12. LA PRUEBA

—¿Ves cómo brilla?

Geroim manipulaba unos sensores que hacían aparecer y desaparecer unas pequeñas luces en mitad de la habitación.

—¿Puedo probar?

—¡Claro!

Oona posó cuidadosamente sus manos sobre el cristal, una a cada lado de la placa. Si las abría y cerraba, las luces palpitaban como si fuesen faros en una costa nocturna, y si las desplazaba, todo cambiaba de sitio. Cada zona respondía a la acción de un dedo o de la palma, era como manejar un títere sin hilos.

—A ver si logras alinear las luces amarillas —le retó Geroim.

La niña, absorta en el juego, dejó de manipular al azar e intentó encontrar el sentido de sus movimientos. Poco a poco, relacionó sus acciones con lo que sucedía frente a ella y no tardó en alcanzar

el objetivo propuesto. El instructor la animó entonces con desafíos cada vez mayores hasta que llegó el punto en que Oona no fue capaz de dominar las luces.

—Tranquila —susurró el hombre mientras la veía obcecada en sincronizar las complicadas secuencias—, es solo un juego.

Ella lo ignoró y siguió intentándolo. Geroim esperó pacientemente a que se cansara, pero tal cosa no sucedió, cuando parecía que la jugadora había perdido el control, se rehizo hasta lograr colocarlo todo en el orden propuesto. Aura y otro hombre que habían entrado en mitad de los retos se miraron con gesto de asombro.

—¡Muy bien! —exclamó Geroim—. Has alcanzado un nivel muy alto en tu primera sesión, tienes verdadero talento para este juego.

Oona lo escuchó con una sonrisa de orgullo.

—En mi barrio jugaba a una cosa parecida, el *Spacialoop*, ¿lo conoces?

—No —contestó el pedagogo—, ¿es un juego de consola?

—Sí, mi amigo Mox tiene una y yo siempre le ganaba.

—Se te dan bien los juegos —dijo Aura desde atrás.

—¡Soy la campeona de mi calle!

—Aquí lo pasarás muy bien. El juego es uno de los pilares de nuestro sistema educativo.

—Utilizamos la ludodinámica —puntualizó Geroim.

Oona nunca había escuchado aquella palabra, pero supuso que debía de ser algo bueno si realmente se trataba de jugar. El colegio, sin embargo, no le había parecido nada extraordinario, era tan solo un grupo de salas limpias y bien equipadas a las que asistían unos pocos niños de todas las edades. En la casa de Saama Ruz, las aulas eran amplias, frías y desnudas, se veían las tuberías del techo y no tenían ni siquiera un proyector. A pesar del poco tiempo que había pasado allí, lo echaba de menos. Las monjas eran cariñosas con todos y lo único que exigían, aparte de asistir a las clases, era recitar extrañas oraciones acerca de un padre y su hijo. Ella no sabía lo que era tener padre y se preguntaba siempre si era real ese del que hablaban, que amaba a sus hijos y los protegía. Los padres de sus amigos nada tenían que ver con eso, el suyo mismo la abandonó nada más nacer, era obvio que ni la amaba ni la protegía. Pero le daba igual, había crecido con esa ausencia y no echaba de menos nada. Vivió la muerte de su madre cuando apenas sabía hablar y

sobrevivió gracias a su abuela en un entorno en el que la melancolía se apagaba pronto.

—Mañana empezarán las clases regulares en el colegio —le informó Geroim—. Daremos algo de lengua y veremos cuál es tu nivel en matemáticas.

—Mi nivel es bueno en todo —respondió Oona.

Quienes trataban con aquella niña se sorprendían enseguida de su atrevimiento y arrogancia. Aceptaba cualquier reto y no se daba nunca por vencida. No lo hacía sin embargo para destacar sobre los demás o para impresionar a nadie, sino para demostrarse a sí misma que podía. Si la vida le había puesto todo tipo de obstáculos, ella había forjado su voluntad para enfrentarse a ellos. Muy pronto adoptó como lema que, si cualquier otro podía hacer algo, ella también era capaz, y casi nunca se equivocaba. Además, los estímulos de los últimos días la habían sobreexcitado. Se encontraba de repente en un mundo en el que el orden imperaba y todos le prestaban una atención especial. Había olvidado ya la ilusión del Colegio del Bosque, la nueva y abrumadora realidad se imponía y sus sentidos trabajaban frenéticamente para asimilarlo todo.

Sus compañeros de clase no se parecían en nada a los ruidosos y maleducados a los que estaba acostumbrada, todos allí escuchaban con verdadero interés lo que los maestros decían. Al principio, se sintió cohibida frente a la soltura con la que participaban y respondían a las preguntas de Tiana, la profesora. Notaba además una actitud compasiva hacia ella, y no le gustaba. La habían acogido con educación, pero era evidente que no era uno de ellos y marcaban distancias. La más acusada tenía que ver con que su nivel de conocimientos estaba muy por debajo de la media del grupo. Por primera vez se sintió inferior y a ese disgusto se sumó la vergüenza. En mitad de la clase, comenzó a sentir una rabia interna que la llevó al borde de las lágrimas. Se preguntó entonces qué hacía en aquel lugar, por qué había abandonado su barrio y la casa de Saama Ruz. Pero al pensar en su huida, no sintió rencor hacia el hombre que la había sacado de allí, ahora sabía que él la había salvado. Aunque era un hombre extraño y distante, le gustaba, le parecía honesto y no percibía en su fondo intereses ocultos. Además, gracias a él había conocido a Nezda, en la que veía la misma sinceridad y hacia la que se sintió muy cercana desde el primer momento. Ella le contó

que había salido también de un barrio pobre y que, gracias a su esfuerzo, había conseguido pilotar naves espaciales y viajar de una estrella a otra.

Absorta en estos pensamientos, su rabia se aplacó. Cuando la profesora pasó junto a ella, las miradas de ambas se cruzaron. La sonrisa de Tiana quería ser acogedora, pero hizo que se percibiese como un cuerpo extraño en aquella clase. Todos hacían lo posible para que no se sintiera incómoda, pero no esperaban nada de ella. Deseó con todas sus fuerzas salir e ir en busca de Nezda y Corvo. La profesora les pidió que redactasen un pequeño texto en respuesta a una pregunta que no escuchó. Cuando vio que todos escribían, se sintió avergonzada y no se atrevió a preguntar qué era lo que había que hacer. Viéndola paralizada, Tiana se acercó y le preguntó amablemente si se encontraba bien. Oona no respondió, se encogió de hombros y apretó el gesto para contener el llanto hasta que no pudo más. Cuando sus ojos se humedecieron, dejó bruscamente su silla y salió corriendo de la clase. Nadie fue tras ella.

Llegó hasta el final del pasillo y se quedó allí mirando por la ventana. Geroim acudió enseguida, se quedó unos pasos tras ella y esperó a que la niña notara su presencia. Luego se acercó, se agachó y le preguntó qué le sucedía.

—Quiero ir con Nezda y con Aarón.

El pedagogo se dio cuenta de que aquel apego no iba a ser fácil de romper.

—Ellos están ocupados ahora —improvisó Geroim—. Cuando puedan vendrán a verte.

No hubo más clases aquel día. Los instructores tomaron nota de la actitud de Oona y elaboraron su informe. A última hora, se llevó a cabo la prueba matemática. Se buscó un ambiente informal lo más alejado posible de la seriedad de un examen. Primero, Geroim, Aura y el tercer hombre que ya había estado en la sala de juego charlaron amigablemente con la niña y le preguntaron acerca de su barrio y sus aficiones. Luego le hablaron de los planes de estudios. Para ellos, no se trataba de competir ni de superar pruebas, sino de adquirir competencias y encontrar cada cual su talento. El modo en que lo planteaban estaba milimétricamente calculado para que los niños tuviesen la impresión de que elegían verdaderamente su futuro.

La primera parte de la prueba consistió en unos pocos ejercicios básicos que Oona resolvió enseguida. Después le plantearon un par de test sencillos y, para finalizar, unos juegos de lógica en los que debía relacionar figuras y encontrar simetrías. La niña se olvidó por un instante de sus preocupaciones recientes y disfrutó descubriendo las trampas que ocultaban los enunciados y dándole sentido a los enredos geométricos que se le presentaban con dificultad creciente. Cuando finalizó, se sentía reconciliada consigo misma.

—Se te da muy bien la lógica espacial —sonrió Geroim después de contrastar los resultados con una plantilla.

—¿Cuál es mi nota? —preguntó Oona segura de la respuesta.

—Está perfecto.

—Tienes nivel suficiente para nuestras clases —intervino Aura, no debes preocuparte por nada.

—Te enseñaron bien en tu anterior escuela —afirmó el acompañante desconocido.

—En casa de Saama Ruz solo estuve unas pocas semanas. Antes iba al colegio algunos días y otros no.

—Entonces eres autodidacta.

El elogio consiguió que por fin dejara atrás la ofuscación anterior, de nuevo se sentía inflamada por la atención entusiasta de aquellas personas. Antes de despedirse, se dirigió a Aura.

—Señora —le dijo tímidamente—, me gustaría ver a Nezda, usted la conoce, ¿verdad? Ella es mi amiga.

—Claro, en cuanto pueda vendrá a verte. Mientras tanto, aquí harás muchos otros amigos.

La niña aceptó la respuesta, carecía de armas para detectar si había sinceridad en ella o era simplemente una excusa para demorar el encuentro. Pero, aunque inocente, era tozuda y no iba a olvidar aquella petición.

Durante los días siguientes, tuvo que acostumbrarse a sus nuevos horarios. No le gustaban ni la rutina ni las dinámicas de enseñanza. La perspectiva lúdica pretendía hacer el estudio más ameno, pero no se eliminaban las exigencias académicas. Ella no estaba acostumbrada a la disciplina. En los colegios en los que había estado apenas había control, su única función era que los niños no estuviesen deambulando por las calles; una vez dentro, no había medios ni profesores para mantenerlos quietos. Tampoco

logró hacer amigos. Era incapaz de entenderse con sus compañeros, todos ellos provenían de buenos barrios y tenían familias que les pagaban todo. A ella, sin embargo, nadie le pagaba nada, ¿por qué estaba allí entonces?, ¿tan importante era? Desde su salida del orfanato, sus sentidos habían estado saturados por la excitación de la huida y los cambios de paisaje, pero cuando esa vorágine cesó, se descubrió atrapada en una organización que veía como algo extraño.

No dejó de añorar a Nezda y Aarón, ellos eran la puerta de acceso a sus nuevas ilusiones. Nadie más le ofrecía nada aparte de unas enseñanzas que no le gustaban y que muy pronto comenzaron a resultarle demasiado simples. Aquella impresión de la primera clase se apagó pronto. En cuanto pudo dedicar algo de atención a los contenidos, se dio cuenta de que no solo los dominaba, sino que avanzaba en ellos con gran facilidad. Se le daba especialmente bien todo lo relacionado con las matemáticas y la lógica, pero también los idiomas. Las asignaturas que requerían memorizar le parecían aburridas y apenas les prestaba atención. Disfrutaba resolviendo enigmas como los del primer test, sabía que era buena en ello y los instructores no dejaban de constatarlo.

Como en sus ratos de ocio no tenía con quien jugar, buscó formas de entretenerse en soledad, pero la sala de recreo virtual no le gustó, todos los juegos estaban medidos para ajustarse a un patrón educativo. En su barrio, en cambio, uno podía encontrar casi cualquier cosa. Quiso salir a explorar las calles de Prahelid, pero no la dejaron pasar de los límites de la ciudadela. En aquel estrecho lugar no había donde esconderse ni pandillas que pulularan por las calles sin rendir cuentas a nadie. La vida diaria era como un paseo continuo de gente que daba la impresión de saber siempre adónde se dirigía. Le sorprendía ver lo limpio y cuidado que estaba todo, no había edificios en ruinas y bajo el asfalto brillaban tiras de luces de colores. Un pequeño riachuelo se enroscaba entre los edificios y terminaba desapareciendo bajo tierra en un parque al final de la ciudadela. Allí uno podía verlo caer en cascada desde una plataforma de un cristal tan claro que pisarlo era como estar en el aire. En la parte de abajo, se formaba un lago bordeado de piedras sobre las que saltaban unos patos grises con plumas azul turquesa en el cuello. Una tarde, mientras los miraba, se encontró con Nezda.

—Me dijeron que estarías aquí —dijo la mujer.

Oona dio un brinco de alegría y corrió a abrazar a su amiga.

—¿Por qué has tardado tanto?

—Tenía mucho trabajo, estamos preparando un viaje.

—¿Me llevarás?

—No puedo, es un viaje peligroso.

—Yo puedo ir, mi barrio también es peligroso y nunca me ha pasado nada.

Nezda le explicó que los viajes espaciales eran muy caros y solo las personas elegidas podían ir en ellos.

—¡Jo! —refunfuñó Oona—. Por lo menos, ¿me enseñarás la nave?, ¿está aquí?

—Sí, en los hangares... —La niña soltó un grito de alegría—. Pero de momento no se puede visitar, la están revisando.

—Vale, pero tú me avisas, ¿ok? —Oona apuntó amenazadoramente con su dedo índice.

—Claro —aceptó Nezda con una sonrisa y cambió de tema—. Cuéntame, ¿qué tal te va por aquí?

Oona puso cara de disgusto.

—Me aburro un poco.

—¿No has hecho amigos?

—No, los niños de aquí son muy raros. Son unos siesos.

—¿Siesos? —Nezda se echó a reír.

—Sí, lo decía mi abuela.

—Y las clases, ¿qué tal? Ya sabes que necesitas aprender mucho para llegar a pilotar naves o para contar estrellas.

—La mayoría de las cosas que nos enseñan no sirven para eso.

Oona le explicó sus avances en las distintas materias y durante un rato se contaron las anécdotas más cómicas que cada una de ellas fue capaz de recordar de su paso por el colegio.

—Sabes que soy la mejor en los puzzles lógicos —exclamó Oona desafiante.

—¿Qué puzzles son esos?

—Los de relacionar puntos, líneas, encontrar figuras y todo eso. En casa de Saama ya hice algunos y saqué las puntuaciones más altas.

—Ah, sí, ¿cuándo?

—Justo antes de mi huida.

—¿Y eran las mismas preguntas?

—Sí, era casi igual.

Nezda ató cabos enseguida. Según el relato de Corvo, esas pruebas habían sido diseñadas por Humeides y fue justamente el éxito de Oona en ellas el desencadenante de los hechos posteriores. ¿Por qué tenía la Esfera interés en realizarlas? Según lo que sabía, la organización había asumido la responsabilidad de proteger a la niña y buscarle una familia más adelante. Eso incluía su escolarización temporal en las instalaciones de Prahelid, para lo cual podía ser comprensible que le hubiesen realizado algunos test preliminares, pero la niña le confirmó que le habían estado proponiendo todos los días pruebas del mismo tipo cada vez más complejas.

—¿Dónde está Aarón? —preguntó Oona.

—No le he visto mucho últimamente.

—¿Sabes si tiene ya un trabajo?

—¿Un trabajo en un observatorio?

—Algo así.

—Aquí no tenemos observatorios, solo unos cuantos ordenadores procesando sin parar. La verdad es que no sé muy bien lo que hacen.

—Cuando le veas, dile que no se olvide de mí.

Nezda le prometió que así lo haría, pero evitó comentarle que el ingeniero era uno de los elegidos para ir en ese viaje peligroso, y que allí adonde se dirigían, a millones de kilómetros de distancia, era donde estaban los observatorios estelares que la niña tanto deseaba conocer.

13. DINERO PERDIDO

Vada Garz era tan solo un técnico informático, mantenía las máquinas funcionando y ejecutaba programas que otros habían diseñado. Aparte de él, no había nadie que tuviese unas competencias que se acercasen mínimamente a las de Aarón Corvo. La sede de la Esfera en Prahelid era sobre todo un centro político, abundaban las oficinas y los lugares de reunión, pero no había institutos de

investigación. Lo más parecido era el pabellón de los comités científicos, adonde llegaban los emisarios que traían noticias de los establecimientos que colaboraban con la Esfera. Uno de estos era un laboratorio de búsqueda situado en algún lugar exterior, financiado y mantenido gracias a una pequeña parte del presupuesto general. No recibían subvenciones públicas ni colaboración de ningún centro privado o universidad. El campo de la búsqueda interestelar era visto por la opinión pública como una tarea opaca y lejana cuyos frutos caían casi por casualidad muy espaciadamente. Ese trabajo callado y lento no tenía ningún producto que vender para el día a día ni soluciones a los problemas acuciantes, y por ello no era necesario que se rodease de una retórica publicitaria en torno a sus virtudes humanistas. La colaboración se establecía únicamente para aunar fuerzas, pero marcando siempre los terrenos de cada cual. Y la fuerza la daba el dinero. La Esfera, cuyos medios eran suficientes para mantenerse como una organización sólida, carecía sin embargo de ellos para competir en la investigación científica.

Era eso lo que inquietaba a Corvo, que no veía nada clara la capacidad de la organización para rivalizar con las grandes potencias mundiales. Sabía que, básicamente, todo se reducía a dos fuerzas enfrentadas: las dos federaciones internacionales. En el ámbito de cada una, los poderes privados colaboraban parcialmente con el fin de sacar rédito a las patentes que pudiesen aportar, pero el control de las rutas era finalmente de los poderes estatales. Quizás lo que la Esfera pretendía era algo diferente: aprovecharse de la información ajena obtenida gracias a esa red de inteligencia de la que presumían, para lo cual no hacía falta un observatorio, bastaba con ampliar las instalaciones que ya tenían. Si su intención era otra, necesitarían entonces de algún ingrediente con el que solo ellos pudiesen contar. Para compensar sus carencias tecnológicas, Humeides depositaba sus esperanzas en la búsqueda y entrenamiento de niños con facultades sobresalientes. Pero los círculos no gubernamentales, ¿con qué contaban? Difícilmente podrían lograr nada gracias a sus espías; todo lo más, difundir retales de información secreta que encontrasen aquí y allá. Ante esta situación, Corvo temía que el interés de la Esfera en Oona fuese más allá de la mera ayuda humanitaria.

Otra cuestión era el uso que se le diese a los resultados obtenidos. Finalmente, todos querían el dominio de las rutas viables. Pero

si los augerianos las querían para su uso exclusivo, la Esfera, ¿cómo pensaba poner a disposición de la humanidad sus descubrimientos? Lo único que estaba a su alcance era hacer público aquello que otros querían secreto, pero al final solo quienes poseyeran una mínima flota estelar podrían viajar de una estrella a otra.

—¿Cuánto ganaba usted?

Cuando quiso darse cuenta, tenía el aliento de Vada Garz sobre la nuca.

—¿Cómo dices?

—¿Cuánto le pagaba el gobierno?

Corvo, sorprendido por la pregunta, tardó un rato en comprender. Las filas de datos caían ante él como una lluvia constante. De vez en cuando, el escaneo se detenía, unas coordenadas se resaltaban e inmediatamente eran depositadas en el contenedor de parámetros preconfigurado. Los ingenieros no tenían que hacer nada, solo vigilar que las máquinas siguiesen funcionando. Después de pensarlo, dijo por fin una cifra.

—¡Guau, menudo pastizal! —chilló Garz.

—¿Tú crees?

Ciertamente, era mucho dinero. Cuando le arrestaron, tenía en su cuenta una gran suma que utilizaba solo para las cuestiones más básicas. Desconocía qué había sido de su capital, si lo había perdido para siempre o estaba congelado a la espera de que alguien lo reclamase. En cualquier caso, era para él un dinero inalcanzable, y no le preocupaba. De hecho, no había pensado en ello desde su arresto hasta la impertinente pregunta.

—Con esos sueldos, normal que no podamos contratar a nadie —se quejó Garz.

—¿Y a quién tenéis trabajando ahí fuera?

El técnico se encogió de hombros y dobló el labio inferior en un exagerado gesto de ignorancia.

—Si es que hay alguien —puntualizó Corvo—. Yo trabajaba en la Tierra, pero en las estaciones exteriores los sueldos se triplican.

—Quizás no haya nadie y sea usted el elegido para poner en marcha nuestro gran proyecto. —Corvo no fue capaz de discernir si estas palabras, pronunciadas en tono solemne, iban en serio o eran una más de las ironías de aquel sujeto. Cansado de él y de la monotonía de los interminables procesos, decidió que ya había visto suficiente.

Al norte de la ciudadela se acumulaban los bares frecuentados por activistas. Se acercó hasta allí guiado por las líneas que latían bajo las aceras. El extenuante calor de aquel día le había traído el recuerdo de la cerveza fresca.

Se metió en el primer local que encontró. La estancia imitaba una cueva separada de la calle por un cristal negro. La barra estaba al fondo y en el centro había un río vertical proyectado desde un agujero que dejaba ver el cielo. Metió la mano en la corriente y la sacó totalmente seca.

—Bonitos juegos de luces —dijo una voz a su espalda.

Daniel Acero le miraba desde la barra. Junto a él había un desconocido que se presentó como Marek. No había previsto encontrarse con nadie; de hecho, no lo deseaba, pero una vez allí no se le ocurrió ninguna excusa para rechazar la compañía.

Los dos hombres le hablaron de la rutina de los preparativos del viaje que pronto emprenderían. Marek era un técnico de mantenimiento aeronáutico, uno de los responsables de que el Narval tuviese todos sus módulos en óptimo funcionamiento. Por su parte, el ingeniero les relató sus impresiones acerca de la sala de procesadores, aunque tenía poco que contar más allá del aburrimiento pasado allí.

—¿Conoces el lugar al que vamos? —La curiosidad de Corvo escondía un abismo de dudas que no quería expresar abiertamente.

—He cruzado Alfa dos veces, pero no conozco el observatorio. No sé exactamente dónde está, lo sabremos al llegar allí.

—Pero ¿existe?

—Claro que existe. —Acero lo miró con sincera sorpresa—. Lo acaban de instalar y tú nos ayudarás a ponerlo en marcha.

—¿Y no te parece extraño que no me hayan dado ninguna especificación sobre el lugar? No sé qué equipos ni qué programas usan; si voy a trabajar allí, me vendría muy bien saber todo eso cuanto antes.

—Mira, Aarón, yo no tengo ni idea de por qué hacen las cosas como las hacen. Si no quieren revelar información, sus motivos tendrán.

—Es normal —intervino Marek—. Yo estuve una vez en una estación marciana y hasta que no llegué allí no sabía con qué iba a trabajar, solo que iba a hacerlo en el mantenimiento de lanzaderas.

—No habrá nada que no conozcas, así que no te preocupes.

Al ingeniero no le tranquilizaron las explicaciones, pero estaba claro que aquellos dos hombres no podían decirle mucho más.

—¿Y Nezda? —preguntó con fingida indiferencia.

—Está preparando sus cosas para la salida —contestó Acero con naturalidad.

Corvo no halló palabras con las que aplacar su curiosidad sin mostrar un excesivo interés, así que prefirió dejarlo pasar. Se giró hacia el río de luz y se quedó observándolo durante un rato.

—Te intriga, ¿no es así?

—¿Perdón? —El ingeniero se volvió hacia sus acompañantes, estaba claro que Acero sabía perfectamente lo que se le pasaba por la cabeza.

—Tiene un pasado como todos —prosiguió el piloto—. Pero el suyo es un pasado muy jodido. Estuvo en el ejército y luego en esa empresa de mercenarios, Kazyurg. No sé qué le pasó con ellos, la metieron en la cárcel y allí le borraron parte de la memoria, no sé mucho más. Si se lo preguntas y la pillas de buen humor, no te dará más explicaciones. Te dirá que tiene un montón de tiempo borrado y no se acuerda de casi nada, y creo que es sincera.

—Un borrado amplio puede conllevar muchos problemas.

—Ella lo aguanta todo, pero las secuelas están.

Quiso preguntar cuáles eran esas secuelas, pero no le pareció oportuno y se contuvo. Le bastó con imaginarlas. Al menos, por lo que había conocido de ella, continuaba teniendo el dominio de sí misma, y eso demostraba una gran fortaleza.

—¿Y Cúcera?

—Es un mercenario. Le hemos investigado y está fichado en todas partes, pero tiene muy buenos amigos y es difícil pillarlo. Entra por una puerta y sale por otra.

—No creo que Humeides tenga tanto poder —sugirió Corvo y los otros asintieron. Alguien más tenía que ser el protector de aquel sujeto.

—Ah, por cierto —exclamó Acero—, tengo una cosa para ti. Un amigo mío estuvo indagando acerca del tal Joel Vega y encontró esto en una base de datos en desuso de antiguos cooperantes.

El ingeniero tomó el papel que le tendieron, en él había escritas unas coordenadas.

—No hay mucho de él —continuó el piloto—, solo su nombre y esa dirección. No tengo ni idea de si vive ahí. De hecho, si buscas más cosas no aparece absolutamente nada en ninguna parte.

Corvo asintió, él mismo lo había intentado en mil lugares y no había obtenido nada. Los datos habían sido concienzudamente borrados de todos los servidores del mundo. Solo uno que no estuviese conectado a la red, como aquel del que había salido esa información, podía contener aún algo.

—¿De qué lo conocía Resa?

—Sabe muchas cosas, tiene más años de los que parece.

Realmente Resa no aparentaba ninguna edad, su rostro había sido tantas veces recompuesto que podría tener treinta o cien. Corvo se guardó la nota con la esperanza de que le fuese de utilidad para saber algo más acerca de Vega.

—¿Crees que me dejarán salir unos días? —preguntó.

—Claro, no estás preso. Pero volverás, ¿no?

Si no lo hacía, ¿irían tras él? En todo caso, era una duda inútil, todos sabían que sí regresaría.

Al salir del bar, ya en su cuarto, buscó las coordenadas y comprobó que caían en una zona aislada en las laderas de un valle montañoso. Recorrió la carretera más cercana e intentó desviarse por algún camino que le acercase al punto exacto, pero ninguno de ellos estaba mapeado. La vista aérea tampoco permitía distinguir lugares habitados, tan solo se intuían algunas construcciones ocultas bajo el bosque.

Al día siguiente pidió un coche y, para su sorpresa, se lo concedieron. Según sus cálculos, tendría que viajar durante casi todo el día y hacer noche antes de la vuelta. No avisó a nadie de su marcha y partió por una autopista al norte de Prahelid. Durante un largo trecho, el único panorama era la urbanidad dispersa de las afueras, polígonos industriales, centros comerciales con grandes letreros giratorios y urbanizaciones ocultas tras murallas de setos. Poco a poco, todo eso fue desapareciendo y el campo desnudo ganó terreno, pero cada escasos kilómetros, el espacio abierto era roto por nuevas aglomeraciones que reproducían sin sorpresas los mismos patrones.

Condujo durante varias horas hasta el desvío de una carretera comarcal que ascendía por un terreno quebrado. Las curvas le llevaron

unos cuantos kilómetros más por una cadena interminable de lomas; tras una de ellas, un horizonte devastado se abrió bajo las ruedas del coche. El asfalto se inclinaba bruscamente para descender por el borde de un agujero tan inmenso que el extremo distante apenas se distinguía, era como si hubiesen arrancado un pedazo de tierra con una cuchara gigantesca. Las paredes estaban marcadas por una hilera espiral que subía desde un fondo tan negro que parecía abismarse más allá del manto terrestre. No se veían por ninguna parte restos de máquinas, aunque no era descartable que en algún rincón de la gigantesca mina aún quedasen vetas por explotar.

La carretera rodeaba gran parte del cráter hasta una estación industrial abandonada. A partir de ahí, el terreno accidentado se suavizaba y atravesaba una breve llanura antes de adentrarse en el valle que Corvo buscaba. Mientras lo recorría, cruzó una sucesión de pueblos semiabandonados cuyas ruinas se mezclaban con los baches de una calzada que debía de llevar décadas sin mantenimiento. Paró en uno de ellos a descansar. A lo lejos se veían algunas casas que aún parecían habitadas, aunque no vio a nadie moverse cerca. El resto era una amalgama de muros caídos entre el abrazo de una vegetación que se clavaba en cada grieta. Calculó que debía de haber ascendido por encima de los mil metros. El aire fresco y la humedad eran sin duda preferibles al calor asfixiante de Prahelid.

Consultó su móvil y vio que le quedaba poco más de una hora de trayecto. Cuando estaba a punto de retomar la marcha, vio a una mujer caminando entre las casas del fondo. Parecía alguien salido de otro tiempo, o que viviera en un mundo abandonado en el que las grandezas tecnológicas del progreso carecían de sentido. La mujer se perdió cuesta abajo y Corvo se quedó pensando si quizás hubiera podido pedirle alguna indicación. Habría sido tan solo hablar por hablar, su navegador le guiaba con mayor exactitud de lo que pudiera hacerlo cualquier paisano, y no creía que nadie por allí conociese a Joel Vega.

Según avanzaba, la desolación era cada vez mayor. El asfalto de la carretera de montaña estaba descompuesto y obligaba a circular con extrema precaución. Cuando llegó por fin al camino que llevaba al punto de destino, tuvo que parar para inspeccionar el terreno. Se trataba de un estrecho sendero de tierra con dos rodadas hundidas en un molde de barro seco. No había espacio para dos vehículos, así

que condujo lentamente hasta una curva en la que se abría un arcén de hierba donde era posible dejar el coche sin cortar el paso. Desde allí, avanzó a pie hasta que el camino se apretó contra una pared rocosa. Encontró antiguas cabañas abandonadas, seguramente de pastores, y señales de actividad rural. Un puente elevaba el camino sobre un riachuelo y, más adelante, una verja oxidada lo separaba de un claro con restos de leña esparcida y algunos tocones recientes.

Al otro lado del río, oculta entre el ramaje de los fresnos, había una casa de piedra gris. Era evidente que quien viviera en semejante lugar no deseaba tener trato con el mundo. Mientras buscaba un paso para llegar a ella, se preguntó acerca de lo extraño de aquella dirección, unas simples coordenadas en las afueras de todas partes. Sin embargo, aparecía consignada junto a un nombre. Si era una invitación o simplemente una broma, o una falsedad, pronto lo descubriría.

Se aproximó despacio, pero sin ocultarse por temor a que los moradores, si es que había alguien, le tomaran por un intruso. La casa estaba pegada a un abrigo y aprovechaba para su construcción las mismas piedras desprendidas de este. Si no fuera por las dos ventanas cuadradas con marcos de madera y la puerta del mismo material, hubiese pasado totalmente desapercibida como una simple mole gris. El césped de alrededor de la entrada había sido segado y no muy lejos asomaban las matas de algún cultivo. Aparte de eso, no había más detalles de habitación.

Se paró ante la puerta y la golpeó con suavidad. Esperó durante un largo rato sin que se escuchase más sonido que el de la naturaleza alrededor. Buscó otra entrada, pero la casa no tenía parte trasera, sino que se empotraba directamente contra las peñas. Se acercó a la orilla y la siguió hasta un huerto desordenado que se fundía con la vegetación salvaje. Exploró los alrededores, pero no halló ningún otro rastro. Alguien vivía allí sin duda, pero no estaba o se ocultaba. Volvió a llamar dos veces más, ambas con el mismo silencio por respuesta.

Quizás, después de todo, aquella aventura no fuese sino un arrebatado absurdo, una huida en busca del vacío que rodeaba las palabras de ese nombre que le asediaba. Vencido por tales dudas, se sentó sobre una piedra. Se acercaba el atardecer y para entonces tenía que encontrar un sitio para pasar la noche. Estaba claro que por allí no había nadie dispuesto a alojarle, así que tendría que regresar al

coche y dormir en él. Un pájaro gris se posó sobre un matorral que cerraba el paso entre dos árboles. El animal le recordó a Osiek, aunque este no tenía el mismo colorido, y de Cúcera pasó a Nezda. Se esforzó por un momento en imbuirse del sosiego del lugar, pero la imagen de la mujer no se marchó. Ella le sacaba de la indiferencia y removía en él la frustración por su incapacidad para mostrarse como algo más que un advenedizo desinteresado del mundo.

Notó un ligero movimiento tras el matorral. El pájaro había volado sin que se diese cuenta. Se acercó muy despacio y, al mismo tiempo, un hombre se alzó. Era más bien una criatura salida del fango y la hierba, un rostro cubierto por una maraña de pelo gris salpicado de ramitas y hojas, y un torso desnudo y flaco tensado por las arrugas que bajaban desde las axilas hasta el vientre.

Se miraron durante un instante largo e intenso. El aparecido caminó alrededor del matorral que los separaba. Llevaba unos pantalones gruesos con tirantes caídos a los lados y blandía una rama tallada.

—¿Vive usted aquí? —preguntó Corvo.

El hombre le husmeó de arriba abajo como si tratase con un animal desconocido.

—¿Te has perdido? —respondió con voz espesa y apenas audible.

—No, estoy buscando a alguien.

—El camino está ahí mismo, síguelo y llegarás a la carretera.

—Conoce a Joel Vega.

—Ahí está el camino.

El hombre se volvió hacia la arboleda por la que había venido.

—¡Espere! —gritó Corvo—, ¿cómo se llama usted?

—¡Yo no tengo nombre!

El ingeniero fue tras él, pero el viejo siguió su camino gesticulando como si quisiera espantar una alimaña.

—No recibo visitas —bramó.

—¿Es usted Joel Vega?

—No he oído ese nombre en mi vida, ¡déjame en paz!

—El poeta... *La Tierra sueña con el agua...*

—¿Quién te envía? —La punta del palo giró súbitamente y se quedó parada sobre el mentón del intruso—. Solo ella conoce este lugar. Ella te ha traído hasta aquí.

—Encontré el sitio por unas coordenadas junto al nombre de Joel Vega.

—¡Ella lo puso ahí!

Si *ella*, fuese quien fuese, conocía el paradero de Vega, no podía ser un enemigo.

—¿Quién eres? —El viejo seguía sosteniendo firmemente su tosca lanza— ¿Por qué te ha traído hasta aquí?

—Mi nombre es Aarón Corvo. —La mirada agresiva del hombre que le amenazaba le decía claramente que un nombre no le serviría de nada—. Soy ingeniero especialista en búsquedas interestelares.

Vega apartó lentamente su arma y la apretó contra su pecho. Cerró los ojos, miró al cielo y comenzó una letanía salpicada de gemidos.

—Bajé de los cielos hasta la zarza luminosa, la salamandra me enseñó el camino, su cola se enroscaba en la corriente... —fueron algunas de las frases que Corvo entendió.

Finalmente, abrió los ojos con una sonrisa descompuesta. Corvo esperó a que reaccionara, pero el viejo estaba hundido en sí mismo y el ingeniero tuvo tiempo de observarlo atentamente. De cerca, el rostro era una máscara arrugada y contraída bajo la barba exuberante.

—¿Quieres comer? —sugirió Vega de repente como si nada de lo anterior hubiese sucedido.

14. LA CORNAMENTA DEL CIERVO

El interior de la casa estaba revestido por láminas vegetales que aplacaban la frialdad de la piedra. Aparte de la escasa luz que entraba por las ventanas, solo había una bombilla alimentada seguramente por un panel solar situado en algún lugar elevado y abierto al sol. Además, los únicos lujos tecnológicos eran un pequeño horno y una estufa eléctricos. El mobiliario era tan austero como pudiera serlo el de la celda de un anacoreta antiguo: un catre duro y dos sillas de madera que rodeaban una mesa asimétrica sobre la que había unos papeles sucios. Había también un baúl del que Vega sacó dos platos y dos tazas.

—A veces pasan por aquí los lobos —dijo mientras ponía agua a calentar—. Hace muchos años desaparecieron, luego los volvieron a traer y ahora la gente se ha olvidado de ellos, pero están ahí.

—No vive mucha gente por aquí.

—No —Vega se quedó mirando hacia ninguna parte como si buscara una respuesta adecuada, pero enseguida olvidó el tema y continuó con su tarea. Lo hacía todo muy despacio, como si cada detalle fuese un hecho fundamental. Colocó las tazas con cuidado y las giró hasta que estuvieron a su gusto. Luego anduvo con pasos cortos y medidos hasta la tetera que pitaba sobre el horno y la agarró encajando minuciosamente los bordes del asa en los pliegues de su palma.

—Es usted Joel Vega, ¿verdad? —preguntó Corvo mientras le llenaban la taza de una infusión que no pudo identificar.

—No hace falta nombre aquí. No para los lobos, los sapos, los erizos o los mirlos. Mire lo que tengo. —Depositó cuidadosamente sobre cada plato un puñado de moras.

—Gracias. ¿Por qué me aceptó cuando le dije a qué me dedico?

—Las estrellas son poderosas —respondió Vega e hizo una reverencia.

—Y *ella*, ¿tiene que ver con las estrellas?

—El sol es una estrella.

Corvo no sabía muy bien cómo abordar a aquel hombre. Daba la impresión de llevar aislado muchos años, tan ajeno a los asuntos del mundo como lo estuvo él mismo en su reclusión de Gándor.

—¿Conoce la Esfera? Usted fue activista en alguna de sus organizaciones, ¿verdad?

Vega soltó una risita mientras saboreaba una mora. Las tenía en su mano, las miraba y las movía como si fueran bichos con los que juega un niño. Si recordaba algo de aquel pasado, no parecía tener interés en compartirlo. Quizás también a él le faltaran recuerdos, ¿era posible que su aparente locura fuese el producto de un trauma asociado a alguna intervención de ese tipo? Sin embargo, no era ningún loco, sino más bien alguien que, voluntariamente, se había alejado de la civilización y mimetizado con la soledad de un valle que pervivía como una cicatriz improductiva y olvidada en mitad del mundo de la circulación masiva. Corvo miró su móvil y comprobó que, justo en aquel punto, la cobertura era casi nula.

—Miras piedras. —Vega lo decía todo con expresiones enigmáticas, un lenguaje entre poético y desvariado que huía de lo indicativo y se solazaba en la sugerencia y el acertijo.

—Creo que ha sido una insensatez venir hasta aquí —se lamentó Corvo para sí.

—Pero no has venido, ella te ha traído.

—¿Quién es ella?

—Zaya. Ella me puso aquí, me sacó de la muerte y me protege. Cuida de los lobos y desvía los caminos lejos de los prados de flores. No le gusta que nadie pise sus flores.

—¿Por qué me ha traído?

—¡Solo ella sabe!

—El nombre de Joel Vega es para mí como una piedra de una tonelada que flota en mitad de mi cabeza, pero no se apoya en nada, ¿de qué lo conozco?

—No me conoces.

Ciertamente, podía afirmar que jamás había visto a aquel hombre. Quizás le habían borrado su imagen de la mente, desde luego su visión no había removido nada en su memoria. Pero también era posible que su conocimiento del nombre estuviese desvinculado de la figura real de su portador.

—¿Y usted me conoce a mí?

—No te conozco.

—Me borraron la mente, dos veces. La primera de niño, la segunda hace poco más de dos años.

El viejo escuchaba como quien se deleita con un cuento. De vez en cuando, cogía una mora y se la metía muy despacio en la boca. Corvo se daba cuenta de que su biografía era para él un rumor no muy distinto al de la corriente del arroyo; aun así, continuó.

—Estuve preso en Gándor, ¿ha oído hablar de Gándor? —Vega lo miró con indiferencia—. Está en el sistema solar de Frigg, al otro lado del puente Omega.

—Omega, sí, Omega.

—¿Lo conoce?

—Yo lo encontré.

Corvo se quedó mudo, no esperaba una respuesta semejante, ¿a qué se refería aquel hombre?

—¿Encontró? ¿Cómo?

—Sí, miré al cielo —Vega alzó la cabeza como si sobre ellos estuviese la bóveda celeste— y me puse a contar estrellas, una, dos,

tres, cuatro, cinco, seis, siete, hasta que apareció una luz que dibujaba una cornamenta de ciervo. Y ahí estaba.

¡El ciervo de Frigg! El ingeniero dio un brinco. Por supuesto, conocía el símil de la cornamenta, era la forma que adquiriría un mapa simplificado y esquemático de la ruta hacia aquel sol. Vega no estaba desvariando totalmente, sabía de lo que hablaba.

—Eso fue hace cincuenta y nueve años, ¿cuántos años tenía usted?

—Los mismos que el lobo.

Corvo miró atentamente a aquel hombre e hizo un cálculo. A pesar de su aspecto miserable y avejentado, tenía fuerza, se movía con agilidad, su visión era buena y conservaba la dentadura en un estado aceptable; estaba muy lejos de ser alguien decrepito. Era, más bien, un hombre que está en los inicios de su vejez alrededor de los setenta, a no ser que se hubiera sometido a algún tratamiento rejuvenecedor, lo cual no parecía muy probable.

—¿Era usted un niño entonces?

—Todos fuimos niños entonces.

—¿Cómo fue?

—Conté innumerables veces, día y noche. La lluvia caía y no había gotas suficientes para llenar ese cuenco.

Sus palabras eran demasiado crípticas y el ingeniero necesitaba algo más concreto y reconocible.

—¿Vio usted la espiral en la punta, a treinta y siete pasos del centro? —Se le ocurrió que, si Vega conocía el ciervo, quizás también conociese otras figuras asociadas al mapa de Frigg.

—Conté trece millones quinientos cincuenta y dos. Todo en línea recta. La espiral tiene quince grados, más allá están las estrellas del lomo del cocodrilo, vistas desde Júpiter eran como las cimas de una cordillera. Luego las uní una a una, la primera vale cuatrocientos doce en quince millones trescientos diez, la segunda seiscientos noventa y dos...

Vega entró en trance y comenzó a recitar una salmodia de números. Corvo se dio cuenta de lo que sucedía, el ermitaño estaba describiendo de memoria la matriz del puente Omega. Él mismo había estudiado a conciencia aquellas coordenadas y tenía algunas grabadas en su mente. Rápidamente, agarró el lápiz que había en la mesa junto a los folios y se puso a anotar los números. Uno tras otro, los sistemas estelares del lomo del cocodrilo fueron ubicados,

era el movimiento simétrico de estas estrellas lo que hacía posible el puente. Las coordenadas se recalculaban a cada instante para tener siempre localizada la ruta, hasta que alguna perturbación cósmica, no prevista hasta dentro de miles de años, la sepultase. Lo que Vega recitaba eran los datos originales, el puente primero tal como se publicó en su día. Tras varios minutos, la salmodia alcanzó su final y su autor volvió pacíficamente a sus frutos. Corvo, muy excitado, salió de la casa en busca de cobertura. Corrió como un loco hasta que encontró una salida que lo sacó de la estrecha cañada. Subió con el móvil en la mano por una pendiente oscurecida por las sombras del atardecer. Cuando llegó arriba, vio por fin que su conexión era suficiente. Allí, bajo la escasa luz de las vetas anaranjadas que el sol terrestre dejaba en su caída hacia el oeste, buscó los datos oficiales y los contrastó uno a uno con sus anotaciones. La exactitud era total.

De vuelta en la casa, observó en silencio a Joel Vega. Ya no le quedaba ninguna duda de qué era aquel hombre. No necesitaba más confirmación.

—¿Fue usted un duid?

La pregunta no fue bien recibida. El viejo hizo un gesto de desagrado y negó con la cabeza.

—Esa es una palabra terrible, no debes llamar así a nadie.

—Lo siento... —Corvo quiso disculparse, pero su anfitrión había salido de su letargo y comenzaba a dar muestras de que ya no le apetecía la visita.

—Amigo, tengo cosas que hacer —dijo con cierto nerviosismo—, los lobos me reclaman.

—Está oscureciendo, necesito un lugar para pasar la noche.

—Ella te dará cobijo, ve a verla. —El viejo estaba cada vez más nervioso, abrió la puerta e indicó el camino de vuelta. No paraba de repetir que no podía hacer nada por el visitante y que fuera a verla a ella, Zaya la guardadora de lobos.

Fuera cual fuese el pasado de aquel hombre, su presente era una soledad elegida por él. El ingeniero aceptó que ya no había nada que hacer allí, tenía más que suficiente. Aunque su hipótesis estuviese asentada en unos pocos pilares, estos eran firmes. Concluyó que Vega había sido usado en su infancia para la búsqueda interestelar, quería olvidar aquellos hechos y quizás ya lo había logrado salvo

por algunos restos de palabras e imágenes dolorosas. Todo ello lo purgaba aferrándose a la imagen inocua de los números asociados al lomo del cocodrilo, que tenía grabados en su memoria como pequeñas gemas encastradas en roca firme. En algún momento anterior a su detención, Corvo había tenido acceso a alguna información reservada sobre Joel Vega, algo que le impactó profundamente, y su borrado de memoria tenía que ver posiblemente con eso. Ignoraba las circunstancias de todo ello, así como la razón por la que aquel nombre se había salvado de la intervención, pero intuía que su reciente interés por los duids no era algo casual.

Para volver a su coche, tuvo que caminar a través de una oscuridad casi total. Consiguió al menos que Vega le pusiera en la orientación correcta al otro lado de la valla oxidada. Desde ahí, no le fue difícil conectar con la senda principal. Al llegar, comió lo que tenía preparado y se acomodó lo mejor que pudo en el asiento trasero bajo las mantas que había traído para la ocasión. Pasó un largo rato sin poder apartar su atención de los sonidos irreconocibles que llegaban de fuera. Imaginó que los lobos de Vega andaban por allí cerca husmeando o que él mismo andaba al acecho. Más de una vez se sobresaltó al notar que algo rozaba contra los bajos del vehículo. Se tranquilizó pensando que todo era el producto de una imaginación sugestionada que exageraba los estímulos procedentes de un entorno desconocido. Con estas ideas cayó dormido hasta que un golpe le despertó. Aún era de noche, pero se adivinaban ya las primeras luces. Tardó un rato en desligarse de su reciente sueño y darse cuenta de dónde estaba, aún tenía presente un río que bajaba por una suave pendiente rocosa, a sus orillas iban a beber los lobos y al fondo se veían unas montañas azules cuyo perfil resplandecía como si una hilera de soles se ocultase tras ellas.

Cuando salió, comprobó la causa del golpe que le había despertado, una enorme piña yacía sobre el techo del vehículo. Pensó en bajar al arroyo cercano para lavarse la cara, pero inmediatamente desechó la idea. El agua real no era como el agua de los sueños; sabía que la mayoría de los cauces estaban seriamente contaminados y aquel no estaba tan lejos de la civilización como para fiarse de él. Además, en cuanto se despertó, comenzó a tener la sensación de que al lugar no le agradaba su presencia. Él tampoco se sentía a gusto allí. No le parecía un campo virgen en el que reposar de

los agobios mundanos. Era, más bien, un paraje antaño arrasado y que aún causaba una sensación opresiva. Por todas partes se veían los restos de antiguas explotaciones forestales o agrícolas, actividades ya abandonadas que habían dejado profundas huellas sobre las que crecía una naturaleza retorcida que pugnaba por conquistar de nuevo su terreno. Era inútil intentar comprender qué era lo que Vega veía en aquel lugar. Quizás había preciosos rincones ocultos, o quizás no había ninguna razón más allá del propio sosiego interior que encontraba allí.

Deshizo su camino apresuradamente sin prestar atención al paisaje hasta el primer local donde pudo tomar un café. Tras otras tantas horas en la monotonía de la autopista, llegó a Prahelid agotado y con la espesa impresión de estar cubierto por la suciedad de un largo tiempo a la intemperie. Se tiró sobre la cama, pero enseguida se le echaron encima las conclusiones que había sacado durante la vuelta. Por muy cansado que estuviese, no era capaz de quedarse allí tirado. Se dio una ducha y salió en busca de alguien con quien hablar, pero ¿quién de allí podía escucharle? Más aún, ¿quién podría creerle? Repasó su historia y se dio cuenta de su escaso sentido: había conducido durante horas para encontrarse con un viejo ermitaño que se refugiaba en una cabaña de piedra, casi una cueva, y este le había confesado ser quien encontró el puente Omega. Estaba convencido de que, si iba contando semejante historia, muchos creerían que se había convertido en uno de tantos aficionados a los relatos esotéricos, a las fantasías absurdas de quienes no se conforman con la realidad cruda y carente de misterios.

Mientras caminaba sin rumbo, reconoció a Nezda a lo lejos. No la había visto desde su llegada y tenía la sensación dolorosa de que le había estado evitando, pero ahora eso ya no le importaba. Cuando se acercó, ella no le recibió con la distancia que había imaginado; al contrario, también andaba buscando a alguien con quien hablar, pero no a cualquiera, sino precisamente a él.

—¿Dónde has estado?

—Hice una pequeña excursión. —Corvo se contuvo y no dio más detalles de su salida.

—Ayer hablé con Oona.

—¿Qué tal está?

—Me dijo que no te olvidaras de ella.

—Y no lo hago. —El ingeniero era sincero. Desde su reciente descubrimiento, su preocupación por la niña se había multiplicado.

—Me contó algo, pero no sé si tiene alguna importancia.

—¿Qué?

—Me dijo que le han estado haciendo las mismas pruebas aquí que ya le hicieron en el orfanato, justo antes de que intentasen llevársela los de la secta.

—¿Aquí, en Prahelid?

—Sí, he pensado que quizás son pruebas normales.

—¡No, no lo son! —La dureza del tono sorprendió a Nezda—. Esas pruebas solo sirven para medir capacidades muy específicas, no tienen sentido en una escuela normal, que es adonde supuestamente querían llevarla.

—Entonces, ¿qué quieren de ella?

—Quieren lo mismo que Humeides, están buscando niños con capacidades especiales, niños *duid*.

Nezda no sabía muy bien cómo reaccionar ante semejante acusación. Carecía de conocimientos para rebatir los argumentos de Corvo y confiaba en la organización para la que trabajaba.

—Si eso es cierto, y esos niños existen realmente, ¿por qué no podemos aprovecharlos nosotros?

—¡Porque buscar puentes interestelares no es como buscar setas! —El ingeniero estaba cada vez más alterado—. Es una tarea intensiva que dura años, y si es verdad que sus capacidades se extinguen cuando comienza la adolescencia, esos niños son sometidos a un entrenamiento acelerado y explotados hasta dejarlos exhaustos.

—Pero ¿y si no existen y todo es un cuento?

—Da igual si existen o no, la cuestión es que ellos lo creen, y aunque no estuvieran seguros no van a dejar pasar la oportunidad de comprobarlo en vivo, y para ello tendrán que llevársela de la Tierra y encerrarla en una estación a millones de kilómetros.

—¿Por qué iban a hacer eso? —Aquellas palabras espantaron a Nezda, que no terminaba de aceptar lo que escuchaba.

—Porque el entrenamiento y la búsqueda necesitan datos ingentes. Sería una pérdida de tiempo que la entrenasen con lo que hay almacenado aquí en la tierra. Querrán hacer las dos cosas a la vez y eso solo es posible con los datos frescos que proporcionan las estaciones de fuera.

Si Corvo tenía razón, las promesas que le habían hecho a Oona acerca de su futuro eran solo excusas para retenerla. Ese futuro era incierto y dependía de si realmente decidían utilizarla, y por mucho que la Esfera pregonase un humanismo respetuoso con la libertad de todos, no iban a dejar pasar semejante ocasión. Intentarían hacerlo sin duda con el mayor tacto posible, pero era inevitable que la niña fuese finalmente forzada más allá de su voluntad. Ante una perspectiva semejante, ninguno de los dos sabía muy bien qué hacer, tan solo estaban de acuerdo en que debían protegerla. Nezda se aferraba a la idea de que las nefastas predicciones del ingeniero eran solo el fruto de un pesimismo exagerado. Este, sin embargo, se obligaba a mirar los hechos desde la neutralidad. Sabía que su distanciamiento era, en aquella ocasión, una ventaja, pero también era consciente de que eso no le libraba de albergar prejuicios ocultos que sesgasen su visión de los hechos. ¿Por qué no iba la Esfera a poder aprovechar las capacidades de Oona?, ¿cómo podía estar seguro de que, si así lo hacían, tal cosa implicara necesariamente la anulación de su voluntad? Sin embargo, lo estaba, una intuición poderosa le decía que ese era el triste destino que todo duid tenía escrito. ¿Quién podía evitar que se cumpliera?

15. LOS NIDOS DE LAS CIGÜEÑAS

Tras su encuentro con Nezda, el parque de los patos, como le gustaba llamarlo, se convirtió en uno de los lugares favoritos de Oona. Siempre que tenía tiempo lo visitaba y a veces se encontraba allí con alguno de sus compañeros, con los que había llegado a establecer una buena relación, pero sin llegar a la amistad. A dos de ellos, Ander y Greda, les propuso una tarde una aventura: meterse por un pequeño túnel de desagüe que había en la parte más oculta de la orilla del lago, tras unos setos. La boca estaba tapada por una verja, pero con un poco de maña era fácil quitarla. La propuesta no fue bien recibida, Ander se excusó diciendo que sus padres lo esperaban en casa, era obvio que tenía miedo de meterse en líos, mientras que Greda le dijo sin más:

—Sabes que te vigilan, ¿no?

—¿Me vigilan? ¿Quiénes?

—Todos, Geroim, Aura, el señor Mofeta, los bedeles y hasta la cocinera gorda.

Oona miró a su alrededor, ¿habría alguien en aquel momento observándola? Aparte de los paseantes casuales que atravesaban el parque, un hombre leía sentado en un banco y, más allá, uno de los jardineros, un hombre viejo de manos nudosas, andaba ocupado revisando los sistemas de riego.

—¿Ellos también me vigilan?

—Seguramente.

—¿Y si me meto yo sola en la tubería?

—No es muy profunda y al otro lado hay unos barrotes gruesos, así que esperarán a que salgas.

—¿Y por qué me vigilan?

—Para que no te escapes.

La respuesta la dejó atónita. En ningún momento había pensado en huir, tan solo en explorar un poco más allá de los límites del barrio.

—¡Veremos!

Saltó de piedra en piedra hasta la entrada del túnel. En el interior, tuvo que caminar agachada y pisando las paredes curvas para evitar el reguero de barro del suelo. Avanzó unos pocos metros hasta que tuvo a la vista los barrotes del final. Cuando llegó a ellos, los agarró y jugó a hacerse la forzuda, pero eran sólidas barras de acero entre las que le cabía un brazo y poco más. El otro lado era una pendiente sucia que caía hasta un cauce semiseco. Más allá, las afueras de Prahelid se extendían hasta el límite de una circunvalación. No había nada extraordinario, pero se quedó allí un rato mientras imaginaba la intranquilidad que tendrían que estar sintiendo los supuestos vigilantes. Cuando se cansó, salió muy despacio sin temor a que la vieran, pero no había nadie esperándola. En el parque, tal como los había dejado, seguían el hombre del banco y el jardinero. Greda y Ander se habían marchado.

Pensó en acercarse al jardinero y preguntarle directamente, entonces vio a Lidia, una bióloga que se ocupaba de vigilar la fauna urbana del barrio y que había llegado hacía poco. El día anterior se habían conocido y enseguida habían hecho buenas migas. Se acercó

y la mujer le enseñó las anillas que ponían a las aves y le explicó cómo se hacía el seguimiento.

—Me podrías poner un anillo a mí también —pidió Oona.

—¿Para qué? —Lidia la miró sorprendida con la risa a punto de saltar de su boca.

—Para que no me escape.

—Pues aquí la tienes.

Oona extendió su tobillo y la bióloga le colocó una estrecha cinta negra.

—Te queda muy bien.

—Sí, es como una pulsera de tobillo.

—Tobillera.

—¡Eso! Así no me puedo escapar.

—¿Pensabas hacerlo?

—Eso dicen.

—¿Quiénes?

—Las malas lenguas.

Lidia no pudo evitar una carcajada.

—Si pudieras volar como los patos, ya estarías lejos.

—Si pudiera volar, me iría a visitar estrellas.

—¿De verdad? ¿Te gustaría?

—Sí. Conozco a un maestro que me va a enseñar todo lo que hay que saber de ellas, y tengo una amiga con una nave espacial que me va a llevar.

—Tienes muchos amigos, eso está bien.

—Pero no los veo casi y me aburro un poco.

—¿Por eso quieres huir?

—¡No quiero huir! —protestó la niña—, solo digo que este sitio es muy aburrido. En mi barrio podía ir adonde me diese la gana.

—¿Y aquí no?

—No me dejan ir al otro lado de la valla, tienen miedo de que me escape o me haga daño.

—Es normal —Lidia le acarició una mejilla—, el mundo de ahí fuera no es seguro.

—No creo que sea peor que mi barrio.

—Pero aquí no conoces a nadie. —Una pequeña luz comenzó a parpadear en la pantalla que llevaba la bióloga—. Tengo que irme, otro día te enseño los nidos de las cigüeñas.

—¿Dónde están?

—En aquel tejado. —La mujer señaló un edificio cilíndrico que terminaba en una cúpula de tejas azules—. También hay algunos fuera, pero como no puedes salir tendremos que mirarlos con prismáticos.

—¿En qué dirección?

—Hacia allí, por donde has salido. —Al verse descubierta, Oona fingió una mueca de enfado que acabó en una sonrisa—. ¿No viste el cosmódromo?

La niña abrió mucho los ojos y preguntó a qué se refería.

—Desde la boca del túnel se ve el cosmódromo del que parten las naves espaciales, con esto podrás verlo bien.

Lidia le tendió unos pequeños prismáticos que plegados cabían en la palma de la mano. Tras despedirse, Oona se hizo el firme propósito de mirar con ellos a través de las rejas en cuanto tuviese oportunidad. Durante el paseo de vuelta, se detuvo varias veces a probar su nuevo juguete. Al principio, las hojas de los árboles se posaban borrosas en la punta de su nariz, pero con un leve giro del cristal se volvían nítidas. Así se demoró inspeccionando lejanas señales de tráfico, marcos de ventana y caras de señores que caminaban al otro lado de la acera.

Al entrar en la residencia, guardó el artefacto y se puso a observar disimuladamente a los funcionarios con los que se cruzaba. Todos ellos seguían su rutina como si nada especial sucediese a su alrededor, pero la niña no podía dejar de imaginar que todos ellos fingían. Aquel protagonismo camuflado de indiferencia no le desagradaba, pero no por vanidad, sino porque introducía algo de interés en la inercia previsible de cada día. Si no sucedía nada, era porque todos estaban a la expectativa de los pasos que daba aquella niña tan importante.

Al día siguiente, Geroim se presentó durante las clases y Oona, que había asumido completamente su nuevo papel, esquivó intencionadamente su interés. Al pedagogo no pareció importunarle y se limitó a decirle que esa misma tarde le harían un nuevo test. Aquello fastidiaba sus planes de ir a mirar con los prismáticos y comenzó a preguntarse si los exámenes periódicos tenían algo que ver con la supuesta vigilancia, no se le ocurrían otros motivos. Las pruebas eran cada vez más complejas y las superaba siempre con

la máxima nota, así que tenía que haber alguna razón oculta para tuviesen ese interés en ella.

Como siempre, el test se realizó en una pequeña sala de proyecciones. Los problemas aparecían sucesivamente y Oona tenía que resolverlos antes de que las imágenes cambiaran. Estas no eran fijas, sino que incorporaban figuras en tres dimensiones, movimiento y transparencias de profundidad con las cuales era posible ensayar distintas opciones de superposición. En aquella ocasión, los acertijos fueron excepcionalmente complicados y tuvo que concentrarse especialmente. Tenía facilidad para ello; de hecho, le gustaba entrar en aquel singular estado en el que todo a su alrededor desaparecía y solo quedaban frente a ella los ejercicios propuestos, convertidos entonces en esquemas purificados de todo accidente superfluo a su sentido lógico. Una vez lograda la perfecta concentración, su mente se acoplaba con las imágenes como si lo interior y lo exterior fuesen una misma realidad. Así fluía entre ellas y enseguida, con una facilidad innata que no era capaz de explicar, hallaba las relaciones. Una vez terminada cada sesión, se sentía pletórica, como si aquella actividad tan ajena al mundo en el que había crecido realizase sus potenciales más plenos.

Las mismas sensaciones tuvo esta vez y de nuevo acogió con placer y algo de vergüenza las felicitaciones habituales. Acostumbrada ya al éxito, recuperó pronto su habitual curiosidad, miró desafiante a los dos adultos que analizaban los resultados y preguntó con descaro:

—¿Y esto para qué vale?

—¿Perdón?

—¿Para qué valen todos estos exámenes?

—Son pruebas de aptitud —respondió Geroim.

—¿De aptitud de qué?

—De inteligencia espacial, de cálculo, esas cosas...

—¿Para qué?

El pedagogo y su compañero se miraron como si buscasen en el otro una excusa para aplacar el interrogatorio. Fue Geroim el que tomó la iniciativa y le aseguró a Oona que se trataba de tener un perfil suyo lo más detallado posible. Todos los niños lo tenían, pero ella, como acababa de llegar y no había estado en buenos colegios, carecía de él. Aquello serviría para orientarla en sus futuros estudios.

—Pero no hay preguntas de lengua ni de historia, siempre es lo mismo —respondió la niña con tono de desconfianza.

—Tus aptitudes en esas materias ya las comprobamos a lo largo de las clases, no debes preocuparte por nada.

—¿Cómo las comprobáis si no hacéis exámenes?

Los adultos volvieron a intercambiar una mirada furtiva. La niña notó un conato de sonrisa en el instructor cuyo nombre desconocía, como si aquella curiosidad infantil les resultase divertida, y no le gustó.

—Cada materia tiene sus dinámicas —contestó Geroim—. Sabemos que eres buena en lengua porque hablas y escribes bien. En historia no requerimos que memoricéis nada, solo que comprendáis lo que os contamos, y eso lo vemos cuando dialogamos en clase. En matemáticas y en ciencias haces los ejercicios normales, como en todas las escuelas...

—¿Y estos exámenes son normales?

—No son exámenes, son pruebas de aptitud como ya te he dicho. Estas en concreto sirven para muchas cosas en el mundo actual y es bueno que las entrenes.

—¿Para qué? ¿Para pilotar naves o para explorar estrellas, por ejemplo?

—Sí, por ejemplo, entre otras muchas cosas.

Aquello apaciguó de momento las ansias inquisitoriales de Oona. Hasta esa respuesta, el resto de explicaciones no le habían resultado demasiado convincentes. Se daba perfecta cuenta de que su origen no era el mismo que el de los otros alumnos. Ella era la única refugiada, la única que recibía una educación sin pertenecer a aquel entorno. Contra eso, solo le quedaba la ilusión de que habían visto en ella un talento especial y por eso la orientaban precisamente hacia esos fines que tanto anhelaba.

Pasaron dos días hasta que al fin pudo disponer de una tarde libre para acercarse al parque de los patos. Durante ese tiempo, se olvidó en parte de la idea de que la vigilaban. Nada sucedía a su alrededor que confirmase tal cosa, así que terminó por cansarse de ir mirando de soslayo y de meterse en puertas prohibidas para ver si alguien, alarmado por su ausencia, iba en su busca.

Pero no olvidó el regalo de Lidia. Cuando por fin se puso en camino hacia el parque, las calles estaban salpicadas por los charcos

de una tormenta reciente. En algunas zonas, el asfalto negro era un espejo y se entretuvo saltando entre las zonas secas y mirando con sus prismáticos las imágenes que se reflejaban en el agua. Si ampliaba las nubes del suelo y luego movía levemente el agua para formar ondas uniformes, era como si el mismo cielo vibrase en el cristal de aumento.

Probó a hacer lo mismo en el lago, pero allí el líquido era turbio. Con los prismáticos puestos en el ojo se acercó hasta la tubería, en sus paredes se notaban aún las marcas del nivel alcanzado por el reguero de desagüe. Por fortuna, el torrente había pasado ya y era posible caminar de nuevo por el interior. Había zonas cubiertas por un barro reciente y tuvo que trepar por los laterales para sortearlas. Al llegar al final, una maraña de ramas había quedado retenida por la reja. Después de retirarlas, se acomodó en cuclillas, sacó la nariz entre dos barrotes y se puso a mirar al otro lado con los prismáticos bien sujetos. Se había hecho la ilusión de que enseguida vería naves elevándose, pero no había nada particular en el panorama que tenía delante. Más allá de la carretera, el campo se perdía cuadriculado por las fincas. Pensó que quizás una de aquellas superficies valladas era lo que buscaba. Desde la distancia, los objetos aparecían sin mucho detalle, pero era capaz de reconocer todo lo que veía y no había nada semejante a una nave espacial. Buscó nidos de cigüeñas y tampoco encontró nada. Empezó a pensar que estaba mirando hacia donde no era, pero ¿hacia dónde mirar?

Mientras intentaba examinar las zonas laterales, sintió que un barrote se movía. Se detuvo un instante a comprobarlo y sin mucho esfuerzo lo separó de su sitio; al verlo de cerca, se dio cuenta de que tenía un corte limpio en su extremo superior. Justo en ese momento, una mano fuerte la agarró del jersey. Dio un grito que retumbó a lo largo del cemento y otra mano le tapó violentamente la boca. Los prismáticos cayeron de sus manos y rodaron pendiente abajo hasta perderse entre las zarzas.

Un rostro terrorífico apareció desde arriba, en su centro tenía un ojo vivo flanqueado por una esfera negra y encima una boca torcida saturada de dientes pulidos. Los barrotes saltaron y la niña fue arrastrada hacia afuera. El paisaje giró a su alrededor hasta que el cielo se posó sobre su frente. Notaba la presión de unas cuerdas impalpables y una fuerza bruta que la sostenía en volandas. Incapaz de

resistirse, se dejó llevar y el aturdimiento borró toda sensación de miedo. Sus pensamientos y su incertidumbre se desvanecieron y se entregó a la magnificencia de un horizonte irrepetible. Más allá de la carretera, el campo se había convertido en un mar de luciérnagas, sus cuerpos se fundían con la línea del cielo y algunos se elevaban como las chispas de un fuego. Ese era el cosmódromo que le habían prometido, un goteo constante de luces que partían hacia las estrellas, que eran las mismas estrellas.

16. ANISAS

Una esfera de plata flotaba en el centro de la sala. Oona pasó su mano alrededor, pero no había cuerdas ni alambres, tampoco chorros de aire o campos de energía perceptibles.

—Está sostenida por un magnetismo muy sutil —susurró Herina a su espalda.

Si trataba de empujarla, la bola se mantenía firme como si estuviese incrustada en un muro invisible. Mientras lo intentaba, veía su nariz gorda y redondeada, y su rostro estrecharse tras ella. La imagen era graciosa, pero no estaba de humor.

Herina vestía el traje de las monjas de Saama Ruz y trataba de animarla. Afirmaba que ya se conocían de su estancia en el orfanato y que, si no la recordaba, era porque había estado allí poco tiempo y su contacto fue muy leve. Sin embargo, Oona estaba convencida de que no la había visto antes.

Se había despertado en una habitación sencilla y acogedora. La luz de la mañana entraba por una amplia ventana lateral y junto a ella estaban dos monjas. Cuando vio a las mujeres, sintió una alegría contenida. Estaba confusa y aquel sencillo estímulo la ayudó a ubicarse. Pero no pasó mucho tiempo hasta que la situación comenzó a parecerle extraña. Preguntó si estaba en casa de Saama y le respondieron que no, la habían llevado a un hospital infantil después de su desmayo.

—¿Desmayo? —preguntó perpleja. Sus últimos recuerdos eran un radical contraste de imágenes. Por un lado, aquel rostro que vio

en un instante espantoso; por otro, el maravilloso cielo de luces vibrantes.

—Te mareaste, posiblemente por algún alimento en mal estado, y te caíste.

—¿Dónde me caí?

—En el parque, es normal que no te acuerdes —contestó Herina.

Oona la miró en silencio, ¿por qué aquella mujer no mencionaba el incidente de la tubería de desagüe? Si se había desmayado, tendrían que haberla encontrado allí, en el extremo final, quizás tirada en el barro del otro lado.

—¿Dónde me encontrasteis?

—En el parque, a la orilla del lago, el jardinero te vio caer.

—Pero yo entré en el túnel —protestó la niña de repente— y había alguien allí...

La voz se le quebró y estuvo a punto de echarse a llorar. Las monjas acudieron a consolarla.

—Te recogieron en la orilla, hija —repitió Herina—. Debiste tener una pesadilla o una alucinación causada por lo mismo que causó tu desmayo.

Quizás fuese como decían, pero ¿por qué estaban ellas allí, en Prahelid?

—No, querida —le contestaron cuando expresó estas dudas—. Teníamos previsto ir a buscarte justo al día siguiente de tu percance. ¿Recuerdas que te prometieron que cuando fuera posible volverías al orfanato? pues ese día ha llegado.

—Entonces, ¿voy a volver a ver a Saama, Marja y Carima? —La alegría de volver a ver a esas mujeres que tan bien la habían tratado disipó su incertidumbre. Además, ello no impedía que también volviese a encontrarse con Nezda y Aarón.

—No, irás al Colegio del Bosque. Fuiste seleccionada para ir allí y ese sueño se cumplirá por fin.

Oona se quedó muda al oír aquellas palabras. ¿Quiénes eran los hombres que habían intentado secuestrarla en el orfanato? Se acordaba perfectamente de su uniforme gris, del símbolo que llevaban en el pecho y de la violencia que habían usado contra las monjas.

—Hubo un grave malentendido —le aseguraron—, esos hombres no querían hacernos daño. Son ellos los que mantienen el

Colegio del Bosque y nos ayudan también con nuestra institución. Todos queremos lo mejor para ti.

—¡Quiero ver a Saama! —La situación empezaba a no gustarle y, mientras no le dejaran ver a la superiora, no iba a terminar de creerse lo que le contaban.

—El orfanato está lejos y nuestra madre no puede abandonarlo. Cada día llegan nuevos niños y debe recibirlos.

—Pero podrán venir a visitarme algún día, al menos Marja o Carima. —Oona se resistía a la idea de no volver a verlas, sabía que ella no era de las que regresaban del Colegio del Bosque. Una vez que estuviese allí, estaba segura de que no la dejarían marchar.

—El Colegio está demasiado lejos para que ellas puedan ir. El viaje es caro y solo unos pocos pueden hacerlo.

—¿Acaso está en otro planeta? —preguntó Oona irónicamente.

—Sí, querida. De hecho, está en otro sistema solar.

La respuesta fue como una descarga eléctrica. Al principio, pensó que se burlaban de ella y se quedó mirando muy fijamente a las dos mujeres. Estas le aseguraron que era cierto, para llegar al Colegio era necesario volar en una nave espacial y saltar de una estrella a otra. Pero, si eso era así, ¿por qué ninguno de los niños que habían vuelto contaron haber salido de la Tierra? La explicación era sencilla: esos niños no habían estado en el verdadero Colegio del Bosque, sino en una escuela de preadmisión. No superaron las pruebas y fueron devueltos al orfanato. A todos se les hacía creer que habían estado, aunque fuera por breve tiempo, en el Colegio verdadero. Pero solo los elegidos iban allí a vivir una aventura inigualable. Y ella era una elegida, todas las pruebas superadas en Prahelid habían servido precisamente para constatar esa condición.

Si tal cosa era cierta, se confirmaba su sospecha de que Geroim no había sido sincero con ella. Además, le resultaba incoherente el modo en que aquella historia se había revelado, el secretismo parecía gobernarlo todo y se veía en mitad de una trama que apenas era capaz de atisbar y menos aún de comprender. La sencilla cercanía de Saama no tenía nada que ver con la actitud refinada y melosa de aquellas dos mujeres que la trataban como si fuese un diamante. Las monjas que había conocido no actuaban de esa manera, sus modales eran rústicos y olían a lejía, no se quedaban embelesadas por una sola criatura ni estaban encima de los niños todo el día. En

el orfanato, todo era colectivo, los dormitorios, los baños, los comedores y el sanatorio.

Después de darle aquella información, las monjas insistieron en dejarla sola para que descansase. Pero no sentía debilidad, tan solo un extraño mareo, algo totalmente nuevo para ella que embotaba sus sentidos y entorpecía sus movimientos. Luchó por sobreponerse y pidió los detalles del viaje que le acaban de anunciar.

—Estaremos aquí al lado —repitieron.

El mareo creció y su curiosidad se desvaneció hasta que le fue imposible sujetar sus pensamientos y distinguir entre lo real y lo imaginado. La dejaron sola y corrieron las cortinas para que el sueño se apoderase nuevamente de ella.

Cuando despertó, no había nadie en la habitación. La luz declinante del atardecer entraba por la ventana y supuso que había dormido durante todo el día. Justo entonces entró Herina con una bandeja de comida y ropa limpia. Las palabras del día anterior aún resonaban en la mente de Oona, pero cuando quiso abordar el tema, la monja se escabulló y le aseguró que vendrían a buscarla en breve. Hasta entonces, por razones médicas, debía quedarse en la habitación.

—¡Pero no estoy enferma! —protestó.

—Te estás recuperando bien, pero tus defensas aún están bajas.

Una tras otra, la monja sorteó las quejas de la niña hasta que esta se dio cuenta de que era imposible tratar de convencerla; daba igual lo que le dijera, todo lo recibía con una sonrisa modélica sobre la que resbalaban las palabras.

Tuvo que esperar hasta el día siguiente para poder salir. Le dieron unas ropas sencillas y la llevaron a un pequeño jardín interior. Allí la recibieron un hombre y una mujer que llevaban un uniforme gris parecido al que ya había visto antes, aunque este era más sobrio y carecía de detalles rojos o de otro color. El hombre se adelantó y le dio la bienvenida con elegancia. Era alto, de espaldas anchas y sus ojos miraban desde las sombras de una amplísima frente enmarcada por un pelo negro que se volvía blanco en las sienes. Se presentó a sí mismo como seo Hussa, Rector de la Hermandad Humeides, y a su compañera como luo N'Dorf, numeraria superior, una mujer delgada y de aire distante que apretaba contra su pecho una carpeta.

A Oona, que lo desconocía todo sobre las jerarquías religiosas e institucionales, tales títulos no le dijeron nada. Hussa, seguramente

informado de sus tendencias indóciles, quería evitar cualquier sesgo autoritario en sus modales y su tono de voz. A pesar de ello, la niña era capaz de adivinar bajo esa apariencia un carácter habitualmente altanero.

—Bienvenida, Oona Reis. —La forzada sonrisa de Hussa se asemejaba al gesto de un animal que enseña los dientes—. Estábamos muy preocupados por tu percance, ¿te encuentras mejor?

Oona se quedó en silencio en mitad del patio. Después de observar a sus anfitriones, se fijó en las extrañas flores que crecían en uno de los laterales, eran como manos abiertas de muchos dedos, cada uno de un color diferente

—¿Te gustan las flores? Estas son un diseño de nuestros ingenieros genéticos.

—¿Y qué nombre les habéis puesto?

—Anisas, en honor a una de nuestras fundadoras. ¿Quieres ver una cosa?

La invitación fue recibida con una mueca de indiferencia que Hussa pasó por alto. El líder de Humeides hizo un gesto sutil con su mano izquierda y el azul del cielo se oscureció. Sobre ellos, se desplegó un pedazo de noche saturada de constelaciones. Con un giro de muñeca, la proyección se amplió hasta una escala que la hacía pasar por real.

—Se parece a la Vía Láctea, pero no lo es. Lo que vemos está a muchos años luz.

Oona no había visto nunca un firmamento tan intenso y profundo. En su barrio, los cielos estaban manchados de la luz y el aire de la ciudad, y apenas mostraban unos pocos puntos incluso en los días más claros. Mientras lo miraba embelesada, Hussa gesticulaba y hacía que las estrellas se moviesen muy despacio como si estuvieran viajando a través de ellas. La niña estaba sumergida en una aventura personal y apenas percibía el movimiento.

—En el centro de todo esto está el Colegio del Bosque —susurró el hombre—. Y esa es Promissus.

Hussa señaló un punto perdido en la miríada de luces, no tenía nada de singular, no era el astro más brillante ni latía de manera diferente al resto. El cielo se agrandó poco a poco hasta que la estrella se quedó sola en el centro.

—Allí está la Tierra Prometida.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sabemos. —La dureza de la contestación no sorprendió a Oona—. Solo tenemos que descubrir la vía dorada que conduce a ella.

Los dos adultos esperaron a que la niña hiciese más preguntas, pero esta guardó un silencio inquietante. La proyección volvió a crecer y Promissus se perdió en el extremo de un gran cúmulo. De repente, la noche desapareció y el cielo real los alumbró de nuevo. Un tercer personaje había entrado silenciosamente en el patio, era un hombre pequeño que miraba a Oona con la intensidad de un entomólogo que observa un insecto único.

—Este es el doctor Termus, uno de los mayores expertos mundiales en búsquedas estelares.

Al ver a aquel hombrecillo, Oona no pudo evitar compararlo con Aarón Corvo. Ambos tenían la misma profundidad de mirada, pero bajo sus modales contenidos, Termus ocultaba un fondo que a la niña le resultaba inescrutable y siniestro.

—He visto los resultados de tus pruebas, Oona. Son excelentes, creo que aprenderás muy rápido.

Le anunciaron entonces que querían introducirla en el mundo fascinante de la persecución de estrellas. Lejos de sentirse entusiasmada, Oona sintió una inquietud indefinible. Las circunstancias que había imaginado no se parecían en nada a las que estaba viviendo. La formalidad gris y enigmática de aquellos hombres le producía un rechazo instintivo. Sabía que no podía luchar contra ellos abiertamente, pero también que era incapaz de someterse sin más. Su única esperanza era dejar pasar el tiempo y evitar el conflicto lo más posible, distanciarse de sus demandas y cumplirlas solo en lo imprescindible mientras no encontrara una salida.

Durante los días siguientes, tuvo contacto exclusivamente con las dos monjas que la cuidaban y con Termus. Este trataba de impresionarla con nuevas proyecciones y le proponía acertijos a partir de ellas, pero no le hicieron más pruebas de aptitud. Su talento, según le dijeron, ya había sido constatado, las pequeñas charlas del doctor eran solo una preparación para la teoría necesaria. Ante todo, la niña debía asimilar algunas nociones básicas de física. No se trataba de memorizar nada o de resolver problemas matemáticos, sino de ver, con experimentos claros y sencillos, el funcionamiento de algunos principios: la relación entre gravedad y

electromagnetismo, las deformaciones espaciotemporales o el control de las fuerzas nucleares.

Más adelante aprendió palabras como topología o dimensión, y comprendió la importancia de la ordenación de los fenómenos cósmicos. Lo que por su magnitud se mostraba a nuestra percepción como un inmenso enredo de astros, inercias, choques y fuerzas ocultaba posibilidades de organización casi infinitas, la mayoría intrascendentes, pero unas pocas capaces de abrir caminos increíbles. Su trabajo consistía en hallar estos tesoros. Cuando Termus le mostró algunos ejemplos de puentes estelares, su estructura básica y el modo en que habían sido descubiertos, Oona se dio cuenta de que sus pruebas en Prahelid habían sido un entrenamiento justo para eso.

Lo que le enseñaban le resultaba interesante, pero no podía evitar pensar lo bueno que hubiera sido tener otro profesor en vez de aquel sujeto carente de toda gracia. El trato de Termus era respetuoso, pero inflexible. Desde el primer día, Oona se sintió como un objeto del que se espera un rendimiento. A falta de otra compañía, comenzó a refugiarse en las dos monjas, Herina y Yoriel; aunque, cuando trataba de conversar con ellas, huían como si no les estuviese permitido intimar con la niña, especialmente si el tema era el orfanato. Herina tenía conocimientos moderadamente amplios acerca de las búsquedas estelares y al menos con ella podía charlar sobre este tema. Muchas veces, después de las sesiones con Termus, ambas continuaban a solas y aprovechaba para preguntarle dudas que al doctor no quería plantearle, no porque le tuviese miedo, sino por no seguir escuchándolo. Una tarde, después de uno de estos diálogos, Herina le dio la noticia de que saldrían al día siguiente hacia el Colegio del Bosque. No se lo habían dicho antes para que no se pudiese nerviosa pensando en las fatigas del viaje. Le confió entonces que sería un trayecto de varias semanas. Gracias a Nezda, Oona ya conocía las largas duraciones de los viajes espaciales, los relatos de sus aventuras le habían inculcado el deseo de imitarlas.

Llegado el momento, la trasladaron a un pequeño cosmódromo alejado de cualquier población. Cuando llegaron a la sala de embarque, pudo ver a través de las mamparas una planicie de asfalto vacía. Justo bajo sus pies, pegados a la fachada, esperaban en fila varios objetos voladores, todos de formas y tamaños diferentes.

—Aquella es la nuestra.

Herina señaló una semiesfera blanca posada entre las líneas luminosas que atravesaban el piso.

—Parece una lámpara.

—Sí, pero no se enciende. —La mujer se echó a reír y aseguró que era uno de los últimos modelos de nave—. Cuanto más sencilla es su forma, más eficaz es a la hora de saltar.

Al acercarse, pudieron apreciar el único detalle de todo el casco exterior, un discreto símbolo de Humeides de un color apenas más oscuro que el blanco neutro y mate sobre el que estaba dibujado. La nave era mucho más grande de lo que parecía de lejos, Oona calculó que sería del tamaño aproximado de la pista deportiva del orfanato. La entrada era un vano cuadrado a la altura del suelo que se abrió como si una cortina se esfumase, desde ahí ascendía una rampa hasta unos pasillos redondeados. Mientras se preparaba el despegue, Herina le mostró el interior. La niña jamás había visto un lugar tan limpio, había hileras de sensores por todas partes, especialmente en la sala de pilotaje, y todos los muebles eran plegables y estaban firmemente sujetos a la estructura.

—Si aprieto estos botones, ¿qué pasa? —preguntó mientras pasaba los dedos a escasos centímetros de unos leds azulados.

—Ahora nada, antes hay que poner en marcha un protocolo de activación. Todo parece muy complicado desde fuera, pero una vez que aprendes a usar los programas de control, casi cualquiera puede pilotar.

Oona sabía que semejante afirmación era una exageración para contentarla. Los cursos de pilotaje eran exigentes, como sabía por Nezda, e incluían mucho más que aprender a usar unos programas.

Lo último que le enseñaron fue su camarote, un estrecho espacio con una cama embutida entre planchas de polímeros y una mesita de estudio. Se imaginó en el lugar como si fuera un gnomo que habitara el fondo de una gruta sin ventanas al exterior, pero la fantasía se rompía al salir afuera y comprobar que, en lugar de hierba y hojas caídas, había losas antideslizantes.

Cuando llegó el momento del despegue, la llevaron a una sala de pasajeros donde esperaban doce sillones de seguridad, cuatro de los cuales quedaron vacíos. Además de ella, Herina, Yoriel y Termus, había otros cuatro desconocidos. Todos vestían uniforme gris con distintivos rojos y ninguno se presentó.

—En total viajamos diecisiete personas —le contó Herina—. El seo Husa y la luo N'Dorf están en las salas de comandancia con pilotos, técnicos y otras dignidades augerianas.

Una vez asegurados, transcurrieron varios minutos hasta que notaron algún movimiento. El ascenso fue mucho menos espectacular de lo esperado, tan solo un empujón contenido que bamboleó ligeramente la nave. Cuando por fin pudieron desatarse, Oona le suplicó a Herina que la llevase a mirar a través de una ventanilla. Se acercaron a una sección anexa al perímetro cuya pared exterior era un panel lechoso que apenas dejaba pasar nada de afuera, entonces Herina pulso un botón y el cristal se volvió transparente. Oona contempló la majestuosa esfera terrestre dividida por la difusa línea del amanecer. Se quedó allí pegada hasta que su planeta se convirtió en un punto más de todos los que poblaban el paisaje. Solo entonces se dio cuenta de la grandeza de aquel espacio estrellado, algo cuya realidad superaba cualquier simulación.

—¿Quieres subir arriba? —le propuso Herina.

Como Oona no se despegaba de la ventana, la monja tuvo que utilizar un argumento invencible para convencerla.

—Es como si estuvieses fuera —le dijo, e inmediatamente la niña ya estaba pidiendo subir.

En la cúspide de la nave había un observatorio esférico elevable. Sus paredes eran transparentes como la nada y, sin luz y en silencio, la experiencia allí era como estar flotando en mitad del espacio. Mirase a donde mirase, Oona veía una monumental procesión de astros que coloreaban con sus halos la oscuridad, un tapiz de salpicaduras esparcidas al azar que se apelotonaban en algunas zonas creando sutiles nubes azules y anaranjadas, mientras que en otras dominaba el vacío sin fondo apenas roto por alguna estrella solitaria.

—Infinitos mundos que podemos mirar desde nuestro pequeño rincón —susurró una voz cercana, la voz de Peter Husa.

Si quieres saber cómo continúa esta historia, entra en:

[Amazon \(papel y kindle\)](#)

[Lulú \(papel\)](#)

[Kobo \(ebook\)](#)

[Apple \(ebook\)](#)

[Smashwords \(ebook\)](#)

Más información:

<https://raulsanz.es>

<http://magaux.es>

Índice de contenidos

Introducción: un narrador anónimo.....	7
Libro primero: una nueva Tierra	9
1. Gándor.....	13
2. Merga	20
3. El sueño de la Tierra.....	29
4. La vieja Tierra	38
5. Surcos profundos.....	48
6. Un despacho.....	58
7. El orfanato.....	67
8. Calles sin nombre.....	78
9. Encuentro en la oscuridad	87
10. Biotos	96
11. Prahelid.....	104
12. La prueba.....	113
13. Dinero perdido	120
14. La cornamenta del ciervo.....	129
15. Los nidos de las cigüeñas.....	137
16. Anisas	144
17. Cirus.....	153
18. AXV	162
19. Deleda	169
20. El Ojo	178
21. El lago	186
22. Voluntad de respaldo	196
23. Xío.....	206
24. Rastreadores	214
25. El localizador	224
26. Los tutores.....	230
27. El laboratorio de estrellas.....	237
28. Promissus	244
29. Canu	252
30. La visita.....	259

31. El Narval	266
32. La llamada.....	274
33. Yoxi	282
34. Genius	290
35. Luces rojas	297
36. El ugur.....	304
37. La familia	311
38. La música de Genius	319
39. La despensa	327
40. Las sondas	334
41. El autor	341
42. El trono.....	348
Libro segundo: los durmientes.....	353
1. La isla.....	357
2. El ovillo.....	364
3. El gusano.....	372
4. El claustro	380
5. Un mar de nubes	389
6. El amuleto	397
7. El parque	406
8. El Oráculo	413
9. Sarco.....	421
10. El refugio.....	429
11. El río.....	437
12. Novedades increíbles	444
13. El gueto	453
14. Los cardos	461
15. Sempier	468
16. Ajedrez	475
17. El cubo	483
18. Casualidades.....	490
19. El durmiente	497
20. El crucero	505
21. La escuela.....	513

22. Marte	521
23. Fobos y Deimos	528
24. El búnker	536
25. Neogesta.....	543
26. El terrario	552
27. El pozo	560
28. Interferencias.....	567
29. Prospectores	574
30. Luces extrañas.....	582
31. El androide	588
32. Colores	596
33. Una celda.....	603
34. El demonio de la Tierra.....	610
35. Siete sillones	617
36. La condena	624
37. Una guerra distante	631
38. El lago invertido.....	638
39. Ceniza.....	646
40. La campana	653
41. La matriz	660
42. La última estrella.....	667